Michael Krüger
Pasajeros

Traducción
Juan Fernández Mayoralas

hespérides

PASAJEROS

MICHAEL KRÜGER

Traducción del alemán
Juan Fernández-Mayoralas

La Huerta Grande
EDITORIAL
ESLES DE CAYÓN
2020

La traducción de este libro ha recibido la ayuda del Goethe-Institut, financiado por el Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.

Título original: VORÜBERGEHENDE

© De los textos: Michael Krüger
© De la traducción: Juan Fernández-Mayoralas

Madrid, 2020

Edita: La Huerta Grande Editorial
Serrano, 6 28001 Madrid
www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-17118-68-6

Diseño de cubierta: La Huerta Grande

Producción del ebook: booqlab.com

By Lesekreis - Own work, CC0, https://commons.wikimedia.org

MICHAEL KRÜGER, Wittgendorf, Sachsen-Anhalt, 1943. Reside en Múnich. Durante muchos años fue director editorial de Hanser Verlag y editor de Akente y Edition Akzente. Es miembro de numerosas academias, y fue presidente de la Academia Bávara de Bellas Artes. Es autor de relatos, novelas, traducciones y de varias colecciones de poesía. Entre sus premios literarios destacan el Peter-Huchel-Preis (1986) y el Mörike-Preis (2006). Su último libro de relatos, *El dios detrás de la ventana*, fue publicado en esta editorial en 2018.

Un hombre se ha quedado dormido en el tren. Cuando despierta, una joven desconocida se apoya con naturalidad sobre él. Se llama Jara; no tiene dinero, ni papeles y apenas habla el idioma. Él es un exitoso *coach* motivacional retirado y derrotado por sus propios conocimientos. Observando a la joven, el hombre piensa con cierto patetismo que aquella muchacha podría representar su salvación. Ofrecerle un hogar le dará a su vida un nuevo sentido. Recoge a Jara en Múnich. Esta decisión provoca un giro determinante en su vida. Un hombre que lo tiene todo pero que sólo conoce el vacío, frente a quien no tiene nada y sin embargo le enseña que la vida va más allá de la riqueza y del éxito. Michael Krüger emprende un viaje de pensamiento en el que nadie se salva: ni las personas que lo rodean, ni los compatriotas alemanes, y menos él mismo.

Repleta de observaciones brillantes y precisas de la actualidad y la sociedad alemana, Michael Krüger habla sobre los diferentes tipos de evasión en su novela: *Escape from Life, Escape to Life, Escape from One, Escape to One Another*. Y añade un retrato del extraño rostro de la sociedad contemporánea: melancólica y cómica, resignada y desesperadamente esperanzada.

«*Como lector, resulta fácil defender al personaje y narrador incluso en contra de lo que uno mismo pueda pensar. Se merece, como poco, un lugar en el cielo por el tiempo que Jara permanece en paz a su lado. Michael Krüger merece el reconocimiento de este humorístico y autocrítico texto mundano. La novela, de una forma muy personal, arranca un diálogo con nuestro propio yo. Quien lee este libro no está solo*»

Un ser humano, mayor en días, no vacilará en preguntar a una criatura de siete días por el lugar de la vida, y vivirá. ¡Haceos pasajeros!

Evangelio de Tomás

1

Debo de haberme quedado dormido después de pasar Gotinga. Hay paisajes —sobre todo en la Alemania central— que desde la ventanilla del tren resultan tan poco atractivos para la vista, que uno prefiere abandonarse al sueño. A causa de mi mala vista he adoptado la triste costumbre de no intentar mirar a lo lejos, ni buscar el horizonte cuando viajo en tren, procuro más bien no alejar demasiado la mirada, quedarme en un radio de unos treinta metros, cincuenta como mucho. Antes y después de pasar Gotinga, a este lado de esa 'franja letal', como llamo yo a esa distancia, solo hay «jardines de Schreber», en sí mismos una hermosa invención que injustamente suele atribuirse al autor de un libro antaño conocido en toda Europa, *Gimnasia médica de interior*: Daniel Gottlob Moritz Schreber; a quien, en su condición de médico de cabecera del príncipe ruso Somorewski, que estaba bastante loco, no le quedaba tiempo para preocuparse del aire puro que necesitaban los habitantes de la gran ciudad. Numerosas y curiosas investigaciones han tenido por objeto averiguar cómo es que llegó a adjudicársele a él el honor de entrar en la historia de Alemania como el inventor del cinturón verde. Ahora bien, para los historiadores resulta aún más interesante el hijo de este médico de cabecera, Daniel Paul Schreber, quien siendo presidente del Senado de Dresde publicó una descripción bastante detallada de su paranoia, *Memorias de un enfermo de los nervios*, obra que suscitó un gran número de reacciones, tanto eruditas como menos eruditas, de la cuales las menos eruditas suelen ser también las más interesantes. Puesto que, en sus delirios, Schreber se consideraba a sí mismo el centro del Universo, eran muchos los que podían sentirse identificados con él a la altura de 1900; para sus conciudadanos protestantes resultaría sin duda menos atractiva otra idea de Schreber, la de querer convertirse él mismo en la esposa de Dios con el fin de alumbrar un nuevo linaje. Si ya existían los alemanes, ¿para qué engendrar un linaje nuevo? Increíble, todo lo que Dios ha tenido que aguantar a los seres humanos, y aún resulta más increíble que, aunque herido, maltratado y humillado, haya conseguido sobrevivir a este suplicio milenario. Es posible que en realidad los locos como Schreber estuvieran más cerca de Dios que los ilustrados, puesto que eran capaces de concebir una relación con Él, y

confiaban en ella, mientras que los otros habían perdido el hilo con lo divino a fuerza de distanciarse. El único ser humano al que Dios debía agradecimiento, escribía el filósofo rumano Emile Cioran vagabundeando insomne por París, había sido Bach. Un balance bastante pobre, al cabo de dos mil años de cristianismo. Siempre llevaba conmigo en mis viajes un libro de aforismos, Lichtenberg, Nietzsche, Cioran, Canetti, para pasar el tiempo en las estaciones y pensar en otras cosas. El Dios sensible: esta fórmula daba vueltas en mi cabeza adormilada. ¿Sensible a qué? ¿A una interpretación misericordiosa de sus palabras? No me entra en la cabeza que pudiera interesarse por otra cosa. También a Dios le llegó una vez el momento de elegir. Eso sí, las posibilidades eran limitadas: o Dios, o todos los seres humanos; en ese momento prefirió no ser nada más que Dios, aunque para ello tuviera que pagar un alto precio. Solo hizo una excepción con los locos. En el caso de Schreber, está claro que había hecho la vista gorda.

Durante más de veinte años vivió en mi edificio un psicoanalista que había dedicado toda su vida a proveer de un comentario, reescrito una y otra vez, al ensayo de Schreber aparecido en 1900 y titulado *Bajo qué condiciones es lícito mantener recluida contra su expresa voluntad en una institución a una persona reputada de enferma mental*, hasta que él mismo fue ingresado. Yo era la única persona en el edificio a la que todavía hablaba, aunque resultaba cada vez más difícil escucharle repetir una y otra vez las mismas parrafadas sobre la lamentable estupidez de sus colegas psicoanalistas. Ya no estaba en sus cabales, como suele decirse. Los últimos vestigios de identidad que había conseguido preservar los consumió en un grito histérico, podía verse cómo iba paulatinamente disminuyendo. Al final solo quedó el grito, un graznido intermitente, sin ton ni son, una confusión de sonidos que emitía en cuanto me veía. ¿Cuándo deja uno de observarse a sí mismo? ¿Cuándo le resulta a uno indiferente cómo lo vean los demás? ¿Qué se siente al deslizarse hacia ese estado en el que tan solo nos agitan obsesiones, y apenas nos queda, como única posibilidad un futuro más que incierto, la última ilusión antes de la muerte? Ni siquiera yo era capaz de pronunciar una palabra delante de él. En una ocasión en que intenté introducir una observación, me interrumpió diciendo ya sé lo que usted quiere decir, y siguió hablando, mientras que yo permanecía en un estado de parálisis que se prolongó hasta que me marché. Yo era la pared contra la que chocaba. Su muro de las lamentaciones.

Había colocado una butaca justo delante de la puerta de su vivienda para, al escuchar mis pasos subiendo la escalera, poder arrastrarme inmediatamente a su pasillo, siempre intensamente

iluminado, con el fin de susurrarme las últimas novedades sobre la familia Schreber. Yo no debía hablar del asunto con nadie, me advertía, solo así podría irrumpir en el mundo con el estrépito que se merecía su comentario, que entre tanto ya abultaba varios centenares de páginas, y que estaba destinado a hacer estallar toda la literatura psicoanalítica como si de un globo se tratara. A mi entender, nadie más, aparte del enfermo, se interesaba a estas alturas por el psicoanálisis, que en las últimas décadas del siglo XX, en tanto que explicación de la sociedad, había quedado arrinconado como un viejo maletín. Hasta daba miedo que alguien pudiera encontrarlo y devolverlo, e incluso pedir el dinero de la recompensa. Ahora que todos se han vuelto locos, me dijo una vez un psicoanalista amigo mío, ya no es posible llevar a cabo un psicoanálisis. Uno se compra un libro de bolsillo por diez euros, en el que se puede leer todo sobre el alma, el alma se ha vuelto tan fina que cabe en cien páginas. En cualquier caso, era imposible imaginarse un auténtico estrépito en el caso de que el comentario sobre Schreber hubiera llegado finalmente a publicarse. Pero eso me lo guardaba para mí. Era todo menos fácil tener que contemplar cómo ese vacío se iba agrandando, cada vez más y más rápidamente. Como si le hubieran quitado el tapón. Al principio no se nota que va bajando el nivel, luego de pronto se oye un ruido y se contempla como lo que quedaba de agua abandona la bañera en un torbellino.

En la casa del psicoanalista se había instalado un hedor espantoso. Aire malo, pesado, usado. Cuando yo le proponía abrir la ventana me miraba con los ojos muy abiertos, asustado, como si estuviera convencido de que los fantasmas de su vida fueran a apropiarse de su trabajo. Por amor de Dios, susurraba, deje usted las ventanas cerradas. Varias veces intenté educadamente sugerirle que se hiciera con un huertecillo de los que llevan —erróneamente— el nombre del padre de su héroe, pero eran penas por amor perdidas. Estaba convencido de que la larga mano de los miembros de la asociación psicoanalítica podía ‘abrasarle’, esa era la expresión que utilizaba, en su jardín Schreber. ¡Ya llevan mucho tiempo detrás de mí! Solo esperan la primera oportunidad para cerrarme la boca y sacarme de este mundo. Así que prefería quedarse sentado tras las persianas cerradas de su piso, y en lugar de cultivar dalias y caléndulas, cuidaba de sus ficheros. Pero estoy dispuesto a resignarme a lo peor, me susurró en mi última visita; pocos días después lo encontraron temblando en el cuarto subterráneo de la calefacción, donde intentaba esconderse de sus enemigos. Luego se dejó internar —o mejor dicho, dejó de oponerse a ser internado.

Murió en el ala de aislamiento. La última vez que quise visitarle se

lo estaban llevando ya. Bajo la sábana, un cadáver de niño con las manos de un anciano. Nunca olvidaré esas manos con negras matas de vello espeso en las falanges superiores de los dedos, matas que bajo la mortaja parecían grandes arañas malignas. Era evidente que el cuidador, por muy curado de espanto que estuviera, también estaba aterrado por esa visión, pues observé cómo, sobre la marcha, intentaba en vano tapar con la sábana los curiosos animales.

En su testamento me había nombrado albacea de su legado, con todos los derechos y obligaciones que ello conllevaba. Los doscientos treinta y dos ficheros que había ordenado según su sistema paranoide, el cual hasta ahora no ha sido desentrañado, y existen muchas posibilidades que no lo sea nunca —y no solo por falta de interés—, se los regalé a la universidad que, la verdad sea dicha, no se mostró especialmente contenta con el obsequio, puesto que entre los psicólogos y psiquiatras del instituto no había ninguno qué tuviera la más mínima idea de quién era ese Schreber. ¿Schreber? La facultad había perdido su memoria. Quizás se puedan exponer los ficheros como espécimen en la colección histórica, para ilustrar cómo se trabajaba antiguamente, me dijo el director del instituto. Esa cantidad de datos se obtiene hoy con un clic sobre una pantalla, añadió alegremente, como corresponde a un investigador de la mente. Un único clic por el trabajo de toda una vida, pues sí que había merecido la pena. No encontré a nadie que quisiera hacerse cargo de la biblioteca completa, a pesar de que estaba compuesta de primeras ediciones, en muchos casos firmadas, así que los mejores ejemplares los empaqueté en cajas de plátanos que todavía hoy siguen almacenadas sin abrir en mi sótano, y el resto se los entregué a un anticuario que, provisto de mascarilla, se los llevó en cinco cargamentos. Arrojaba los libros en tres cajones distintos. Baratillo, un euro, oportunidad. Cientos de volúmenes de la editorial Insel de antes de la guerra fueron arrojados sin piedad en ese cajón de sastre, a mí mismo me entraban ganas de recomprarlos. Ya no hay necesidad de textos clásicos, dijo, y esos clásicos huelen fatal, a bestias, como si unos babuinos los hubieran estado leyendo. Yo había escogido del gran montón de la editorial Insel un pequeño volumen al azar, porque su cubierta, adornada con luminosas flores y estrellas, me gustó muchísimo; sobre el fondo de color ocre se había pegado la cartulina del título. Lo abrí para airearlo y quitarle el mal olor, pero al hacerlo leí una línea, y luego otra, y al final, y a pesar del hedor tan fuerte, me senté en una caja y leí una página entera, y si las circunstancias hubieran sido más propicias habría leído todo el libro entero de carrerilla:

«¿Acaso no debería la mujer, la solitaria, tener ese mismo refugio

para vivir en él, en los círculos concéntricos de su ser, al que volver siempre indemne? En tanto en cuanto es naturaleza, quizás lo consiga ocasionalmente, pero luego volverá a vengarse en ella lo contradictorio de su composición, a causa de la cual se le exige aunar en sí misma la condición de naturaleza y de ser humano, increada y criatura al mismo tiempo. Y se agota, no por liberalidad, sino porque no le está permitido seguir y seguir caminando, porque la propia riqueza consagrada en su corazón, exageradamente acogedor, se convierte en un lastre, porque carece de la aspiración alegre en demasía por la que debería despertarse por las mañanas, y que debería también bastarle dormida, inefablemente, en su sueño cálido. Sí, allí está ella en el lugar de una naturaleza, en cuyo reino mineral las flores no quieren crecer ni alimentarse, una naturaleza de la que huyen saltando las jóvenes liebres y en la que los pájaros se precipitan sin volver a caer sobre los acogedores nidos».

Interesante, había escrito al margen el Doctor Baumann con lápiz de color azul, un comentario que a través de una única palabra ponía en evidencia toda su insensatez de manera inmisericorde. Quien se ocupa demasiado tiempo de la psicología, terminará perdiendo la razón.

Había intentado sin éxito hacer entender al anticuario, quien, por supuesto, no era un auténtico anticuario, que yo no era el habitante de aquella vivienda en la que le recibía, pues una y otra vez me preguntaba con ojos llorosos cómo es que yo había podido aguantar toda una vida ese hedor insoportable. Querrá usted decir, le dije, que cómo es que los libros han aguantado ese hedor, pero no me escuchaba, pues parecía que estaba meditando de qué manera se desharía de los libros. Al encontrar algunos ejemplares singulares se levantaba la mascarilla hasta la frente y los olfateaba, antes de arrojarlos a una de las cajas. Solo podría almacenarlos en su garaje y venderlos a través de internet, pues si los expusiera en las estanterías de su tienda infectarían a los libros sanos y espantarían a los clientes, así que al final se los acabé regalando con tal de que se los llevara.

Parecía alegrarse furtivamente al imaginarse a un cliente de internet que extrajera del montón la primera edición de *Estadios sexuales intermedios. La mujer masculina y el varón femenino* de Hirschfeld, y que luego no fuera capaz siquiera de hojear el libro, impedido por su aliento apestoso. Es agradable no tener que ver más la cara de los clientes, dijo, se ve en enseguida de quién es hijo espiritual cada uno, y muchas veces ni siquiera tienen espíritu. Con la mayor parte de los clientes me admiro incluso de que compren libros, pues cada libro supera con creces su capacidad de asimilación y su facultad imaginativa. Ya no les queda fondo. Engullen un libro, y este cae, y cae, y cae, si entiende usted lo que quiero decir, cae ¡y no

termina nunca de llegar al fondo! Cuando se diseccionan los cadáveres salen de nuevo a la luz los libros no leídos.

Odiaba a aquel estúpido arrogante con toda mi alma, y mientras nos deshacíamos furiosamente de los libros sentía físicamente cómo me despreciaba él a mí también. Nos engañábamos mutuamente para no tener que decirnos la verdad, motivo por el cual no le expulsé del piso, como era mi deseo, y razón por la cual él no me arrojó a la cabeza los libros hediondos.

También encontré quien se llevara el resto —muebles, vajilla, trastos—, y la ropa, después de abundantes lavados, acabó en el ropero de los pobres. ¿Quién llevaría ahora los trajes de chaqueta cruzados que colgaban en sus perchas como espectros exhaustos, y el chaqué y el frac? ¿y las corbatas que recordaban murciélagos y las pajaritas de lunares?

No me resultaba fácil hacerme una idea de la vida del doctor Baumann. En su juventud debió de haber sido coleccionista. En una caja de puros escondida detrás de los libros encontré monedas griegas y romanas, viejos relojes de bolsillo, y un montón de gemelos, birimbaos, ocarinas y flautas, diminutas figuras de terracota (¿etruscas?) y algunas insignias y condecoraciones nazis que le habían sido concedidas por sus acciones en Grecia e Italia. No, no estaba espantando por esos hallazgos, pero sí sorprendido, pues por un lado exigimos a un psicólogo que se interese por lo que se sale de lo común, por lo oscuro, por lo malvado, pero por el otro preferimos que todo esto se quede en una simple conjetura, pues tenemos miedo de que pueda saltar al otro lado. En una caja de zapatos de Salamander encontré un ejército de soldados de zinc pintados de la Wehrmacht alemana, en otra las cartas de amor de pacientes femeninas que, extrañamente, no había guardado en los archivadores compilados con tanto esfuerzo. *¡Identificación proyectiva!*, había escrito al margen de una carta en la que una tal Irene en ebullición le revelaba sus deseos más íntimos. En el armario ropero encontré un casco de acero bajo una pila de jerséis. Me lo puse y me contemplé en el espejo de la puerta, posando, y me asustó ver lo bien que me quedaba. Me parecía a mi padre. Saludé, como saludaba mi padre en una foto tomada en Polonia, en Varsovia. Su casco de acero reluce como si le hubiera sacado brillo. Me quité apresuradamente el trasto de la cabeza, por miedo a que se sintiera demasiado a gusto allí. Como no sabía en qué contenedor de basura había que depositarlo, dejé el casco a un lado, y al día siguiente lo vi sobre la cabeza de un joven del edificio que según parece era aficionado a ese tipo de protección craneal, gracias a Dios que tenía las ojeras despegadas, porque si no llega a ser así, el casco se le habría deslizado sobre la cara. Le queda bien, dije, cuando

me crucé con él delante del portal, pero se giró sin decir media palabra, como si no quisiera relacionarse con civiles.

Sobre el ropero había también varios álbumes de fotos. Un joven delicado en su fiesta de promoción de bachillerato, un hombre joven con una tímida sonrisa forzada en su graduación en Bonn, un soldado flaco de uniforme en Italia y Creta. Ni una sola mujer, ni madre, ni hermana, ni novia, solo la figura reservada, apocada, tímida del futuro psicoanalista, y siempre su mirada atónita, asustadiza, como si estuviera luchando contra la somnolencia que le acechaba. Pero alguien tenía que haberle hecho las fotos. ¿Un camarada, un amigo, una amiga? Una compañera permanente, una sombra que no se despegaba de su cuerpo, mientras hubiera claridad —uno o una que tenía interés en mostrar al doctor Baumann desde todos los ángulos, sin que consiguiera hacer visible más que uno. Pero si él había conservado esas fotos suyas, ¡debían de recordarle, o al menos pretenderlo, situaciones concretas de su vida! ¡y debían dar testimonio por él! Se me ocurrió imaginar con qué espanto habría hojeado aquellos álbumes. Yo había traspasado una línea, había visto al doctor Baumann como él no querría que le hubieran visto. Una persona, eso se veía inmediatamente, que había estado necesitado de un psicoanálisis urgente. Una ruina humana, un ser cohibido y acomplejado ya desde su juventud.

Una foto con bordes dentados llamó mi atención. Lo mostraba rodeado de sus camaradas, en un bar italiano de pueblo. Han apoyado sus fusiles sobre la pared de detrás, sobre la que cuelga un viejo anuncio de Cinzano, y brindan con copas de vino mirando al fotógrafo. Era la única foto en la que se le podía ver algo más relajado. ¿Se habría tomado antes o después de una operación militar?

Puesto que según las disposiciones testamentarias yo era el heredero de la vivienda, y ningún allegado se presentó después de que yo publicara la esquela fúnebre, contraté a un fumigador para que exterminara las colonias de insectos que habitaban en las junturas del parqué, y luego a un pintor para que adecentara las seis habitaciones deshabitadas, y finalmente pude vender ese piso, lo que me proporcionó un patrimonio inesperado. Una única pieza de mobiliario ha sobrevivido a ese absoluto exterminio: no tuve corazón para tirar a la basura el diván sobre el que el doctor Baumann acomodaba a sus clientes. Antes de que se retirara para dedicar el resto de su vida en exclusiva a su obra científica sobre Schreber, los pacientes habían estado contado sus historias tres veces por semana reclinados sobre ese cuero artificial. ¿Cuántas historias habría tenido que aguantar ese diván? ¿Y cómo puede alguien que no ha sido bendecido precisamente con un carácter fuerte, resistir esa acumulación de sufrimiento sin

rendirse él mismo? A veces me siento en el sofá, cubierto ahora de cuero gris, y escucho las voces que ascienden desde sus hendiduras, voces fantasmales que suplican ser liberadas de sus pesadillas. Espeluznante artefacto, como solía decirme el doctor Baumann, y muy fácil de descifrar. Una generación maldita, esa era su firme convicción antes de que perdiera definitivamente la cabeza: hacia afuera parece que todo estuviera en orden, pero en el interior reina el puro caos, un vacío inconmensurable, insoportable, repulsivo. ¡Todo es material patológico! Ausencia de coraje para soportar la imperfección del universo. El afán vital de la mayoría consiste simplemente en mantener ese caos encerrado bajo llave. De ahí esa constante sonrisa forzada; y las sesiones de bronceado en los estudios de rayos uva; fitness; yogur desnatado; todo lo que quieran. Y tampoco es que les pueda ayudar ya un tratamiento psicoanalítico —de esta forma resumía su trabajo—, muchos de mis pacientes se han matado después de que yo hubiera conseguido que arrojaran una mirada a su frágil interior. Todo el lodo que se había ido acumulando allí, comprende usted, se había puesto en movimiento, una avalancha psíquica que había terminado por enterrar por completo su debilitada identidad.

En realidad, el verdadero descubridor de los jardines de Scherber no fue ni el redactor de la *Gimnasia médica de interior*, ni el autor de las *Memorias de un enfermo de los nervios*, sino un tal Ernst Innocenz Hauschild, que había estado casado con una hija del médico Scherber. Siempre que viajo en tren por Alemania, es decir, al menos dos veces por semana, me veo obligado a pensar en Hauschild y en los Scherber, pues se me ocurre que la mayor parte de la superficie de Alemania está cubierta por jardines de Scherber en los que, junto a todo tipo de flores y hierbas y de arbustos cuidadosamente podados, florece un tipo especial de construcción, conocida como cobertizo. En particular, antes y después de pasar por Gotinga, los cobertizos, que en invierno tienen un aspecto enfermizo y moribundo, muestran su cara más alegre y amable, y cuando el paso del tren se hace más lento, pueden llegar a engañar, ocultando que son solo la fachada respetable tras la que se desarrollan auténticas tragedias. Los cobertizos son los únicos terrenos urbanos en los que no hay que pensar de inmediato en costes y utilidades, son, pese a su exiguo tamaño, de una vertiginosa generosidad. En cincuenta metros cuadrados se habían acomodado los inmensos proyectos vitales de una existencia autárquica.

Puesto que, antes y después de pasar por Gotinga, uno suele toparse con obras de mantenimiento de las vías que obligan al tren a ralentizar su marcha, o incluso a detenerse por completo, ya había tenido en varias ocasiones la oportunidad de observar con mis propios

ojos alguna de esas tragedias, y solo el hecho lamentable de que las ventanas de los trenes modernos no puedan ya abrirse me ha impedido intervenir en los hechos. ¡Prohibido asomarse! Precisamente, el doctor Baumann tenía uno de esos letreros en su haber, y puesto que no me lo puedo imaginar desatornillándolo él mismo, es probable que se lo hubiera regalado algún paciente con intención evidente. ¡Prohibido asomarse! Es imposible describir mejor nuestra situación. Hay que quedarse siempre detrás de las ventanas, mirar cómo el mundo se derrumba y de nuevo se levanta, esperar pacientemente y beber té, pero nunca asomarse e intervenir.

Una vez observé cómo un hombre que llevaba unos pantalones a media pierna de color caqui y una camiseta de tirantes, hacía el ademán de querer hacer entrar en razón a su mujer con unas tijeras de podar, mientras esta, o así me lo parecía a mí, ofrecía su boca desencajada, animándole a gritos a que lo hiciera, y en otra ocasión vi cómo una mujer maltrataba con la azada a su apocado marido, que se defendía de los golpes sosteniendo delante de su cuerpo una caja de cervezas. Mientras contemplaba al marido que retrocedía con su pesada caja, sin ninguna posibilidad de escapatoria frente a la mujer de pies ligeros, me preguntaba cómo se las arreglaría para librarse de esa situación desesperada. En mi juventud se habría aconsejado sentar a ambos a una mesa. Pero esta piadosa forma de resolución de conflictos ya no era tan apreciada, así que no me sorprendió en demasía ver como el hombre alzaba la caja de cervezas sobre su cabeza con las últimas fuerzas que le quedaban y se la arrojaba a la mujer entre las piernas, lo que provocó inmediatamente que tanto ella como su azada cayeran al suelo. La escena tenía el aspecto de un rito repulsivo, del que hubiera desaparecido todo lo sagrado dejando tan solo el esqueleto brutal, como si ambos actores, la mujer agresiva y el hombre decadente, representaran una obra cuyo guion se hubiera perdido en la historia. Sin embargo, el drama a vida o muerte seguía representándose, y no era solo una comedia que se hubiera transformado en payasada, pues si la caja de cervezas, que seguramente en el guion original habría sido una piedra o un hacha, hubiera golpeado a la mujer en la cabeza —una opción que, evidentemente, el hombre había llegado a contemplar, desquiciado por las eternas recriminaciones de la mujer—, esta habría muerto instantáneamente. Así que tirada en el suelo, con el rostro desencajado, tuvo que aceptar un nuevo compromiso con el destino y seguir soportando a su marido con las piernas rotas y el corazón cargado de rencor, hasta la próxima bronca. Y el hombre, eso se podía leer en el desconcierto de su cara, parecía no estar tan descontento con el estado de las cosas, pues sin la queja constante, la persistente irritación de la mujer, hace tiempo que se hubiera hundido en la

embriaguez y la apatía. De esta forma había sido restablecida la simetría, ella podía seguir refunfuñando, él podía seguir bebiendo, hasta la próxima función. Por supuesto, alguna vez sería la última.

En los jardines de Schreber no solo florecen espuelas de caballero, alhelíes encarnados y oscuros polemonios, sino también graves neurosis, aunque a veces parezcan tan grotescas e indignas, que se diría que esos dramas solo se representan para ofrecer algo de entretenimiento a los pasajeros de los trenes de alta velocidad parados a mitad de trayecto. Sainetes de mala educación en los jardines de Schreber, un servicio de los ferrocarriles alemanes.

Reflexionaba yo sobre la extraña afirmación de que el mundo desaparece al cerrar los ojos. Supuestamente, se disuelve. Naturalmente, se trata de una ocurrencia filosófica que en ningún caso se aplica a los alrededores de Gotinga, pues en cuanto abría los ojos, aunque solo fuera una fracción de segundo, seguía viendo el mismo paisaje descorazonador pasando por delante de mí, los mismos jardines de pobres que parecen no querer acabarse nunca, aunque no se trata ni mucho menos de algo que solo sea característico de Gotinga y sus alrededores. No se había conseguido reconstruir las antiguas ciudades, y tampoco levantar ciudades nuevas que merecieran ese nombre. Se tiene la sensación de hablar de manera falaz y cursi si se menciona la belleza de las ciudades alemanas, pensando en Hannover, Bielefeld o Berlín. Estaba prohibido mencionar la palabra belleza a propósito de Berlín. La Potsdamer Platz no era más que un monumento conmemorativo a la fealdad exclusiva. Así que se alababan los jardines de Schreber en los márgenes sistemáticamente destruidos y desfigurados de las ciudades desaparecidas, una excrecencia desgastada y enfermiza en torno a una nada patética.

Por lo que a mí respecta, no tengo ninguna objeción a que el mundo desaparezca, pensaba yo, y si tiene que ser conmigo también, estoy dispuesto a correr ese riesgo con mucho gusto. La carencia de sorpresa que se ofrecía a mi mirada, la falta de una forma, la ausencia de belleza en conjunto me adormilaba. Lo traslúcido y vaporoso, el barro candente y cálido que de vez en cuando distrae al ojo curioso que recorre el sur de Alemania, nada de eso puede percibirse en los viajes por las regiones centrales. Así que cerré los ojos a propósito, y me debí de quedar dormido enseguida.

2

Me desperté de un sueño dramático porque noté una presión sobre mi hombro. Mientras que el resto del cuerpo seguía ingrávido, envuelto en las acciones del sueño, el hombro derecho experimentaba una presión hacia abajo, suave, pero firme. Quizás se ha caído algo de la rejilla portaequipajes, que está repleta, pensé con los ojos todavía cerrados, o se ha desplazado la almohadilla del asiento, pero cuanto más tiempo transcurría en el mundo real, más clara era la sensación de que una cabeza reposaba sobre mi hombro, un cráneo viviente, palpitante, que de entre alrededor de catorce mil millones de posibles hombros había escogido precisamente el mío para liberarse por un momento de la carga de aguantar su propio peso. Por nada del mundo quería abrir los ojos, para por lo menos arrastrar una parte del sueño hasta la cámara del recuerdo y así poder reflexionar sobre él más tarde. Yo estaba sentado en un círculo formado por unos niños que acusaban con dureza a un muchacho lloroso, en cuclillas delante de mí. Era tan joven que apenas podía discernir entre bien y mal, y estaba allí, quieto, ensimismado, mientras que las lágrimas le corrían por las mejillas, sin entender lo que le estaba pasando. Se había golpeado los brazos y las rodillas y se arrancaba de la piel un trocito de costra con la mano derecha. La sangre brotaba de la diminuta herida, y el chico con aire ausente la chupaba con la lengua. La imagen del niño con la rodilla sangrante me trajo a la memoria la escena de una película, un chico abandonado al borde de la carretera, gorra con visera y unas peculiares botas abotonadas, pero no era capaz de recordar el título. ¿Un niño refugiado, o simplemente un niño pobre? ¿O se trataba simplemente de un niño que se había golpeado en la rodilla? Junto a él estaba de pie una muchacha que le sostenía por los cabellos. Sostenía, no tiraba de ellos. ¿Quién era esa muchacha? No la había visto nunca antes. Lo miraba desde arriba con una mezcla de reproche y escepticismo, como si no estuviera segura de que él fuera consciente de su culpa, ni de si ella podía condenarle. Luego parecía otra vez como si ella sintiera lástima por aquella criatura inocente. Por el contrario, los otros niños, que eran en su mayoría granujas, miraban al tipo lloroso con una severidad inexorable, como si desde hacía tiempo se hubieran puesto de acuerdo

en condenar al delincuente. Uno de ellos levantó el dedo acusador, como si quisiera advertir contra una sentencia favorable, y en ese momento era como si se hubiera transformado en un código legal viviente. A su lado se sentaba un fanático colérico, que abogaba apasionadamente por someter al joven a tortura, ya tenía las manos listas, colocadas sobre unas piedras, y habría bastado un gesto de mi parte para que las hubiera agarrado. Sí, un gesto mío, yo era uno más de ellos. Mientras que en el sueño yo intentaba encontrar palabras para amansar a esa chusma, el niño adquirió mis rasgos, de manera que yo era a la vez (viejo) juez y (joven) delincuente, aunque no en la misma persona. Una situación absolutamente desesperada, porque los niños enfurecidos se acercaban cada vez más y exigían una respuesta, pero yo no sabía nada de la culpa ni del crimen. Un momento antes de que los niños pudieran arrojarse sobre mí, ante mis propios ojos, me desperté con la garganta reseca. ¿Había pronunciado palabras durante el sueño? ¿O hablaban las imágenes? ¿Había dicho algo la muchacha? ¿Cuál era la acusación? Tenía que averiguar a toda costa si se hablaba en los sueños, y cómo se hacía. De pronto me parecía que estaba sobre la pista de un gran secreto y eso por sí solo ya era un buen motivo para no abrir los ojos y tener que mirar a la cara al humillante presente. La escena onírica, me di cuenta entonces, transcurría frente al telón de fondo de una hermosa mansión construida con esmero, una casa verdaderamente ideal, sobre cuya fachada se apoyaba una escalera por la que un hombre —para mí estaba meridianamente claro: era el propietario— escalaba ágilmente para clavar las contraventanas con movimientos rápidos y cortos, como un pájaro carpintero. Esa casa, fuera lo que fuera en mi sueño, estaba siendo sellada frente a mis ojos, nunca podría (¿nunca me sería permitido?) penetrar en ella. Puesto que jamás en mi larga vida había poseído una mansión, ni siquiera había soñado con querer poseerla, debía de haber sido ‘alguien’ quien hubiera deslizado esa villa inalcanzable en mi sueño, un agente inmobiliario invisible que conocía perfectamente mi subconsciente.

La noche anterior había leído algo de la Biblia en el hotel, aunque era la historia de Job, en la que no se menciona nada de una lapidación. Una vez llegado a Múnich, quería rebuscar en mi Biblia, por si hubiera pasado por alto algo que posteriormente había reelaborado en el sueño. ¿Por qué me acusaban los niños? Me había hecho a la idea de ser un ser humano bastante equilibrado, alguien que llevaba una vida equilibrada, en algún lugar en el medio de una sociedad decididamente inclinada hacia el medio. Mi éxito profesional me permitía llevar una vida que no llamaba la atención, sin el castigo divino de la envidia, pero con interés por los márgenes y por las

experiencias marginales, por el arte, en otras palabras, por aquello de lo que en realidad seguía sin entender mucho, aunque no por ello dejaba de atraerme. Tenía la firmísima convicción de tener ya todo por detrás de mí. Todavía quedaba frente a mí un camino a través de un terreno llano, no lo que podría llamarse un bonito camino, desde luego nada ameno, ni sublime, sino uno de esos caminos que uno se 'ha merecido' después de una larga vida laboral, y cuando se tiene la necesidad de experimentar una sensación, es preciso ir al cine o al teatro, o incluso leer. El triste final de ese camino 'normal' habría de seguir de una manera inmisericorde, la atrofia muscular, la antipatía hacia el prójimo, la impaciencia frente a la estupidez, la fatiga invalidante. Pronto descansarás tú también. Hasta entonces es preciso, a pesar lo inútil que resulta, llevar una vida 'correcta'. Pero algo se me había escapado —¿qué? Obviamente algo decisivo, de otra manera no me habría sorprendido en el tren camino a casa. ¿O acaso era mejor que me hubiera pasado en el tren, en movimiento, para poder sentirme a salvo de esos males en casa? Nunca había aprendido a saborear mi vida.

Una vez más has salido bien parado, murmuré entre dientes, pero no tendrás tanta suerte en una segunda ocasión.

Si hubiera abierto una sola vez los ojos, según lo que me enseñaba la experiencia de mi vida adulta, el sueño se habría perdido para siempre. En el suelo de mi cerebro había una trampilla que estaba directamente conectada a los ojos. Ojos abiertos, trampilla abierta, sueño fuera. Una de las pocas lecciones que el doctor Baumann me había enseñado obstinadamente era que había que escribir los sueños inmediatamente después de despertarse, para que de esta forma quedara una huella de mi otra vida y de sus tragedias imaginarias. En efecto, en los últimos años había llenado varias gruesas libretas de apuntes con mis sueños, aunque nunca había llegado a analizarlos. Ni siquiera las había leído. Quizás tampoco quería hacerlo. Mis sueños eran infinitamente más ricos e inescrutables, más brutales e hirientes que todo cuanto yo percibía en mi vida despierta, y que en su mayor parte me parecía estéril y monótono, y en cualquier caso carente de revelaciones que merecieran tal nombre. Todos mis talentos y cualidades que fueran más allá de mi profesión, por lo demás no especialmente interesante, dejaban huella tan solo en mis sueños, y no se activaban nunca en mi vida real, puesto que, si intentaba emplearlos, conducían a una extraña presunción contra todo y cualquier cosa que ciertamente no era voluntaria, pero que no acertaba a evitar. ¿Acaso se trataba de envidia, después de todo? Quizás estaba envidioso de mis semejantes, que eran capaces de disfrutar de la vida tal y como era sin esfuerzo. Miedo y culpa, sueño y

muerte no conseguían impedirles abrazar la vida a pesar de todo. A mí me lo impedían mis escrúpulos. A cambio, mis sueños eran opulentos. Cada vez que hojeaba mis diarios oníricos, me daba de bruces en cada página con una vida tan exuberante, ingeniosa, aventurera, con una seriedad tan hermosa, pero también con una alegría desbordante tan colorida y salvaje, que para no entristecerme los tenía que cerrar inmediatamente otra vez. Había llegado a la conclusión de que debía conducir mi vida de doble vía de tal manera que las sombras del lado nocturno no se mezclaran con las cotidianas. Por supuesto, de vez en cuando experimentaba el deseo de llegar a algún sitio, de alcanzar unas orillas en la que ambas cosas fueran posibles, lo formal y lo vedado, el centro y la periferia, pero a pesar de todo sabía por experiencia que esto no dependería de una decisión que yo pudiera tomar. No quisiera ir tan lejos como para decir que se es vivido, pero en definitiva era eso lo que pensaba. Pero, por favor, ¿quién o qué es quien me está viviendo? ¿y no llegaría un momento en el que, tarde o temprano, se produciría un choque contra ese 'ente'?

Desde que, a pesar de mi edad, había vuelto a viajar como coach de motivación para empleados de medianas empresas, con el fin de motivarles a través de un incremento de su sensación de bienestar, apenas me quedaba tiempo para ocuparme de mí mismo. Mis libros ya anticuados habían vuelto a editarse, a pesar de que, en mi opinión, se limitaban a desarrollar métodos sencillos para lograr que trabajadores desanimados se interesaran otra vez por la empresa, pero resultaba evidente que en los llamados niveles ejecutivos ya se había pasado el apetito por la constante innovación en los procedimientos de motivación. Cuando comencé mi actividad hace casi cincuenta años, aún teníamos que servirnos del idioma alemán, hoy vamos de un lado para otro en tanto que expertos *consulter* para *work-life-balance* y *personal branding*. Una palabra tan hermosa y antigua como procrastinación no existía en nuestro vocabulario; en revancha, yo disertaba con unción sobre estilo directivo orientado a valores y de satisfacción por el trabajo. Dejar atrás el sobrevivir y empezar a vivir, abandonar la desgana, el miedo y el estrés, e invertir la energía así liberada en la empresa, semejante tontería me había granjeado el éxito. A través de las redes sociales se había difundido la noticia de que yo era un gurú benevolente, para el que primero contaba la persona y luego la empresa, y puesto que actuaba como guerrero solitario, se me podía conseguir además a un precio competitivo, así que se amontonaban las invitaciones a ponencias y *workshops* que yo, en realidad contra mi voluntad, atendía diligentemente, lo que atraía a su vez nuevas invitaciones. Cuanto más actuaba, más solitario me volvía. Me escuchaba a mí mismo como si fuera un payaso que repite

y repite una y otra vez los mismos viejos dichos y los viejos chistes, y cuando finalmente conseguía escapar a la habitación del hotel después de las cenas multitudinarias, me asaltaba una melancolía narcotizante. La euforia constante revelaba su lado oscuro. El tipo que yo representaba me resultaba tan familiar, cada día me producía un mayor desasosiego. Sentía cómo las piedras en los bolsillos del abrigo se hacían cada vez más pesadas. Así que venga, a confirmar la próxima cita, a empaquetar la bolsa de viaje, a preparar el material de las presentaciones, y corriendo al tren, para viajar hasta Quedlinburg, Passau o Oldesloe, donde ya se me aguardaba impacientemente como al salvador.

Por otro lado, mi objetivo no había sido jamás el saneamiento de firmas medianas en decadencia. Originariamente, lo que pretendía enseñar era una forma de concebir la gestión empresarial que surge sin necesidad de fijar objetivos, ni de establecer un sistema de recompensas, una forma de pensar contradictoria y poco agraciada, que nace de la humildad, de la paciencia y del interés. En lugar de eso, se esperaba de mí que fuese una especie de profesional carismático del entrenamiento, que difunde diminutos pedazos de seguridad en sí mismo, por muy consciente que fuera de que esto no significa nada en absoluto. En cierta ocasión, en Braunschweig, propuse acudir con toda la plantilla al museo para contar delante de los cuadros qué es lo que se nos ocurría acerca de la fortaleza y la debilidad, de la impaciencia a través del conocimiento y de la capacidad de compromiso, pero tanto la dirección de la empresa como los propios empleados rechazaron la idea irritados. No es posible enseñar el asombro, pero ¿cómo puede realizarse una tarea sin experimentar asombro? Ninguno de los empleados de Braunschweig era capaz de contar, ninguno podía hilar más de tres frases seguidas, por no hablar de la capacidad de emitir un discurso espontáneo. Todos ellos tenían miedo a decir una palabra de más. Y ninguno de ellos había visitado jamás el museo de su propia ciudad.

Así que una vez más colgamos en la pared la absurda hoja en la que escribir la lista de nuestras fortalezas y nuestras debilidades, y todos prometieron que en el futuro se dedicarían a fortalecer sus fortalezas con el fin de «extraer su máximo rendimiento», y quedaron tan contentos de haber superado la formación sin un rasguño y de haber evitado cualquier esfuerzo intelectual. Y a la mañana siguiente me fui al museo yo solo, para ejercitar mi asombro ante las pinturas de la escuela flamenca. En lo esencial, mi vida constaba solo de imágenes, el resto era secundario. En ocasiones hacía listas de pinturas que querría guardar en mi interior hasta el final, y me asombraba de que fueran tan pocas. ¿Cuánto tiempo permanecerían en mí? ¿Qué

Poussin, qué Lorena adquiriría para mi museo privado? Chardin lo daba por descontado, pero, ¿acaso colgaría en mi galería el *Autorretrato en espejo convexo*, y si así fuera, por qué? El juego solo funcionaba si se imponían límites estrictos. Cien cuadros, por ejemplo, pero cincuenta serían todavía mejor. Sí, cincuenta cuadros deberían bastar para «abarcar», por un lado, la mediocridad insuperable del ser humano, y por el otro, sus potencialidades; para explicar por qué nunca se alza, ni podrá nunca alzarse sobre sus propias carencias, a pesar de la ingente cantidad de palabras que a lo largo de la historia de la civilización ha inventado para superarlas. Sería un museo gigantesco en el que habría que atravesar muchos pasillos y salas de cuyas paredes no colgaría ni un solo cuadro, para llegar hasta las pocas pinturas que le albergarían a uno. Pero incluso si alguien se toma el esfuerzo de llegar, no estaría claro si estas estarían expuestas. A cambio, la entrada es gratuita.

Cuando finalmente abrí los ojos, la cabeza que descansaba sobre mi hombro resbaló por mi brazo derecho y cayó sobre mi regazo. De pronto estaba completamente despierto. No cabía ninguna duda, era la cabeza de una muchacha que antes de que me quedara dormido se había sentado justo enfrente de mí, en el sentido de la marcha. En un primer momento la había mirado con disimulo, luego de manera más abierta, pues era como si algo en su fisonomía no cuadrara, y eso no me dejaba apartar la vista. Hace tiempo que casi todos los niños se parecen entre sí, y solo se distinguen por los letreros de sus camisetas, y de todas formas ya no hay manera de ver sus rostros, porque están siempre tecleando sobre sus aparatos electrónicos con la punta de la lengua entre los dientes. La tranquilizadora imagen de una muchacha leyendo en el tren que viaja concentrada, y que de vez en cuando contempla con aire soñador los paisajes que atraviesa, es algo que solo se ve en las fotos del siglo pasado. Cuando tenía que mirar a la cara a los jóvenes que asistían a mis cursillos, jóvenes que se habían puesto ‘guapos’ para la formación, y que vestían alguna camiseta especialmente *cool*, o una gorra peculiar, o pantalones totalmente desgarrados, me parecía como si todos ellos estuvieran disfrazados, como si se ocultaran debajo de ropa de camuflaje para no tener que mostrar su ‘auténtico’ rostro. Tenéis el aspecto de la gente que sale en el canal ZDF, dije una vez a los miembros de un grupo, y me quedé desconcertado al ver lo orgullosos que estaban con esa caracterización, que se tomaron como un halago.

Todo era distinto en el caso de la joven que tenía enfrente. Naturalmente, estoy exagerando, en realidad no tenía nada de especial. Pero me parecía por lo menos que se escondía en ella un

alma profundamente turbada. Una mezcla peculiar de duendecillo y hada madrina, de gran serenidad y de inquieta inconstancia. En un momento de descuido, me miró bruscamente con descaro, como si quisiera medirse conmigo. Atrévete a meterte conmigo, parecía decir esa mirada, pero luego no te quejes si sales perdiendo en ese juego. Entonces volvió a retirar la mirada, como si tuviera algo que ocultar. No disimuló en absoluto que era consciente de que yo la observaba, a pesar del esfuerzo que me había tomado por hacer como que mi mirada recorría el compartimento sin delatar ningún interés. Un rostro, en todo caso, por el que no podía pasar de largo la mirada pasajera. Un rostro que parecía un imán. A veces estiraba hacia atrás su pelambrera de un tirón y al mismo tiempo la giraba, como si quisiera forzar a mirar a su vecina, que estaba sentada pacientemente a su lado, abismada en una larga conversación consigo misma. ¿Su madre? ¿Una tía? ¿Alguien encargada de su custodia? Ninguna de las dos parecía vivir en Gotinga o en Kassel, pensé, y no tuve más remedio que reír, pues en realidad en toda mi vida solo había pasado una noche en Gotinga, y un día en un pequeño centro comercial de Kassel. Esa ínfima risa, que me daba a menudo cada vez que era consciente de mis propios prejuicios y manías, produjo en la chica una reacción asustada: ¿te estás riendo de mí?, parecía preguntarme, una pena, en ese caso me he equivocado contigo. Desde la dulce hada me miró, tan fugaz como mi risa, un demonio, y ahora yo sabía que ese demonio existía, y adopté una postura circunspecta, como si me hubieran pillado.

Debían de venir de mucho más lejos.

Cuando el revisor pidió los billetes, la mayor rebuscó con ahínco en una atiborrada bolsa de Lidl, mientras que los otros pasajeros, incluyéndome a mí, presentábamos los nuestros ceremoniosamente, como si quisiéramos dar un buen ejemplo. En Alemania los billetes de tren se llevan siempre al alcance de la mano, y no se esconden bajo jerséis, vestidos y zapatos en el fondo de una bolsa de Lidl. Así es como uno se vuelve sospechoso. La circulación se vuelve más difícil. ¡Si todos los pasajeros ocultasen sus documentos de viaje en el fondo de maletas o de bolsas de Lidl! Finalmente, la mujer encontró los billetes, pero algo faltaba, un suplemento, porque ellas habían hecho el trasbordo desde un tren de cercanías a nuestro tren expreso. ¿No tiene el suplemento?, preguntó el revisor. Sin respuesta. Tienen que abonar el suplemento, todavía amable. La mujer mayor sostenía un par de calcetines en sus manos nudosas y miraba desanimada, cansada, hacia adelante, para ella todo el asunto estaba liquidado. ¿A cuento de qué había sacado esos calcetines de la bolsa? Qué podían querer decir unos calcetines.

Como no había respuesta, y el jefe de servicio de pasajeros

empezaba a perder su paciencia, intervine yo preguntado cuánto costaba el suplemento. Eso depende desde dónde y hasta dónde viajen, contestó el revisor, desde aquí hasta los Balcanes es más caro que desde aquí a Núremberg. Pareció sorprenderse de que su chiste no obtuviera ningún aplauso. ¿Vosotras, a dónde vais? Preguntó entonces mi vecina, al tiempo que hacía un gesto con los dedos que nadie entendió, ni siquiera el revisor. Si no tenéis dinero, no os está permitido viajar en nuestro hermoso ferrocarril, algo así quería darles a entender, y cuando la mujer, que tenía el aspecto de no haber proferido en toda su vida sino lo más estrictamente necesario, abrió la boca, mi vecina la hizo callar. Al infierno, resopló, quieren viajar al infierno. Al final, pagué yo los suplementos hasta Múnich, un adulto, una menor, lo que provocó la indignación de la mujer sentada a mi lado.

Para huir del incómodo silencio que siguió a ese estúpido arrebato cerré los ojos. No, no tienen que agradecer nada, no tiene ninguna importancia. Ahora ambas extranjeras hablaban bajito entre sí en un idioma eslavo; las únicas palabras que entendía eran nombres de ciudades alemanas, Stuttgart, Múnich, Múnich una y otra vez. Mi vecina —estaba contento de no tener que mirarla— no podía dejar pasar que yo hubiera pagado el importe de los suplementos a esas 'componentes de una banda de ladrones', como ella decía, y emprendió el consabido monólogo lleno de odio acerca de los refugiados, la extranjerización del país, la identidad alemana y otros problemas de actualidad, pero como nadie en el compartimiento quiso reaccionar a esa letanía, que cualquier hijo de vecino habría podido canturrear como si de una canción popular se tratara, tuvo que inventarse su propio público. Se fue poniendo cada vez más teatral, agresiva, grosera, se animó a sí misma a poner fin a tal espanto, y finalmente, porque en nuestro compartimento solo podía hablar, pero no actuar, susurró entre dientes que deseaba con todas sus fuerzas que llegara el hermoso día en que tal gentuza desapareciera de la faz de la tierra. Es una exageración que pone en evidencia al mentiroso, y la arrogancia histérica es un signo de cobardía. Solo los cobardes hablan así, vivimos en una sociedad de cobardes, que tienen que juntarse para cantarle a alguien las cuarenta. Con los ojos cerrados me imaginé la cara de la muchacha, la mirada demoníaca que estaría dirigiendo a mi vecina. Había buenos motivos para suponer que la mujer se estaba asustando, finalmente escuché como recogía sus trastos y desaparecía sin dejar de ladrar. Solo quedó de ella una pesada nube de perfume con la que tuvimos que conformarnos. Estaba orgulloso de mi nueva amiguita ¡Bien hecho, bravo!

Un hermoso día… ¿ese día pertenecía al pasado o al futuro? ¡Los

hermosos días del ayer! Ahora la cabeza de la niña descansaba sobre mi regazo. Estábamos solos en el compartimento, ni siquiera se veía rastro alguno de la bolsa de Lidl con los misteriosos calcetines. También había descendido ya la tímida pareja sentada en el lado del pasillo, que había mantenido todo el tiempo un silencio testarudo. ¿Por qué no habían abierto la boca, eran quizás demasiado jóvenes aún? ¿por qué no habían quitado la palabra a la mujer malvada, no la habían obligado a cerrar la boca, no la habían arrojado del compartimento? ¡Identidad alemana! ¿Qué clase de gente era esa, capaz de tragarse cualquier inmundicia sin indignarse? ¿Cuántos mensajes envenenados como esos puede digerir una persona que se haya educado en este país? Mientras mi vecina vomitaba su discurso, estuve en varias ocasiones tentado de proponer a esos jóvenes mandar a tomar viento entre todos a esa víbora venenosa, pero se me pasaban las ganas en cuanto los miraba a la cara. Eran esos rostros que uno ya no puede evitar encontrarse en Alemania, esas caras de impolutos e inocentes campeones mundiales de la exportación que yo tan bien conocía de mis cursillos: más valía no decir nada, susurraban, para no despertar el tumor latente bajo la piel de esta sociedad apacible, y que está esperando para poder explotar. Ningún riesgo, nada de experimentos, pleno empleo. Cada una de esas caras sabe que, si todo sale bien, al final les caerá un apartamento de dos habitaciones al borde de la playa con pantalla plana y un pequeño mueble bar. Y si no hay una guerra antes, si los rusos se ocupan de sus cosas y los americanos respetan sus límites, y los polos dejan de derretirse, entonces puede razonablemente esperarse que dentro de cuarenta años podamos seguir disfrutando de la misma vista de la casa de enfrente, de los coches en el patio, que ya no será siquiera necesario conducir uno mismo —bastará con decirles a dónde queremos ir, y entonces irán ellos solos. Lo primero es la renta, luego viene la moral, este es el preámbulo de la verdadera identidad alemana. Más de dos tercios de nuestra sociedad están compuestos de ese tejido. Me resultan familiares por mis seminarios, ¿cómo tener éxito y mantenerlo? Todos son consumidores de primer orden y trabajadores motivados en los que se puede confiar, que estarán con la empresa a las duras y a las maduras. Que piensan igual que la empresa. Una vida en la que uno no se puede extraviar, de eso se ocupa la vigilancia integral.

¿Y qué pasaba con el último tercio? Un caos impenetrable. Algunos de ellos, como la mujer malvada, pertenecen al grupo de los que se imaginan haberlo conseguido, y tienen miedo de que alguien les quite algo, un apartamento de una sola habitación en Mallorca, las vacaciones por Pentecostés y la escapada de Navidad a un buen hotel

de Garmisch-Partenkirchen, tienen miedo de retroceder bruscamente un escalón a plena luz del día, de manera que cualquiera pueda darse cuenta: ¡mira, esos no pueden mantener su estilo de vida! El bolso de mano con broche de plata y pesada cadena como asa, la mirada asustadiza al Smartphone chapado en oro, el cuarto de hora de cuidadoso repaso del maquillaje con el espejito dorado, el pesado pedrusco del pendiente que casi les rasga las orejas, en esas cosas ponen su corazón. Y en el vestido, claro, ¡Gucci o Prada! Que se ha comprado en realidad como algo sólido, más sólido en todo caso que el cuerpo que recubre, aunque una vez que se haya pasado la estación, se convertirá en algo risible, inapropiado, pasado de moda. Ya es suficientemente malo tener que viajar en ferrocarril y no poder escoger a quién se sienta al lado, por lo menos tiene uno que rodearse de pasajeros de cierto nivel, gente perfumada y radiante, en caso contrario más vale que las plazas se queden vacías.

¿Cuándo surgieron esas personas, quién les ha enseñado esa actitud? ¿de dónde vienen esa amargura, ese sufrimiento, esa humillación que se esconde tras el miedo y que les abrasa sin tregua? ¿Quién escribe la historia de esos miserables seres humanos, que no han comprendido la vida?

Lo peor del caso, pensaba yo al mirar las caras inmóviles de los compañeros de viaje, ¡es que tienen toda la razón! Porque cuando algo se haga añicos —y desde luego muy pronto habrá de nuevo escombros, de eso están todos firmemente convencidos—, serán ellos los que peor lo van a pasar. ¡Son ellos los que tienen algo que perder! Serán ellos los engañados, los que tendrán que pagar la factura. Por eso se desgañitan y abren la boca, y se puede ver el oro falso en sus fauces ensangrentadas. Todas las drogas alternativas han dejado de servir. Ya no hay religión, ni comunidad, ni partido, ni Estado que puedan ser de ayuda. Ni siquiera Prada o Gucci. Lo único que sobrevive es la pequeña economía, el maldito crecimiento, la autodestrucción organizada.

¡En el hecho de que la voz de la mujer malvada no se me fuera ya del oído reconocí de manera clarísima que algo debía de haber ido mal en la historia de la evolución! Se me había quedado dentro, ese tono estridente, histérico. ¡Cada vez que oiga hablar de identidad alemana, volveré a escuchar en mi oído a esa mujer! Un tinnitus identitario.

Por otra parte, siempre me he considerado una persona apacible, un defensor del equilibrio, de la mesura, a veces incluso del apaciguamiento. La vida es demasiado corta como para pasársela siempre en la lucha, el enfrentamiento, a la defensiva. Sencillamente, es demasiado corta. Por eso se han inventado todo tipo de travesuras

para animarla un poco. Una de esas invenciones es el viaje constante, esa obligación de estar siempre en camino, las escapadas urbanas, las ofertas culturales, el vuelo *last-minute* a Estambul, los fines del mundo encantadores a orillas del Bósforo, sin olvidar la ópera en Verona, todo incluido, antes ciento veinte euros, ahora la mitad, hay que llevar las bebidas. Sin embargo, últimamente reaccionaba con desagrado ante mis coetáneos, a veces no podía ni mirarles, ni quería que me tocaran. ¿Dónde se han quedado los soñadores, los tímidos solitarios, los místicos que al menos una vez en la vida han abandonado el empirismo y se han sumergido en universos impenetrables, en ámbitos situados más allá del cumplimiento del deber y de la eficacia? ¿Dónde están los seres humanos capaces de admitir libremente que el astro de su vida no ha ascendido ni va a ascender nunca?

La chica dormía como una marmota, y al igual que una marmota emitía a intervalos extraños pitidos. Moverme estaba descartado. No quería moverme. Me estaba ocurriendo algo que no quería perder a causa de un movimiento en falso. Tampoco estaba preparado para un contacto con ese ser en pantalones de chándal. ¿Qué hacer pues con las manos, y sobre todo, con el pensamiento? Yo no le había pedido que se sentara a mi lado. Lo único que había hecho era regalarles un par de euros, a ella y a su acompañante, nada más. ¿Pero por qué estaba empezando a justificarme febrilmente? ¡Ha sido la niña la que ha venido a mí, por favor, créanme! No es algo que ocurra todos los días, que en un compartimento de los Ferrocarriles Alemanes le caiga a uno en el regazo una chica totalmente desconocida, alguien que con seguridad tendría cincuenta años menos que yo. En las comisuras de su boca se habían formado pequeñas burbujas de saliva que al expirar se inflaban y estallaban, todo lo demás estaba en calma.

Tomé con cuidado el diario que la mujer malvada, como correspondía a su catadura miserable, había dejado tirado sobre su asiento. Al fin y al cabo, ella ya había pagado por aquella hoja infame, que otros se ocuparan de deshacerse de ella. De mano en mano, pensé, al observar a Petra hambrienta de sol, la empleada bancaria de Opladen que justo después de la sesión fotográfica había huido a Mallorca, para escapar, por un lado, de los clientes curiosos, y por el otro del mal tiempo de Opladen. A esa Petra hambrienta de sol podía imaginármela no solo como empleada bancaria, sino también como atracadora de bancos, puesto que le encantaba la ropa de cuero muy ajustada y una gran cilindrada entre las piernas, tal y como había reconocido a la redactora, sin duda muy acostumbrada a ese tipo de confidencias. ¿A cuánto ascienden los ingresos diarios en una sucursal en Opladen? Llama la atención lo raramente que se usa actualmente el asalto bancario como forma de obtención de ingresos. En mi juventud

esto todavía no pasaba. En filiales muy concurridas se podía fácilmente obtener dos salarios anuales sin armar tanto revuelo. Bastaba con desconectar las cámaras de seguridad. A menudo había pensado en un atraco bancario cuando visitaba mi sucursal al mediodía y sorprendía a la empleada —¡un momento, ahora mismo estoy con usted!— contando los billetes a mi alcance, delante de mis ojos, sin mostrar ningún temor. Un golpe bien dado en la carótida, y alargar la mano audazmente y meterla en la caja, no hacía falta hacer nada más, ¡y además habría tenido que organizarse con gran urgencia un debate imprescindible sobre el hecho de que el importe robado no alcanzara siquiera el sueldo semanal del presidente del banco, que no nos quería pagar más intereses porque necesita perentoriamente el dinero para compensar los miles de millones de deudas acumuladas por él y sus antecesores. ¡Presidente del banco! ¡A menuda denominación profesional se llega mientras se contempla a Petra, hambrienta de sol! No puedo recordar ningún caso a lo largo de mi vida, acompañada de tantos escándalos bancarios, en que el director de un banco terminara entre rejas. Siempre en libertad condicional. El régimen abierto era una cuestión de honor. Apropiarse ilegalmente de dinero es punible, también en el caso de pequeñas cantidades, pero hacerlo desaparecer a lo grande no lo es. Seguramente el banco había intuido lo que pasaba por mi cabeza, porque en la página de enfrente a la de Petra, hambrienta de sol, un consejero de lo que se conoce como consejo de administración de uno de los mayores bancos del país, aunque no el mayor, propugnaba el adelgazamiento radical del sistema de filiales, puesto que de otra forma se correría el riesgo de que el que un día fuera uno de los mayores bancos del país se convirtiera en uno de los más pequeños, eso sí, manteniendo el nivel de ingresos de los miembros del consejo de administración, como no podía ser de otra forma. ¿Cómo tener éxito y mantenerlo? Sería bonito recibir pronto una invitación a Opladen, para comentar con Petra, cuando vuelva de Mallorca, algunos detalles. Por cierto, ¿dónde estaba Opladen? ¿Existía Opladen en realidad? ¿O se trataba de una invención de los redactores de esa caricatura barata de un diario, cuya redacción seguramente tendría su sede en la isla de vacaciones hispano-germana de Mallorca, cuyos usos y costumbres tribales se trataban en cada página? Una de dos, o bien acababa de volver desde Mallorca a Alemania un actor, un cantante, un político y un parado, o bien un miembro de consejo de administración, un sindicalista y Petra, hambrienta de sol, se frotaban ya las manos pensando que pronto podrían partir hacia Mallorca, donde la mayor parte de las personas prominentes poseen una casa, que en Mallorca se llaman “fincas”, o sueñan con adquirirla pronto. Yo todavía no había estado en ninguna de las Islas Baleares, y mis ganas de visitarlas, para

posiblemente ser recibido por las personas representadas en esa caricatura de diario, tendían cada vez más a cero, aunque la mayoría de las personas entrevistadas por el periódico afirmaban que tras abandonarse a tremendos excesos en la playa de la capital se retiraban a la correspondiente finca, en cuyos alrededores solo habitaban abejas y culebras, los únicos seres vivos del archipiélago que no hablaban alemán. Una naturaleza intacta rodea su mansión, decía el miembro del consejo de administración, adquirida a precio de saldo a un amigo que tras una bancarrota fraudulenta había conseguido refugiarse en Florida para huir de la envidia de los fracasados de acá. Como no entendía nada de arte, había decidido convertirse en *art dealer*, pues su ignorancia le permitiría en el futuro desarrollar sus negocios de manera neutral y sin dejarse influir por la ingente Historia del Arte. Su mejor apuesta era un americano de cuyo nombre en ese momento no se acordaba, un genio no necesita un nombre, si entienden ustedes lo que quiero decir, afirmaba el *art dealer*. En cierta ocasión, el miembro del consejo de administración del que fuera una vez el mayor de los bancos alemanes compró un cuadro de ese americano para su finca de Mallorca, y ahora estaba loco de contento por ello. ¿Qué representa la pintura?, le preguntaba el redactor. Una barbaridad de colores, respondía, pero no estaban exactamente pintados, más bien arrojados, lo que había hecho era arrojar la pintura a cubos sobre el lienzo, y todo se había pintado por sí mismo, de manera natural, más bien hacia abajo. ¿Lo comprende usted? ¡Era una pintura que se había pintado ella sola, sin que en ningún momento la tocara la mano del pintor! ¿Y a cuánto había ascendido la broma? A menos de un millón, dijo el miembro del consejo de administración que precisamente estaba aligerando el sistema de filiales de su banco a fin de que volviera a ser el mayor de los bancos alemanes. ¿Y no tiene miedo a que le roben la pintura cuando no está usted en su finca de Mallorca?, preguntó el entrevistador impertérrito. ¿Pero usted qué se piensa? El valor de una pintura que se ha pintado a sí misma no lo reconoce nadie, ¡una cosa como esta no la roban así como así! Se llevan cualquier holandés barato, los paisajes de Jan van Goyen o de Gerard Dou, cuadros en los que se reconoce algo, ovejas y personas, pero nadie se arriesga a que le pillen con una orgía de colores robada. ¡Algo así sería considerado un deshonor en ciertos ambientes!

La chica seguía durmiendo, o seguía haciendo como que dormía. Contemplaba emocionado el ligero temblor de su párpado, que me trajo el recuerdo de la muerte de mi madre. La última vez que la visité en el hospital los médicos ya habían tirado la toalla, pero sus párpados aún temblaban sobre sus ojos cerrados, y me pregunté en qué estaría pensando, si es que todavía podía pensar, seguramente pensaba,

espero que se cepille los zapatos al salir de casa y se ponga el abrigo cuando llueva, y vaya al peluquero cuando le toque. No te preocupes por mí, había susurrado yo, y al hacerlo había mirado sus manos que descansaban sobre una delgada manta y que no podían estarse quietas. En algún momento de la historia, la inquietud hizo su aparición en la vida, inquietud que no abandona ya a los seres humanos hasta que no queda nada por hacer.

Y la muchacha, ¿en qué pensaba, mientras temblaban sus párpados? Miré sus uñas mordidas, en las que aún eran visibles los restos de un esmalte rojo claro, sus pantalones de chándal arrugado, la raya del costado que un día fue blanca, sus deformadas zapatillas deportivas con velcro sobre los pies desnudos, la cicatriz sobre el tobillo derecho que aún no había acabado de curar. ¿De dónde venía? ¿en qué pueblo se había subido al autobús, en qué ciudad había comprado el billete de tren? ¿a quién o qué había dejado atrás, y por qué?

¡No te preocupes tanto, maldita sea! En Múnich vendrá a recogerla un tío, Miodrag o Vladimir, al que contará riendo que se había dormido en el regazo de un completo desconocido que había pagado su billete, y Miodrag o Vladimir le contestará, pues has tenido mucha suerte, porque normalmente los viajeros de los ferrocarriles miran hacia otro lado cuando alguien carece de un título de transporte válido.

¡Pero no llevaba nada consigo! Ni una maleta, ni una mochila, ni bolso, ni bolsa de mano. Esperemos que por lo menos tenga un carnet. ¿Y qué pasa si ningún tío viene a recogerla a Múnich?

Yo estaba en un apuro, y me esforzaba con determinación para salir de él. No quería permitirme el cinismo que había caracterizado a la mujer agresiva, pero en todo caso tenía que buscar una salida, para el caso de que la muchacha dormida hubiera quedado realmente abandonada a su suerte. No sólo resultaba problemática la circunstancia de que en un compartimento vacío la chica se había acurrucado a mi lado de tal manera, que cualquier extraño habría llegado a la conclusión de que íbamos juntos, o que yo había conseguido que esa niña reposara sobre mí por medio de vaya usted a saber qué promesas; problemático era también el hecho de que saltaba a la vista que la criatura no sería capaz de explicar cómo había surgido ese apego. Al despertarme la había encontrado inesperadamente ahí, era imposible que la verdad sonara menos verosímil y podía imaginarme, como en uno de mis cuadros favoritos de Ensor, delante de mí las caras deformadas por las muecas de los viajeros del tren y de la policía, que habría sido avisada, todos ellos queriendo averiguar la verdad sobre esa especie de descarado fingimiento, aunque cualquiera podía pese a todo entender

perfectamente de lo que se trataba. Difícilmente podía yo decir, si no me creen, entonces hagan el favor de hacerse cargo de la criatura, se lo ruego, yo no la necesito para nada, llevénsela ustedes consigo, a ver qué tal se las arreglan. De pronto me di cuenta, mientras hablaba conmigo mismo, de qué manera estaba ensayando una casuística para defenderme ante cualquier eventualidad, y comprendí también que se me agotaban los argumentos optimistas. Tan pronto como se despierte la muchacha, esta era la última versión favorable para mí que se me había ocurrido, se dará cuenta de que ha dado con la persona equivocada, y se largará.

Y justo en ese momento comprendí que nuestra historia apenas acababa de empezar.

3

Estuvimos parados media hora a mitad de recorrido, antes de llegar a Núremberg, porque había personas en la vía, según nos informaron. ¿Qué hacían personas en las vías? ¿Es que el tren no tiene una bocina con la que espantarlas? En las últimas semanas ya había tenido que interrumpir varias veces mi viaje por la presencia de personas en las vías, lo que se había revelado desastroso a causa de la pérdida de conexiones, de las pernoctaciones adicionales, de los intentos inútiles por compensar los daños económicos mediante reclamaciones, porque al departamento de quejas no se le había comunicado nada acerca de la presencia de personas en las vías. ¡Pero a quién se le iba a ocurrir estar en las vías, si hubiera pasado eso nos habríamos enterado!, me respondieron cuando intenté recuperar ciento setenta y un euros. Me trataban como si fuera el tonto del bote, a nadie le da hoy en día por quedarse plantado en las vías al aire libre, para qué iba a colocarse alguien en las vías, cuando alrededor de las vías se despliega la más hermosa naturaleza, la avena y la remolacha azucarera, la amapola silvestre y la arveja, ¡a nadie se le ocurre quedarse en las vías! ¿Y qué pasa si alguien quiere matarse, ser atropellado por el tren? ¿Cómo de desesperado tiene que estar alguien para arrojarse al tren? Lo peor era que a causa de esas paradas inesperadas me veía obligado a comer en las cantinas de las estaciones, en un ambiente que me deprimía. Las estaciones se habían convertido en una prolongación de las zonas peatonales, en la que los viajeros no eran bienvenidos realmente, en particular si llevaban maletas, maletas con ruedas, bolsas deformes y niños, porque reducían el margen de movimiento de los consumidores que acudían a estos sitios a efectuar sus compras semanales o simplemente deambulaban por allí o se citaban para tomar un café. En la ‘Revista de la estación’ había leído que algunas personas pasan todo su tiempo de ocio en la estación, en el ‘mundo multicolor de las estaciones’, y que no se trata tan solo de los sin techo, los carteristas y los refugiados, sino también de personas con ingresos regulares que se pasaban todo el día delante de un ordenador, ¡y que a partir de las tres no tenían nada mejor que hacer que pensar en la estación! Me veía obligado a comer rodeado de esos frikis de las estaciones. Dado que en solo cuatro semanas había tenido que interrumpir mis viajes en

tres ocasiones a causa de la presencia de personas en las vías, me había visto obligado a cambiar cada día los planes de viaje a causa de la concurrencia en sitios tan desacostumbrados. ¡Lo que antiguamente era el almuerzo sobre la hierba se había convertido en el picnic entre los raíles! Había cambiado la razón de ser del ferrocarril, ya no era movimiento, sino estancamiento. Cuánto más invertía la empresa ferroviaria por un lado en tecnología, y por el otro en la decoración de los centros de consumo, cada vez eran más las personas que se instalaban sobre las vías, en una tierra de nadie al aire libre todavía relativamente poco vigilada, donde ciertamente se está mejor que en las estaciones, y desde donde, gracias a las extensas superficies cultivadas, se ofrece un variopinto panorama a los amantes de la naturaleza. La Universidad de Augsburgo había catalogado setenta tipos diferentes de hierbas, algunas especies invasoras, solo en el tramo entre Augsburgo e Ingolstadt, desde la hierba pestilente asiática, hasta la de los Cárpatos, además de unas cuantas mutaciones de hierba pestilente aterciopelada, que pronto podrían considerarse como variedades diferenciadas, tal y como informaba la Revista de la estación. Una comunidad diminuta y andrajosa, aunque inmune a las intemperies meteorológicas y a los gases, al igual que parecían inmunes a los mismos aquellos trabajadores inmigrantes que, antiguamente, el fin de semana acudían temprano a las estaciones con sus trajes de domingo, a contemplar cómo se marchaban los trenes.

El aviso fue repetido en varias ocasiones, lo que sin duda se debía a las dificultades para expulsar a las personas instaladas en el entorno de las vías. ¿O es que se había producido un suicidio? Jamás, en mi experiencia como viajero, he llegado a oir anunciado que una persona hubiera encontrado la muerte en las vías. Nunca. Solo comentarios para apaciguar los ánimos, eufemismos en dos idiomas, a veces también en italiano. Nunca la verdad.

En definitiva, esto significaba que teníamos que prepararnos para un retraso aún mayor, y por supuesto podíamos dar por hecho que íbamos a perder todas las correspondencias con otros trenes. Recorrió todo el convoy un lamento colectivo que sonó como sonaba antiguamente el silbido de los trenes al soltar el vapor. La muchacha que descansaba sobre mi regazo no dio ninguna muestra de ir a despertarse, al contrario, se había acurrucado de tal manera que parecía que no quisiera abandonar esa postura durante un buen rato. De vez en cuando alguien que intentaba cambiar de asiento abría la puerta, para volver a cerrarla de inmediato con un mudo gesto de disculpa. La muchacha y yo formábamos un conjunto intocable, una *Pietà* en un compartimento ferroviario. Se le habían caído las zapatillas de deporte, así que sus pies descalzos y sucios se apoyaban

ahora sobre la tapicería. Era obvio que no poseía nada más que los trapos que cubrían su cuerpo. Yo estaba orgulloso de poder ser su protector.

Leí lo que me quedaba del periódico, pues no alcanzaba la bolsa de libros que llevaba en la rejilla del equipaje. Me cautivó especialmente una noticia de Reuters que iba acompañada de una foto conmovedora: «Una extraña pareja». En la foto aparecían una leona y un joven antílope de Nairobi, que caminaban perezosa y pacíficamente sobre un cuidado paisaje florido. La leona, como es usual en su especie, tenía un aspecto un poco malhumorado, no parecía que le hiciera mucha gracia que la fotografiaran. Desde hace décadas, los investigadores conjeturan de dónde proviene esa expresión facial agriada de los leones, reyes de los animales, en particular de las hembras, ya que este rasgo es el que distingue esencialmente su fisionomía de la de las casas reales humanas, que con sus ridículos uniformes de fantasía, con todas esos abalorios colgados del pecho, se retratan siempre sonrientes. Por mucho que tengan un pie en la cárcel a causa de delitos fiscales, o que acaben de ser abandonadas por su entrenador de *fitness*, basta que el fotógrafo apunte con su cámara para que aparezca la mueca distintiva de la realeza europea sobre sus rostros. Y puesto que incluso en democracia las estirpes reales se multiplican con facilidad, gracias a la excelente dotación económica, y que los miembros de dinastías destronadas o de linajes nobiliarios venidos a menos todavía pueden aspirar a representar algún papel activo de segunda, tercera o décima fila, esta sonrisa cortesana se ha ido propagando hacia abajo, hasta alcanzar el nivel de condes y barones. Se ha extendido por toda Europa una red fisiognómica estable que surge de palacios y castillos y desciende hasta alcanzar las viviendas de dos dormitorios, en las que no queda nada más que esa sonrisa real tan peculiar. Por el contrario, los leones, y sobre todo las leonas, nacen con esa expresión facial malhumorada, con esa displicencia regia que la evolución les ha implantado en el cráneo, pero, ¿por qué motivo? La única excepción a esa regla la he encontrado en Budapest, poco después de la caída del Telón de Acero, cuando me invitaron a un seminario en la capital húngara tras la traducción de mi libro *Primero fortalezcamos las fortalezas, luego debilitemos las debilidades*, y en tal ocasión —y en no pequeña medida precisamente porque había pocas fortalezas que fortalecer— visité el zoo en busca de inspiración. ¡Y allí encontré a un león sonriente! Sí, yacía dentro de su jaula, iluminado por la clara luz primaveral, había colocado su cabeza en diagonal sobre sus zarpas delanteras, y sonreía. Me resultó inquietante, pues nunca antes había visto a un león sonriente. Habíamos crecido con leones profundamente afligidos, en el zoo de Berlín y en la pantalla solo se veían ejemplares amargados y pesarosos

de ese regio animal que no mostraban el mínimo indicio de querer cumplir el papel que se les atribuía en el reino animal, y solo cuando no tenían más remedio que levantarse, impulsados por el hambre, y abandonaban su regia apostura para despedazar un antílope, por un instante se transformaba su expresión facial amargada y avinagrada en furiosa voracidad y tensa concentración.

Algunos años después de mi estancia en Budapest, siendo huésped de una compañía mediana interesada en mis seminarios en Reikiavik, la capital de Islandia, le dije a un escritor húngaro que por casualidad se sentó a mi lado en el bar del hotel, mientras meditaba sobre un aguardiente de arándano rojo, que su melena me recordaba al único león sonriente que había conocido, precisamente en el zoo de Budapest, lo que le provocó un ataque de risa tan fuerte que solo se pudo calmar tras varios aguardientes de arándano más. Por supuesto que conocía al león, y también a sus hijos les había llamado la peculiar fisionomía del animal, esa sonrisa permanente en medio de una situación económica tan crítica. En el transcurso de la noche, en la que se habló entre otras cosas de las cifras de las tiradas respectivas de nuestros libros, relativamente altas (en mi caso) y, en comparación, más bajas (en el suyo), el escritor húngaro, que hablaba alemán con fluidez, me explicó lo que había ocurrido con el título húngaro de mi libro. Las ocho palabras del título alemán del libro se habían fundido en húngaro en un solo vocablo, una palabra larga como una lombriz de biblioteca, por supuesto completamente ininteligible. La traducción literal del título húngaro al idioma de partida venía a ser: «debilitarlasdebilidades», las fortalezas se habían perdido por el camino. No sé cuántos habitantes tendrá Islandia, muchos tampoco pueden ser, pero parece que todos saben leer, y les gustan especialmente, además de sus propias sagas, las novelas húngaras, y mi libro, «debilitarlasdebilidades». Un país ejemplar, con esa constatación nos separamos.

Unas semanas después de ese encuentro —mi nuevo amigo participaba en una feria literaria en Múnich, aunque no solía acudir a este tipo de actos organizados— me envió un ejemplar de uno de sus libros traducido al alemán, donde había escrito que le había gustado nuestra conversación entre *âmes bien nées*, por la falta de premeditación, por la actitud juguetona, pero también por la profundidad, y que le gustaría continuarla pronto. Había firmado la dedicatoria como: el león sonriente de Budapest. Y de hecho, llegamos a encontrarnos después en varias ocasiones, la mayor parte de las veces por casualidad, cuando en el curso de algún viaje leía en la prensa local que él daba alguna conferencia, pero otras veces de forma intencionada, pues este talentoso irónico, tras la lectura de mis libros,

me había propuesto escribir a dos manos un volumen que se titularía *Fortalecer las fortalezas y debilitar las debilidades en la literatura*. Preparamos un índice de materias aproximado en Hannover, donde interveníamos ambos, él ante cuarenta personas en un club literario, y yo ante trescientos oyentes en la cámara de comercio. El libro debía escribirse en el estilo de los míos para resultar muy cómico, pero nunca pasamos del esquema. El borrador en húngaro salió publicado en una revista literaria de allí, y también hay traducciones al esloveno y al turco, pero el original se perdió. Ese hombre tan poco común, que recordaba al león sonriente de Budapest, murió víctima de un cáncer, como la mayoría de mis amigos, que vivían en sitios muy dispersos. En realidad, solo uno sigue con vida, esa es la expresión más exacta de su existencia. Hizo un capital con la inversión en una empresa *startup*, lo que le permitió abandonar su trabajo como consejero empresarial, y mudarse a una residencia de mayores en Florida con su amor de juventud; allí le atrapó la demencia. Cuando fui a visitarle hace un par de años, estaba sentado en un grupo de personas, la mayoría no más mayores que yo, en una sala comunal del club, y un robot les cantaba villancicos. Al tocarle le cayeron lágrimas de los ojos, a pesar de que no me reconoció. Debía de hacer tiempo que, por motivos higiénicos, nadie le tocaba. *Now we go to bed*, dijo el ordenador con una voz cascada de viejo, y a continuación todas las sillas de ruedas totalmente automatizadas los condujeron a sus respectivos *bungalows*. Quédate aquí, me dijo su amor de juventud, pero no quise.

Debí de pensar en el escritor húngaro al leer una noticia publicada por Reuters, «Una extraña pareja», en la que se hablaba de la inusual relación entre una leona adulta y un cachorro de antílope. La leona había adoptado al joven antílope órice, a pesar de que lo que esa especie suele hacer con los antílopes es devorarlos. Más aún, la leona al principio permitía incluso a la madre antílope alimentar a su cría. Pero el rey de los animales, incapaz de todo compromiso, estaba en contra de esta ampliación de a familia, antinatural a sus ojos. Un día en que su esposa se había ido al bebedero, dejándolo con la tarea, evidentemente intolerable para un león macho, de echar un ojo a la tan bien formada cría de antílope, este la devoró en un santiamén sin ningún miramiento. Cuando la leona volvió, una vez saciada su sed, no encontró más que un montón de huesos roídos. El león había lamido hasta la última gota de sangre. Era la leona la que no se había comportado como una leona, el león había actuado según su naturaleza. Creo que estas noticias de sucesos inducen a los seres humanos a reflexionar más eficazmente que las teorías sociológicas más elaboradas. Recorté el artículo con cuidado, y me lo guardé en el bolsillo de la camisa.

Miré a la muchacha desconocida reclinada sobre mi regazo, que seguía emitiendo ese silbido chirriante tan extraño. Tenía manos pequeñas, más pequeñas de lo que en un principio cabría pensar. La mano izquierda estaba cerrada como si le hubiera dado un calambre, como si quisiera agarrar algo a toda costa, la derecha colgaba abierta sobre mi rodilla. Toqué con delicadeza su mano izquierda con la punta de mis dedos, hasta que se relajó y se abrió. Un botón cayó al suelo, un botón grande, marrón oscuro. Aunque solo se tratara de un botón, el ruido que hizo al caer al suelo me pareció sorprendentemente alto, escandaloso. ¿Acaso volvería a aparecer su madre? Al llegar a Núremberg teníamos al menos diez minutos de parada, así que me levanté con el mayor cuidado para fumar un cigarrillo en el andén. El botón me lo había guardado también, como un ladrón, en el bolsillo de la camisa, sobre el corazón, sin duda ese botón me salvaría la vida en el caso de que alguien me disparase. ¿Por qué me iba a disparar alguien? ¿Quizás se me confundiría con un león que quisiese devorar a una cría de antílope?

Me coloqué delante de la ventanilla del compartimento para que, en el caso de que la chica se despertara, me viera inmediatamente, pero era obvio que había caído en un profundo sueño reparador, que no iba a dar a la realidad la mínima oportunidad de perturbarla. Por primera vez a lo largo de nuestro viaje juntos me pregunté, ¿cómo se llamará? Mientras la contemplaba a través de la ventana del vagón y de la puerta del compartimento me acordé de que la madre, o tía, o amiga mayor, tenía los ojos rojos como un conejo. En el pueblo en el que yo había crecido también había una muchacha con los ojos de conejo, de ella decía el borracho del pueblo, un herrero que en plena curda se había destrozado la mano izquierda con un martillo, que traía al mundo en secreto conejos con los ojos rojos. Como el herrero era miembro del partido, le dejaban soltar tonterías de borracho, aunque mi abuelo varias veces estuvo a punto de sacudirle. Todo el mundo sabía las ganas que le tenía al herrero, hasta el punto de que, el día en el que se encontró al borracho en el bosque, muerto a golpes, se le consideró sospechoso. Mi abuelo no habría matado a una mosca —bueno, a una mosca, sí, pero no a un ser humano. Vinieron a buscarle y estuvo tres días desaparecido. No podíamos acudir a un abogado, porque mi abuelo había sido previamente un latifundista, y a los ojos de los nuevos amos era algo así como una mentira viviente al que no podría ayudar ningún picapleitos. Además, no teníamos ni un céntimo. Al cabo de tres días reapareció, y a diferencia de los conejos, uno de sus ojos estaba morado. En su confusión, se había golpeado contra una puerta, afirmó, aunque todo el mundo sabía por qué su ojo estaba hinchado. Cuando enterraron al herrero, tocaron la Internacional, pero mi abuela decía que nadie había abierto la boca.

«¡Arriba, parias de la tierra, condenados al hambre!, el derecho, como lava ardiente en el fondo de un cráter, ahora brotará, convertido en poder», es lo que habíamos oído en la radio. Para mi abuelo, el derecho se había quedado en el fondo del cráter.

La muchacha con ojos de conejo, que si no recuerdo mal se llamaba Karla, se quitó la vida más tarde, según parece, después de que el nuevo administrador la dejara embarazada. Una muerte desgraciadamente muy frecuente en esas circunstancias, como decía mi abuela. Cuando supe de su muerte intenté imaginármela en el pajar en el que habíamos jugado tantas veces, también a juegos serios, la imaginaba entrando allí con una soga, haciéndola pasar por encima de una viga y atando el nudo corredizo, apoyando la escalera sobre la viga y ascendiendo por ella. A partir de ese punto se agotaba mi capacidad de imaginación; sí que veía ante mí a una chica que se ajustaba el lazo al cuello, pero ya no era Karla, y cuando juntaba los brazos a los costados, preparada para saltar, era yo quien temblaba sobre la escalera. En mi fantasía, yo quería saltar por ella; pero no lo hacía.

Nadie sabía cuándo ni cómo había llegado a nuestro pueblo. Sencillamente, estaba allí cuando acabó la guerra, cinco años mayor que yo, y tenía los ojos rojos. Dormía en un cuarto sobre las vacas y se ocupaba de las labores domésticas, y era responsable de los conejos. Solía ir con ella por las praderas abandonadas y cubiertas de plantas silvestres para recoger comida para los conejos, los domingos se les daban hierbas especiales, aromáticas, que antes había que lavar bien. Los conejos se destinaban al asado de los domingos, del que nosotros, por regla general, estábamos excluidos. ¿Se llamaba Karla, o Katja, o Katharina? Una vez abastecidos los conejos, nos tumbábamos sobre el heno, y me permitía reclinarme sobre su regazo. He olvidado su nombre, pero no sus historias, increíbles pistolas de bandoleros, pero también cuentos de hadas y leyendas de su patria, como ella decía, sin que yo supiese dónde estaba esa misteriosa patria en la que los caballos volaban y las ranas leían la biblia. Y a día de hoy aún no he olvidado el timbre de su voz, ese timbre maravillosamente cristalino con el que mezclaba las barbaridades de su fantasía con las cosas corrientes de la realidad como si hubiera otros mundos para los que me quisiera preparar. Solo en mí había puesto ella su confianza, ni siquiera en mis abuelos, que la trababan con cortesía amistosa. Pero ni mis abuelos ni la muchacha tenían nada que decir en la granja. ¿Qué hace tu amiga? Me preguntaba mi abuela. Le va bien, respondía yo, aunque ambos sabíamos que era mentira. Pues a Karla o Katja le iba todo menos bien, la gente del pueblo la tachaba de viciosa y desordenada, sin que nunca encontraran algo concreto que reprocharle. ¡Qué estúpidas eran las gentes de nuestro pueblo! Cuando

me quejaba de ello a mi abuela, ella me respondía que tenían que esforzase para no utilizar su inteligencia innata, y que por ese motivo parecían tan tontos. Yo hacía como que me daba por satisfecho con la aclaración, aunque en realidad solo entendía a medias lo que quería decir.

La ordeñadora, la única católica del pueblo, y de la que hasta las vacas tenían miedo, se santiguaba cada vez que se cruzaba con Karla, vestida con sus trapos multicolores que había cosido a partir de andrajos. Tenía un talento especial para los colores, lo que llamaba especialmente la atención en el pueblo, pues allí todo era gris; hasta el centeno, que tanto me gustaba cuando lo peinaba el viento, era gris. Todos los colores se han marchado del pueblo por vergüenza, decía mi abuelo, ni idea de dónde se habrán escondido.

Los fines de semana venían desde muy lejos jóvenes para verla, y cuando en el pueblo se celebró la fundación del primer Estado de Obreros y Campesinos sobre suelo alemán, asistieron tantos forasteros como si nuestro pueblo fuera una atracción turística en gris. Pero no había nada que ver, aparte de dos docenas de obreros y campesinos borrachos, y la muchacha de los ojos de conejo. Más tarde me escribió un par de cartas, pero ella vivía en el este, y yo en el oeste, y estaba embarazada, como ya he dicho, del nuevo administrador y se quitó la vida, porque él no quiso casarse con ella.

Cuanto más observaba a la muchacha dormida a través de la ventana del vagón, más detalles de ella y de la chica con los ojos de conejo me venían a la mente, en especial una particularidad que había olvidado por completo: ¡sabía leer la palma de la mano! ¡Qué maravillosa facultad! Cuando nos estirábamos sobre el heno, tomaba mi mano ¡y empezaba a leerla como si de un libro se tratara! Lo sabía todo sobre mí. Me contaba mi primera infancia, que naturalmente yo no podía conocer, y me predecía las etapas decisivas de mi vida futura con una seguridad que me atemorizaba y desconcertaba al mismo tiempo. Algún día tendrás que vivir en un mundo sin animales, en medio de un gran vacío y cansancio —de pronto me venían a la memoria esas crípticas predicciones, y también recordaba que yo no me había atrevido a preguntar «¿por qué?». No me había sido dado interrumpir su narración; y tampoco quería acallar la implacable dulzura de su voz con preguntas importunas. Solo quería escucharla. Tras esas lecturas de mano me quedaba con los dedos extendidos, sin saber quién era yo realmente. Tan solo le estaba vedado descifrar su propia mano, aunque a veces se quedaba una eternidad contemplando su palma. Al principio aparecía una arrogancia en su rostro que poco a poco se transformaba en amargura, y al final en el más profundo descorazonamiento. Y entonces exclamaba: ¡acabará mal! Y me

miraba con sus ojos de conejo tan tristes, que a mí se me saltaban las lágrimas.

Finalmente llegó el mensaje de que nuestro tren volvía a circular, aunque el revisor era escéptico ante la posibilidad de que se alcanzasen las correspondencias en Ingolstadt y Múnich, y desde luego el convoy que iba hasta Verona pasando por Innsbruck no iba a querer esperarnos. Los trenes a su vez quieren ser puntuales, eso es comprensible. Volví a subir a tren, después de haber buscado con la mirada a la madre de mi niña en los compartimentos adyacentes y en el coche restaurante, en vano. Si bien es cierto que tenía que reconocer que ya había olvidado los rasgos de la mujer que se había sentado enfrente de mí, y a la que había dado el dinero, al igual que a menudo olvido la cara de los participantes de mis seminarios en cuanto acaban, y soy incapaz de volver a recordarlos. Se habían archivado en algún sitio en mi interior, un montón de caras difuminadas, aplastadas, deformadas, que se han vuelto inservibles para la evocación. ¡Pero algún día se vengarán!

Cuando abrí la puerta de nuestro compartimento, sintiendo cómo palpitaba mi corazón, encontré a la niña sentada en su sitio, muy derecha, aunque seguía descalza, y se miraba muy seria las palmas de las manos. Había llorado. ¿Por qué lloras?, le pregunté. Porque el mundo secar, dijo la muchacha, era la primera vez que escuchaba su voz. ¡Gracias a Dios que puede hablar, pensé, aunque suena como si hubiera aprendido a decir cosas de memoria, y gracias a Dios que entiende alemán! ¿Dónde está tu madre?, le pregunté, mientras el tren se ponía de nuevo en marcha con dificultad. No sé dónde, dijo la muchacha. ¿Y cómo te llamas? Jara, dijo ella. ¿Y de dónde vienes? No sé dónde, respondió. Al fin y al cabo, Jara Nosedonde, era al menos un comienzo.

4

Ya no oigo bien. Al principio pensé que ya no quería oírlo todo, y que ponía las orejas a ventilar, como dicen en Berlín, pero entre tanto he comprendido que mi conducto auditivo ha cambiado y ya no está dispuesto a dejar que pase cualquier cosa. ¿Acaso debería estar contento de no tener que escuchar ya el ruido del mundo en toda su intensidad? Ya no oigo al ciclista que me adelanta de pronto, el hervidor de huevos pita sin que yo me entere, ya no oigo la manzana que se estrella contra el suelo. Empiezo a observarme a mí mismo más de lo debido, que es la señal más clara de que algo no va bien. El otorrinolaringólogo propuso adaptarme un audífono, una pieza casi invisible, porque está hecha de un plástico del color de la piel, que quería fijar a las gafas. Se había decidido por un concepto combinado de óptica y audífono, y por una versión de gafas diseñadas para subrayar el estilo y la personalidad que habrían hecho de mí otra persona. Se va a asombrar, me decía, ¡no podrá reconocerse! Apenas me reconozco ya, le respondí. Eso está bien, me dijo, así puede usted percibir las cosas desde otra perspectiva. Y en dos años le implantaremos un chip en el oído que coordine todos sus movimientos, así será Vd. movido y no tendrá que escuchar por sí mismo. Las gafas que me mostró en el prospecto tenían el color del hígado de ternera, que no es precisamente mi plato favorito. Incluso la relación precio-prestaciones sería correcta, y el paquete de servicios sería motivador. ¿Motivador? Pregunté yo, pero no comprendí su respuesta. Cuando rememoro mi visita al médico siempre tengo ante mis ojos la imagen de una planta en maceta de aspecto triste, que obviamente había abandonado toda esperanza. El recipiente en el que vivía estaba colocado sobre un salvamanteles de plástico. ¡Qué tristeza tan inconcebible! Exclamé, pero el médico no me entendió.

Debería parecer más moderno y atractivo, esto se me había quedado en la cabeza. ¿Pero para quién? ¿Y quién quiere en esta sociedad parecer moderno y atractivo? Yo no, en cualquier caso. Modernos y atractivos parecen los jóvenes inclinados sobre sus *laptops*, esa nueva clase a cuya educación en la eficiencia yo mismo he

contribuido en no pequeña medida. A cerrar el pico y a trabajar. ¿Cuántos seminarios sobre fortalezas y debilidades habré dirigido? Por lo menos seiscientos, cada uno con entre treinta y cien participantes, que han absorbido mis simplezas. Cuando visualizo las notitas de colores sobre las pizarras, esas cuentas de la lechera que habrían de conducir al éxito, y que es posible incluso que hayan cumplido su cometido, me pongo enfermo. ¿Eso ha sido mi vida? ¿Eso era todo? El éxito solo conoce una dirección, había dicho yo de vez en cuando, así que tenemos que apartar todas las piedras en su camino, las que se interponen en el camino del éxito. Las piedras eran seres humanos que no pensaban de una manera orientada hacia el éxito ¿Cómo pensaban entonces? Pensaban de otra manera. Mi otorrino quería hacer de mí otra persona por medio de unas nuevas gafas y un audífono, un concepto integrado. «Muchos creen que el diablo ha muerto, cuando lo que hace hoy es circular disfrazado de mortal», una vez anoté esa cita de un libro que me parece inteligente, pero en realidad debería decir: disfrazado de consejero empresarial. En Berlín estudié Empresariales y Filosofía, y me doctoré con una tesis sobre Economía y Crematística, sobre el dinero como medio para alcanzar el bien común, y para alcanzar la multiplicación del dinero, *Summa cum laude*, como se decía entonces cuando nadie entendía ni media palabra, ni siquiera el profesor de economía empresarial, que ni siquiera había oído todavía nombrar a Aristóteles. Todo para nada. Hoy, si alguien deja caer el concepto 'bien común' en determinados círculos, los oyentes piensan en subidas de impuestos. ¿A quién pertenece la riqueza? Esa es la pregunta a la que por lo general solo se le pueden dar dos respuestas: o a aquellos que la poseen, o a todos. Pero así es como comienza el problema. ¿Qué es la riqueza? En todo caso, la educación ya no lo es, eso ha quedado aclarado de una vez por todas.

Al acabar mis estudios trabajé en una gran empresa de consultores, en donde me ocupaba de que los trabajadores que no iban bien encaminados fueran despedidos. Por aquel entonces eso era de lo más usual, y cuando esos métodos ya no me dejaban dormir por la noche, me hice autónomo y empecé a escribir libros que tuvieron tanto éxito, que pude aplicar en muchas medianas empresas los métodos que en ellos había desarrollado, por mucho dinero. Hacia el cambio de milenio, daba empleo a más de treinta colaboradores, que llevaban a cabo análisis de mercados, de producción y de logística para incrementar el volumen de negocio y mejorar los resultados, y famosos (y tristemente célebres) fueron nuestros análisis de debilidades en la producción e implantación de productos farmacéuticos, con los que nos forramos. Pero nos dormimos en los

laureles cuando llegó la digitalización. Así que de pronto todo iba cuesta abajo, vendí la empresa a los trabajadores y pude permitirme descansar confiando en mi cuenta bancaria, que —según «parecer común», y si no hace Vd. ninguna tontería de las que se le ocurren a menudo a los señores mayores, como me dijo la consejera bancaria— me podía alimentar hasta el final de mis días. De pronto nadie se interesaba ya por la filosofía de una empresa, solo contaba el resultado, la economía empresarial había quedado ahora como algo para rezagados que se contentaban con el orden de cifras de cinco dígitos. Se demandaban *startups*, jugadores, chiflados que desafiaran el mercado mundial desde garajes cutres, o incluso pequeños burgueses que ganaran su dinero de manera tradicional, los 'unicuernecitos', como los conocíamos entre nosotros.

Para mí estaba bien. Por fin tenía tiempo para ir a conciertos y al teatro, para leer libros y conferirle a mi vida una forma cuyas regularidades solo eran reconocibles para mí. A primera vista parecía una paradoja, como una especie de anarquía regida por reglas estrictas, pero era algo que casaba naturalmente con la situación cultural general del tiempo. Como no tenía apenas amigos, y no tenía ningún interés en organizar mi legado, pues me faltaba toda ambición de dejar huella, era libre para ridiculizar las ambiciones ajenas. ¡Dios mío, cómo se esforzaban todos! Todos querían ser buenos y querer el bien, pero el bien es un bien escaso. Es costoso y muy caro, pues resulta evidente que no se puede fabricar. El Estado se siente solo responsable hasta cierto punto, la filosofía hace mucho que se ha rendido, así que todo se había dejado al albur del libre mercado. Era él quien debía decidir lo que era bueno. Y como al mercado le resultaba totalmente indiferente distinguir entre bueno, menos bueno, malo y muy malo, puesto que a fin de cuentas lo único que tiene en mente son los réditos, las viviendas parecían lo que parecían, las escuelas estaban en estado lamentable, y los hospitales eran hospitales, y la naturaleza declinaba vertiginosamente, y un vuelo a Grecia no debía costar nada, y puesto que ya nadie entendía nada, y no quedaba teoría alguna que fuera capaz de hacerlo comprensible, la gente como yo teníamos que ayudar. Nos habíamos hecho famosos porque conseguimos hacer como que sabíamos de qué iba eso de fortalecer las fortalezas y debilitar las debilidades, y luego al ataque hasta el final. Pero ahora había dado carpetazo a todo eso, había decidido dedicar el resto de mi vida a mi realización personal, a mi alma y a mi paz de espíritu.

Yo poseía un piso con terraza en un edificio antiguo por el que me habían ofrecido millones. Por fin tenía calma suficiente para poder

estudiar matemáticas, con lo que esperaba comprender mejor la música moderna; me lancé a leer la Literatura Universal y la Historia de la Filosofía despreocupadamente, sin reflexionar ni un segundo, ni plantearme siquiera para qué me sometía a ese esfuerzo. ¿Acaso la filosofía no había fracasado lamentablemente? Nunca, en ninguna de los actos organizados por mí he encontrado un ejecutivo que se preocupara por la filosofía o que hubiera leído libro filosófico alguno. Tampoco leían literatura, simplemente habían dejado de leer en absoluto. Un célebre ejecutivo del sector de la distribución de automóviles me dijo en una ocasión que sólo conocía las obras de la literatura universal por sus versiones cinematográficas. Leí los grandes textos, eso era todo. Quería vivir como Sócrates, al que los esbirros, cuando ya tenía la copa de la cicuta en la mano, le preguntaron por qué a la hora de su muerte ensayaba una melodía con la flauta, a lo que contestó que era para tocar la melodía cuando cerrara los ojos para siempre.

Me convertí en un hombre de cultura, en un asocial en las mejores condiciones que se permitía amontonar formación sin objeto ni sentido. Incluso leí poesía, aunque de manera oficiosa.

Por supuesto, en mi ilimitada libertad llegué a plantearme la idea de integrarme en un partido; asistí a asambleas de distrito y a festivas reuniones vespertinas, pero la desolación de estas me disuadió de adherirme de manera más comprometida y de solicitar el carnet. No estaba hecho para eso, para discutir sobre la miseria; se veía venir que todo iba de mal en peor, se sabía dónde estaba la madre del cordero; pero de todas formas no se podía cambiar nada. No había ninguna buena teoría a la que acogerse. Lo interesante de nuestro tiempo, es que todo lo que destruye, destroza y derriba, es la enorme ópera que se puede seguir con asombro y una cierta complacencia en el miedo. Por el contrario, lo nuevo se reconoce primero en la retrospectiva. Pero de esto no quieren saber nada las asambleas de distrito, de eso no podía hablarse en festivas reuniones vespertinas. Siempre se trataba de un futuro que a mis ojos no existía. Solo existía el pasado y nadie quería saber de él. En el círculo cultural de los socialdemócratas los miembros parecían más agradables que en los demás partidos, sin embargo, también allí tenían la intención de mejorar a los seres humanos, si no al mundo entero, así que no es de extrañar que estuvieran sufriendo una merma de militancia. ¡El mundo no se puede mejorar!, exclamé yo en cierta ocasión, y me llovieron airadas críticas, ¡cualquier mejora es un empeoramiento, un paso más en la destrucción del mundo! ¿Qué podría hacerse contra el mal gusto, contra la expulsión de la belleza, contra la propagación de la vulgaridad?

Por lo menos conocí mejor a una mujer que me resultaba familiar

de haber intercambiado saludos con ella en mi edificio. Era lo que se conoce como una madre soltera que cría sola a su hijo, vivían justo debajo de mí y era tan elegante y callada, que pasaba casi desapercibida entre el resto de los excéntricos habitantes del inmueble, todos ellos ciclistas y entusiastas fiesteros. Pasaba como planeando. Y el chaval, Benjamin, tampoco pertenecía a la banda del barrio. Tocaba el chelo, su grácil figura casi desaparecía detrás del instrumento, y aprendía, además, chino, y hasta se interesaba por la historia, aunque un día me confesó que tenía la impresión de que la historia había sido inventada solo para los historiadores, no para los 'corrientes', como él decía. En todo caso, en su clase de historia solo se interesaban por aprender fechas y limitar periodos, algo que ya estaba en la Wikipedia. Se había especializado en la Revolución rusa, porque le causaba desasosiego la cuestión de por qué motivo la redención de los seres humanos de la servidumbre había tenido que empezar con un baño de sangre. Me fascinaba la manera en que este joven trataba la violencia. ¿Cómo surgió la violencia, y por qué no podemos librarnos de ella? Yo tampoco tenía la respuesta, gracias a Dios, pues así podíamos pasarnos horas hablando de este asunto. Mi capacidad de imaginarme historias estaba poco desarrollada. Es cierto que había leído muchas monografías —sobre la invención del cristal, sobre astronomía y la construcción naval, y otros muchos temas más—, pero de qué manera y por qué unas cosas dependían de otras, cuándo el desarrollo de una idea hacía nacer otra, y cómo viajaban las ideas, cómo tenían que viajar hasta encontrar las condiciones favorables para su realización, todo eso solo podía representármelo de una manera romántica —cómo y cuándo, a partir de un determinado árbol en la región del Carso, surgió algo, ya fuera un poste, que junto a otros millones de árboles habría de servir a Venecia para salvase de ser tragada por el mar, o bien una tabla, que junto a miles de tablas más formaría parte del orgulloso casco de un navío que serviría para el cumplimiento (¿cuándo, por qué, dónde?) del deseo súbito, o lentamente madurado, de transportar a los seres humanos sobre el mar, con el fin de ir a darles una paliza a los aztecas. Veía ante mí a un carpintero que junto con otros cientos de miles de carpinteros acudía a un astillero en Venecia (¿a pie, cabalgando, en carro?) para trabajar sobre esas tablas (¿por cuántos ducados?), veía cómo se le resbalaba la sierra y se cortaba la yema del dedo, veía ante mí cómo se caía sobre el serrín, sin cruz roja, sin botiquín (¿cuándo se introdujeron?) y cómo un compañero acudía con un trozo de tela (¿tejida dónde, cómo?) para vendarle el muñón del dedo, mientras al fondo grandes veleros zarpaban hacia inciertas rutas ultramarinas.

A partir de menudencias surgían panoramas en los que se codeaban lo bello y lo feo, pero sobre todo el bien y el mal, lo

moralmente justificable con lo inmoral, y esos panoramas crecían a partir de sí mismos, y cuanto más de cerca se los observaba, más detallados y sutiles se volvían, hasta que súbitamente se difuminaban en el proceloso mar de la historia. Para mí resultaba imposible descubrir las leyes de la historia, y cada vez que, en el curso de mis viajes, me encontraba de noche en el bar del hotel con alguna persona que con voz segura afirmaba cosas o se dejaba llevar por certidumbres sobre los rusos, los franceses, la economía financiera o incluso el arte, me reía por dentro, y para mantener la compostura me imaginaba que mi interlocutor pensaba exactamente lo mismo: dos personas que conversan, que intercambian opiniones, y cada uno está convencido de que lo que dice el otro son tonterías. Con Benjamin podía conversar de todo, y a él le gustaba hablar conmigo.

Tan solo se negaba a tener nada que ver con el doctor Baumann. No es capaz de sonreír, decía, y quien no sabe sonreír no puede ser un interlocutor serio.

El padre de Benjamin había muerto en un accidente de circulación, junto con otras dos personas, en un Audi que se salió de la vía por culpa de la intensa lluvia. Sobre el padre se hablaba solo de mala gana, extrañamente no había tampoco ninguna abuela o abuelo, ni familia alguna, como si con la muerte del padre se hubiera arrancado del todo un árbol genealógico. ¿Te puedes acordar aún de su voz? Le pregunté una vez a Benjamin. Me miró largo tiempo, como si con su respuesta fuera a divulgar un gran secreto, y luego se marchó sin abrir la boca. Más adelante averigüé que el padre de Benjamin había regentado una editorial de biografías. Reescribía la historia de la vida de personas ya famosas, describiendo sobre todo la juventud de sus clientes, que el gran público aún no conocía, y —según fuera la conveniencia— la hacía aparecer bajo una luz más o menos favorable. Para un banquero que estaba en dificultades compuso una juventud inclemente, llena de privaciones y malos tratos, con el fin de que sus deslices posteriores pareciesen de pronto como consecuencias disculpables de una desgraciada educación —hasta que la hermana del banquero pidió la palabra y describió su común juventud como impecablemente pequeñoburguesa, desenmascarando a su hermano como un fanfarrón insufrible. También se admitían por mucho dinero las llamadas confesiones, en libros que se calificaban de autobiografías: qué escritor despertaba su entusiasmo —Brecht o Camus—, qué filósofos le habían influido más —Marx o Albert Schweitzer— y al escuchar la música de según qué compositor, su corazón parecía querer dejar de latir: Schubert o los Beatles. De esa manera, mediante retoques y cuidadosas ralladuras, iba surgiendo el perfil deseado, consiguiendo así que personajes que habían aparecido

ante la opinión pública de manera grosera, se hicieran comprensibles de pronto como seres humanos. Si un ejecutivo del automóvil, cuyo entusiasmo infantil por Miguel Ángel le había llevado a gastar alegremente todos sus pequeños ahorros en un viaje a Florencia, aparecía ante el juez a causa de unos sobornos, podría sin duda contar con una mayor indulgencia. El padre de Benjamin era especialista sobre todo en encontrar hermosas palabras para describir la extremada pobreza de sus clientes. Tenían que acudir descalzos a la escuela rural, situada lejos de su aldea, y demasiado a menudo faltaba la mantequilla en el pan, la atribulada madre trabajaba como criada en las granjas, mientras que el padre se había perdido buscando un empleo. Algunos de esos libros, sobre los que el nombre del padre de Benjamin no aparecía en absoluto, o como mucho al margen, en los agradecimientos, se convirtieron en grandes éxitos de ventas, y en particular le reportó considerables ganancias la biografía de un célebre nazi, completamente inventada en los pasajes decisivos. Había sido él, tal y como afirmaba un artículo con ocasión de su fallecimiento, el hombre que «proporcionó una vida a la élite alemana de la posguerra», y por supuesto un periodista no tardó en averiguar que todo era una mentira como una casa. Así que para proteger a Benjamin era mejor no mencionar su nombre.

La madre era cantante, pero ya no cantaba. Había perdido la voz, pero tampoco estaba permitido preguntar por qué. Cuando quise hablar del asunto con Benjamin, me respondió con su amistoso silencio. Una familia sin pasado. Al menos ella había conseguido un puesto como docente en un conservatorio, donde dirigía una clase magistral. Era especialista en Música Contemporánea, y había interpretado canciones de todos los compositores importantes del presente, algunos de los cuales todavía la visitaban de vez en cuando, lo que me permitió a mí también conocerles. Señores mayores como yo, coetáneos extremadamente serios que me trataban con cortesía, aunque yo no entendiera casi nada de su música. Y una joven compositora que hacía travesuras con los señores mayores: ¡debería ocurrírseles algo nuevo, o bien algo muy antiguo! ¡correr más riesgos! Quizás sea un error, pensaba yo, esperar siempre algo nuevo. Demasiada novedad en la vida tiene efectos destructivos. Ante todo —esta lección la aprendí pronto de mis nuevos contertulios— hay que cuidarse mucho de querer excederse en lo nuevo, porque muy pronto se pierde la visión del fundamento que lo soporta todo. Obviamente, en los primeros tiempos no se había pensado lo suficiente en esto, de manera que había surgido una música que no se podía escuchar, una música abrumadora que solo podía entenderse en la partitura. Técnicos musicales extremadamente preparados se habían lanzado a la

tarea, talentosos matemáticos de la música que no tenían ya nada en común con los compositores de medio pelo de la vieja escuela.

Para mí fue una suerte el hecho de no oír muy bien, y solía sorprenderme pensando en algo completamente diferente mientras escuchábamos música juntos. No aguzaba los oídos hasta que llegaba el silencio posterior. ¡El maravilloso silencio tras la música ruidosa! Me había vuelto un coleccionador de silencios, y cuánto más escuchábamos, más disfrutaba yo de los segundos de silencio.

La madre se llamaba Isabel y era una cocinera con un talento extraordinario. Su colección de libros antiguos de cocina, de esos en los que todavía se trabajaba con mantequilla y nata sin montar, era sensacional. Cuando preparaba algo extravagante, me enviaba a Benjamin con una invitación a comer. Pero muy pronto empecé yo mismo a ir a la compra para cocinar con Isabel. En verano nos sentábamos después en la terraza del ático, y a veces, cuando venían sus amigos, hasta altas horas de la madrugada.

Pero la amistad más profunda la entablé con Benjamin. Cuando su madre tenía que desplazarse para actuar como jurado de un festival, subía a mi casa, con su chelo y su seriedad. Ensayaba con un esmero que no he visto en ninguna otra profesión, y una vez había practicado algo, era capaz de repetirlo tantas veces como quisiera. No escuches todo lo que dicen los amigos de mi madre a grandes voces, reduce tu consumo musical, tales frases las pronunciaba con soltura. Aprendí mucho de él. Por la noche íbamos a las sesiones tardías del cine, o a un concierto, y luego cenábamos algo en alguno de los tres italianos del barrio. Cuando estoy contigo, me dijo una vez, olvido el dolor por la pérdida de mi padre. El dolor no puede compartirse ni disminuirse, es algo que te domina, pero al menos puede olvidarse por un momento.

Naturalmente, pronto se extendieron por la escalera del edificio los más repugnantes rumores sobre nuestra relación, y una mañana me encontré escrita la palabra «foyaniños» sobre la luna polvorienta de mi coche. Coincidimos en que el instigador de tal acusación solo podía ser el inquilino del primer piso, un ciclista agresivo que siempre iba a su trabajo en el departamento de obras municipal con su casco de aventurero y sus guantes especiales, y sobre cuya inteligencia no nos hacíamos ninguna ilusión. Ya había preguntado varias veces a Benjamin si había algo entre nosotros, y Benjamin había expresado delante de mí la sospecha de que posiblemente ese señor le había echado el ojo. En la primera ocasión que tuve le transmití alegremente el mensaje de que follaniños se escribe con elle, y él se caló su casco rojo y se marchó sin decir esta boca es mía. Pero la banda de los

chavales de la calle, un montón de brutos de diverso pelaje, todos ellos bien conocidos por la policía a causa de sus robos y hurtos, también habían leído la palabra y la utilizaba a placer. Pobres diablos, cuya vida empezó como una tragedia y así ha de concluir. Incapaces de terminar la escuela, se pasaban todo el día haraganeando en la calle, hasta que encontraban alguna víctima un poco menos bruta que ellos. Benjamin estaba con un follaniños, y su madre consentía esa relación, con esa deshonra teníamos que vivir.

Así que no me disgustó en absoluto cuando de pronto, empezaron a caer del cielo azul peticiones para que retomara de nuevo mis seminarios sobre el fortalecimiento de las fortalezas.

Entre tanto, las empresas medianas habían comprendido la digitalización, y se habían plegado a sus exigencias, pero no por ello habían alcanzado la tierra prometida. Así que comencé a viajar de nuevo, muy a pesar de Benjamin. Mis libros volvieron también a aparecer en los comercios, sin que yo hubiera cambiado una palabra de ellos, y se vendían estupendamente a pesar de lo anticuado de su contenido, y después de que se publicaran en la sección económica de algunos diarios nacionales mis entrevistas sobre banalidades tales como que también en la era digital una empresa debe ser dirigida con arreglo a los principios económicos, no pude seguir resistiéndome más a las lucrativas invitaciones. Vivimos en el umbral de una época, pontificaba yo ampuloso, en diez años una gran parte de nuestro trabajo será realizado por robots que regularán por sí solos nuestra vida, que conocerán por adelantando nuestras necesidades, que organizarán la vida doméstica sin nuestra intervención, y que incluso se harán cargo de nuestro entierro sin que nadie se lo pida. Todo depende por lo tanto de planificar cuidadosamente los próximos diez años y de reconocer los nichos que el sistema global pondrá a nuestra disposición para la etapa posterior. De entrada, un silencio perplejo, luego una discusión animada, pues en realidad ninguno podía imaginarse que las cosas marcharan por sí solas, sin su intervención. Se veía en sus rostros cómo les iba afectando. ¿Era el miedo a resultar superfluos? ¿de qué se viviría entonces? ¿sería posible un reciclaje formativo? ¿uno había empezado como técnico economista, para tener que acabar como jardinero? Tantas y tantas preguntas para las que yo no tenía respuestas, así que, al final, volvía a echar mano de mis fichas de colores para anotar nuestras debilidades y fortalezas, y al final nos poníamos todos de acuerdo en que se podía hacer mejor.

El regreso de mis viajes, generalmente cortos, se convertía cada vez en una fiesta. Siempre que era posible, Benjamin me recogía de la estación, luego íbamos de compras hasta que no dábamos abasto con

tantas bolsas, y volvíamos a casa en taxi cargados hasta los topes como los Reyes Magos de Oriente, para que todos los ojos mentirosos, calumniosos y malintencionados no tuvieran más remedio que contemplar lo bien que nos iba.

5

Llegamos a Múnich con una hora de retraso. La imponente nave de la estación, con sus veinticuatro andenes, estaba casi vacía; una bandada de palomas volaba triunfante en círculos en correcta formación sobre los recién llegados que, lentos cual caracoles, arrastraban tras de sí, desganados, el traqueteo de sus maletas rodantes, y como animales temerosos de la luz, descendían por la escalera automática para esfumarse en la estación subterránea del tren de cercanías. A ninguno se le esperaba, y ninguno de ellos habría de regresar jamás a la superficie. Su vida encontraría un final en el enorme y caliente vientre de la ciudad. En la salida, que desemboca en una obra olvidada desde hace años, holgazaneaban un par de siluetas abatidas, individuos temblorosos, yonquis o borrachos, que tendían sus manos, para recibir un par de monedas. Miembros de una orden mendicante. Junto a ellos, de pie, dos policías que habían desistido de actuar como guardianes del orden. Uno de ellos apoyaba el pie izquierdo sobre el muro exterior, el otro cruzaba los brazos y fumaba. Tuve la impresión de que me examinaban con recelo. Un caballero de cierta edad, con una bolsa de viaje aún más vieja, que llamaba a un taxi, y a su lado una niña en camiseta, con el pelo enmarañado, que no tenía precisamente el aspecto de ser su hija. En realidad, tendría que haber entregado a Jara a los dos policías, o haberla llevado a la misión de la estación, que seguramente estaba aún abierta. ¿Qué hacer con una niña que se le arrima a uno, que vaga por el mundo sin papeles? Jara Nosedonde, eso es lo único que sabía de ella. Y en ningún caso quería compartir ese conocimiento con los policías.

Mientras esperábamos mudos en la parada de taxis, una vieja estrafalaria se me acercó sin que me diera cuenta, y tomando mi mano izquierda se la llevó a los labios y comenzó a besarla con fervor, como si fuera yo el Mesías largamente esperado. Asombrado, mi primera reacción fue la de retirarme y hacer varios gestos de rechazo, y cuando por fin, no sin proferir un par de palabras en voz alta, conseguí liberar mi mano de las garras huesudas de la vieja, y rebuscaba en el bolsillo del abrigo alguna moneda, ella alzó los brazos

espantada y se desplomó, bañada en lágrimas, con un chillido histérico. Pero después de dar unos pocos pasos se quedó como congelada, en una extraña postura retorcida, como una imagen viviente que tuviéramos que desentrañar. Mi corazón latía desbocado, contemplando boquiabierto a la mujer en el vestíbulo de la estación, casi vacío, casi a oscuras, la desdentada boca desencajada y las lágrimas que no cesaban. En medio de ese silencio, Jara pronunció una palabra, y al escucharla la vieja abandonó su singular postura y se escabulló lanzando maldiciones. Todo había ocurrido tan rápido, que no sería capaz decir si aquello había sonado como una orden o como un ruego, o si se trataba más bien de una seña de reconocimiento entre semejantes, como si le hubiera dicho que de aquí no había nada que sacar. Cuando miré a Jara, vi con claridad a través de la expresión de su cansada cara infantil que me indicaba que por el amor del cielo no le hiciese ninguna pregunta.

El taxista no se tomó la molestia de salir del vehículo. Desde dentro hizo saltar la puerta del maletero que, una vez coloqué mi maleta, yo mismo tuve que cerrar de un empujón. ¡Increíble, cuánta porquería puede caber en un portaequipajes! Jara se sentó detrás, yo delante. «Cinturón», dijo el taxista, un hombre de cara colorada y sudado, «humeante como un perrito caliente», como leí una vez. Tenía el aspecto de haber adelgazado demasiado rápido, la cara se derramaba en pliegues de piel, estaba obligado a mirar con ojos desorbitados para poder ver algo. Del salpicadero colgaba una foto en un pequeño marco plateado que mostraba a una mujer con un niño; ambos miraban al mundo con la misma melancolía, aunque de manera algo más decidida que el chófer. Al inclinarme un poco para abrocharme el cinturón vi que el niño sostenía en sus brazos un gato gordo al que le faltaba una oreja. ¿Su familia?, pregunté, por decir algo, y el conductor respondió: mujer. Y añadió, tras un inquietante segundo, estas enigmáticas palabras: muerta pronto. Quise entonces proseguir nuestra lacónica conversación con la pregunta: ¿fallecida?, pero él se me adelantó: ¿calle?

El coche estaba en un estado lamentable, y ni siquiera los frascos de ambientador y los pinos perfumados que colgaban del espejo retrovisor conseguían ocultar que también él se aproximaba a una temprana muerte. En un primer momento el vehículo se quedó parado y no se movía. Cuando el hombre sudoroso accionó el arranque, respondió un ruido, como si la parte trasera del coche se excusara. Roto, dijo el conductor; pero como si el senil automóvil se negara a admitir tal ofensa, el motor arrancó de pronto con un chasquido digno de lástima, que hizo sobresaltarse y salir de su apatía a los mismísimos policías. ¿Todo en orden?, preguntó uno de ellos y se inclinó hacia mí,

las manos en las caderas, aunque lo que de verdad quería ver era donde se había metido Jara, que desde atrás repitió su pregunta: ¿todo en orden? Todo en orden, desde el fondo de los pliegues fláccidos de su piel profirió el taxista, queriendo intervenir en nuestra pequeña comedia costumbrista; metió una marcha chirriante y se puso en movimiento.

¿Calle? fue durante un buen rato la última palabra que me había dirigido, pues prefirió ponerse a conversar con Jara. Asombroso, pensé yo, ella acaba de llegar por la noche a una ciudad extraña y ha encontrado inmediatamente a alguien con quien hablar. Gracias a Dios, el taxista no era paquistaní ni bávaro, de ser así no habría tenido el placer de escuchar hablar a mi nueva amiga. Había sido condenado a escuchar, y escuché. No es que sea yo un experto en lenguas, pero pronto tuve claro que mis dos acompañantes provenían de los Balcanes. El conductor había acompasado su forma de conducir a su manera de hablar, avanzaba tartamudeando, a trancas y barrancas, sin contemplaciones, no dejaba intacto el bordillo de ningún cruce, lanzando maldiciones que Jara siempre respondía con una risita. Bravo, le escuché decir, una vez que el taxista consiguió cortar el paso a un rival que le pitaba. A la altura de la Gliptoteca escuché de pronto en boca del conductor la palabra 'prostitutschka', envuelta en una frase más larga. Jara no volvió a rechistar hasta que llegamos delante de mi casa. Debilidades, debilidades, le dije al conductor, que sin una palabra de agradecimiento se embolsó la propina y no hizo ademán alguno de sacarme el equipaje del maletero. Otros países, otras costumbres, pensé, y cerré de un golpe la portezuela con tanta energía, que el tipo flácido debió de tomarme por un compatriota suyo.

Habían vuelto a descerrajar mi buzón, o quizás había reventado él solo, las cartas e impresos y periódicos locales estaban tirados de cualquier manera en el suelo, algunos ya estampados con suelas de zapatos. En esta casa nadie se molestaba en fingir interés por los otros vecinos, por no hablar de ayudarse mutuamente, de manera que se dejaba simplemente en el suelo lo que se hubiera caído, mondas de naranjas, bolsas de bollos, vasos desechables de café, colillas y mi correo. De todas formas, recibir correo no estaba muy bien visto, la vida se organizaba a través de la máquina, no del papel. Recogí todo lo que pude, al día siguiente tuve que volver a bajarlo, informes de clientes, invitaciones, esquelas de duelo, y la llamada publicidad directa, que fracasaba totalmente en su intención de proporcionar satisfacción, puesto que todos los inquilinos la dejaban caer como si quemara. Nuestro conserje padecía de úlceras varicosas en las piernas desde hacia semanas, lo que apenas le permitía arrastrar la basura a

un rincón. De vez en cuando le echaba una mano Benjamin, quien además le hacía los recados de la farmacia, le traía las ofertas especiales del Edeka o un fláccido perrito caliente del puesto de la esquina.

El conserje nunca se cansaba de restregarnos por las narices que había sido profesor en el Este, pero que por algún motivo confuso, la documentación relativa a su actividad profesional se había perdido, 'esfumato', como él decía, por lo que había tenido que aceptar esta ocupación tan humillante como último recurso 'para no palmarla de hambre'. No me atreví nunca a preguntarle qué asignatura había impartido, pues nada de él o de su entorno dejaba entrever ningún interés específico. Física, latín, sociología —imposible. A su favor hablaba el hecho de que nunca hubiera sido capaz de hacer de tripas corazón y retorcer el cuello de las peculiares gallinas, casi calvas, que criaba en su vivienda del sótano, a pesar de que desde hacía mucho tiempo —«desde hacía una eternidad», en sus palabras— habían dejado de poner huevos, o tal y como lo expresaba Benjamin: no ponían 'prácticamente' ningún huevo. En los días soleados incluso les dejaba hacer una excursión al patio, donde se les permitía, como si de un autobús lleno de frágiles jubilados se tratara, admirar las maravillas de esta sombría parte del mundo: una bicicleta desvencijada, cubos de basura que rechazaba con firmeza separarse para el reciclaje, y un cochecito de niño que «desde hacía una eternidad» no podía pasear ya a ningún niño. A Benjamin no le daba reparo alguno extender la pomada y vendar las úlceras del amargado vejestorio; yo, por el contrario, rechacé todas sus invitaciones para ver el mal que lo condenaba a la inactividad, «un regalito de la RDA», como él decía. La opinión más extendida en el edificio era que antes o después, alguna autoridad vendría a llevarse al anciano caballero y a sus escuálidas gallinas a alguna residencia. Hasta entonces tendríamos que resignarnos a la basura tras la puerta de entrada.

No encontraba mi llave. ¿Qué hacer? De ninguna manera quería llamar a los conocidos como servicios de cerrajería, pues casi a diario salía en el periódico que los caballeros del servicio de cerrajería estaban conchabados con los caballeros de la mafia de los robos en viviendas, y les informaban acerca de lo que se podían llevar en la siguiente ocasión. Y quienes peor lo tenían eran los que no tenían nada susceptible de ser robado, salvo un par de gemelos y un despertador sin timbre. No podían ni reconocer su propia vivienda.

Al tercer intento por encontrar la llave de mi casa en la bolsa de viaje, esparcí mis papeles sobre la escalera, lo que animó a Jara a quitar el clip que sujetaba uno de los informes de reunión, a enderezarlo con un par de movimientos de manos, y a abrir la puerta,

que obviamente no había dejado cerrada con llave.

Bravo, dije yo: una palabra que se comprende en todos los idiomas.

¡Qué maravillosa calma reinaba en el piso! Las estanterías de libros, las fotos, la mesa del comedor, sobre la que Benjamin había ido apilando los periódicos. Sobre la pared, detrás de la mesa, había colgado una estampa de la Madonna Sixtina, para mirarla mientras trabajaba: nunca me cansaba de contemplar esa aparente sencillez, esa ausencia de todo brillo externo del arte y del color, lo ínfimo de los medios y la insignificancia con que la imagen se presentaba no dejaban nunca de sorprenderme, al regresar de algún viaje por este mundo incomprensible. No me miraba a mí, sino que dirigía su mirada hacia el infinito, pero me atravesaba con una fuerza tan irresistible, que me veía forzado a bajar los ojos y a reconocer lo insustancial de mi vida. Sobre la mesa había una nota de Benjamin: ¡Llama, si llegas temprano! ¡Buenas noches! Pero ya era demasiado tarde, e incluso aunque no lo hubiera sido, no habría sido capaz de explicarle cómo había aterrizado en mi vivienda esa nueva y asilvestrada huésped. Me ha seguido. La he recogido. Me ha dado pena. Quería hacer una buena obra para calmar mi mala conciencia por no hacer nada en absoluto. Ensayé todas las posibles explicaciones, pero bajo la mirada de la Madonna, cualquiera de ellas sonaba falsa y mendaz.

Seguía siendo un misterio por qué precisamente esa estampa mediocre de un cuadro centenario suscitaba en mí esa necesidad de destapar las cartas. Al mismo tiempo, la Madonna me infundía una calma que nunca me había transmitido una persona viva. En mi profesión siempre tenía que tomar decisiones para conseguir un buen resultado que contentara a todos —al menos, mientras durara mi presencia—, lo que me suponía un considerable gasto de palabras. Ante la Madonna me avergonzaba de cada palabra superflua: no, en realidad, de todas y cada una de las palabras. A decir verdad, ella solo estaba contenta del todo cuando yo cerraba la boca.

Jara se sentó bajo la Madonna, yo enfrente; Jara bebía agua, yo una cerveza. Le hablé despacio, no tenía nada que temer, al día siguiente veríamos qué hacer, entonces buscaríamos a su madre, ahora debía irse a dormir, todo saldría bien. Jara me miraba de hito en hito, como los niños observan a los monos del zoo, con una mirada primero humilde, luego dolorosa. Y puesto que yo me encontraba del otro lado de la cristalera, había traído hacia sí el plato con nueces y cascaba una tras otras, como si esperase de esa manera encontrar una solución a sus problemas y a los míos. Como le costaba sacar las nueces de las cáscaras con sus uñas mordidas, se las metía en la boca y las masticaba y trajinaba sin vergüenza alguna, hasta que conseguía tener

el fruto en la lengua; entonces escupía la cáscara al plato. Al final quedó delante de ella un montón de cáscaras de nueces masticadas; con ambas manos jugaba a formar con ellas figuras siempre nuevas.

No dijo ni una palabra. No me miraba, pero tampoco me evitaba. No tenía la impresión de que sintiera miedo por estar en terreno extraño, aunque tampoco parecía sentirse a gusto. ¿Se sentía la más fuerte, o simplemente había adoptado ese gesto neutral para esconder sus debilidades?

En cualquier caso, a mí me costaba soportar su mudez. Por un lado, quería impedir por todos los medios que se sintiera presionada en forma alguna, pero por el otro tampoco quería dejar que surgiera una intimidad falsa y pueril. De hecho, no la había tocado una sola vez, ni siquiera de manera accidental. Ni la mano le había dado.

Me llevé el plato de las nueces a la cocina y traje un paquete de jamón de Parma y algo de pan, se lo comió todo, callada e impasible. Ni una sonrisa, ni una muestra de agradecimiento. Pero tampoco signo alguno de intranquilidad, menos aún de pánico. No me comprendía. No entendía por qué me esforzaba por tranquilizarla, cuando ella no podía estar más tranquila.

Te mostraré la habitación, le dije finalmente, pues ya no se me ocurría qué más hacer, y la conduje a la habitación de invitados que Benjamin utilizaba de vez en cuando. Le traje un cepillo de dientes y un pequeño tubo de dentífrico, un obsequio de la farmacia del edificio de al lado, que era responsable de mi salud. Elmex, dije yo por decir algo, testado profesional y clínicamente para la protección anti caries, para dentaduras fuertes, y ella me escuchaba asombrada, con la boca abierta, como si estuviera recitando una plegaria nocturna. Tomó también la toalla y desapareció en el aseo de la habitación de invitados, sin haber dicho esta boca es mía. Ni siquiera un *hvala*.

Tengo la extravagante costumbre de leer cada noche, antes de dormirme, al menos una página de Montaigne. En mi mediana edad era Kafka, su inagotable diario, pero desde hacía algunos años me había concentrado en Montaigne. El hombre en la torre se había convertido en mi acompañante, era quien me conectaba con la realidad. Aquel día tenía especial necesidad de su ayuda, porque, en un arrebato mezquino, antes de irme a la cama quise esconder mi cartera en el armario de la ropa, y esa acción ridícula, de la que ya empecé a avergonzarme intensamente mientras la estaba realizando, fue observada por Jara, que de pronto estaba a mi lado y se tiraba de la camiseta. Entendí inmediatamente, y con la cara ardiéndome de vergüenza le entregué una mía con la que ella, que seguía sin malgastar una palabra, se retiró.

Montaigne tenía que absolverme. Lo abrí al azar y leí una página de los Ensayos sobre la muerte. «Tan asumida tengo ya, gracias a Dios, la hora de mi muerte, que puedo irme cuando Él disponga, sin que la despedida se me haga muy difícil. Procuro desligarme de toda atadura. De todo puedo desprenderme fácilmente, salvo de mí mismo… Los muertos más muertos son los más sanos». Entonces se me cerraron los ojos.

6

Ahora Jara vivía conmigo.

Cuando se levantaba por las mañanas, era la primera en correr descalza al comedor grande que da al patio, para mirar los árboles y el cielo. Saludaba ceremoniosamente al arce, al cielo le pasaba revista, a veces hacía algún comentario burlón. Parece que hoy te cuesta decidirte, ¿no? Cuando volvía a la cocina, repetía la pregunta como una afirmación: hoy al cielo le cuesta decidirse. Ella misma estaba decidida. Sin entretenerse mucho con el desayuno —como si la costumbre de empezar el día desayunando no le resultara familiar— tomaba un vaso de agua y un pedazo de pan y se trasladaba al comedor con un cuaderno de dibujo y un montón de papel de borrador. Allí trabajaba con monacal ensimismamiento hasta el mediodía. No cabía duda de que Jara era una artista con mucho talento. Cuando un artista no ve las cosas tal y como las percibimos, entonces es que es uno de los grandes. Ya veremos si se mantendrá y por cuánto tiempo lo hará. En todo caso, trabajaba como una poseída en una especie de atlas imaginario de un mundo interior que intentaba representar de la manera más precisa posible. Resultaba evidente que tenía cada detalle delante de los ojos, pero tardaba una eternidad hasta que conseguía plasmarlo en el papel de una manera medianamente satisfactoria. Nadie podía molestarla mientras trabajaba.

Si alguna vez, a pesar de todo, tenía que molestarla, gruñía como un animal atacado y hacía gestos para espantar al enemigo. En realidad, todos los humanos eran enemigos, yo incluido, así es como podría describirse su imagen del mundo, aunque existían, al igual que en sus dibujos a blanco y negro, graduaciones muy finas. Yo estaba en la tonalidad gris.

Danuta, una resuelta mujer de Gdańsk que atendía mi vivienda dos veces por semana, y ante la que se rendía hasta el polvo invisible al ojo desnudo, tuvo al principio graves reticencias respecto a la nueva huésped, pero, siendo la única capaz de conversar con Jara a trancas y barrancas, acabó cediendo en su resistencia. Podía quedarse, siempre

y cuando no ensuciara. Normalmente, Danuta hablaba en polaco con las cosas, pero ahora repetía sus comentarios en alemán: estás en medio, papelera boba, el suelo no es sitio para que estén los periódicos, quien no es capaz de colocar las tazas en el fregadero después de usarlas está a un paso de caer en el abandono, de esta manera refunfuñaba siempre, y para evitar que en ausencia de Danuta los espíritus de la suciedad se adueñaran de la casa, había colgado por todos lados cruces, amuletos y manojos de hierbas, lo que Jara, a pesar de mi reservas ante ese tipo de magia protectora, apoyaba con todas sus fuerzas, contribuyendo a ello, pues fijaba ella misma en las paredes elementos folclóricos de su patria. Cuando preguntaba a Danuta de dónde venía Jara exactamente, y qué le había confiado en sus conversaciones, que duraban horas y horas, recibía siempre la misma respuesta, eso te lo tiene que decir ella misma, como si fuera indecoroso tantearla a ella, a Danuta, sobre un huésped, por bienvenido que fuera. ¿Y qué significaban esos extraños signos hechos con pajas, que ahora colgaban por doquier de las paredes, y que en verdad no contribuían en nada a su embellecimiento? Danuta me miraba con las cejas alzadas y no decía nada. Siempre albergué la sospecha de que ella nunca me tomó en serio, un hombre que escuchaba sinfonías de Mahler, escribía libros incomprensibles y ganaba dinero con ello, un hombre así solo puede prosperar en el biotopo de un capitalismo condenado a la ruina. Pero puesto que yo siempre seguía sin discutir sus instrucciones, unas instrucciones que sonaban más bien como órdenes, y que iban dirigidas al mantenimiento de una vivienda limpia, ella condescendía a tratarme como a un chiflado sin mala intención, una de cuyas manías más notables había sido precisamente la acogida de una criatura desconocida de los Balcanes con la que solo ella, Danuta, podía entenderse más o menos. A los huéspedes no se les interroga, eso contraviene las leyes de la hospitalidad, ni más ni menos.

No faltaba quien preguntara por Jara. Sobre todo, una trabajadora de los servicios sociales quería saber si le iba bien, pues la versión oficial era que vivía con Isabel abajo, pero que se podía quedar conmigo durante su ausencia, así que todos los que querían hablar con Jara tocaban mi timbre. Como, por un lado, parecía que Jara era capaz de hablar todas las lenguas de los Balcanes, pero por el otro no quería revelar por nada del mundo de qué lugar o de qué ciudad procedía, al comienzo de su estancia representantes de todos los estados balcánicos y de varias organizaciones de beneficencia —avisados a través de la Cruz Roja— pasaron a presentar sus respetos y hacerse cargo de esta alma perdida, pero todos tuvieron que marcharse con las manos vacías. Fueron expulsados de la casa con

aspavientos. Cada vez que yo le decía: a mí puedes confiarme de dónde vienes, me dirigía una mirada asesina. Cómo puedes pedirme algo así, parecía decir, precisamente tú, que normalmente eres tan reservado. Si quieres que me quede, no se te ocurra volver a preguntarme algo así.

¿Edad? No sabe, no contesta. ¿Padre, madre, hermanos? Encogimiento de hombros. Ni siquiera el estudiante que había encontrado para darle a Jara clases de alemán pudo cascar esa nuez, y eso que le enseñaba el idioma con un método en el que desempeñaba un papel importante su origen concreto. ¿Vienes de un pueblo o de una ciudad? De ambos. Sabía de ovejas, cabras, vacas y cerdos tanto como de coches, autobuses, trenes o aviones. El estudiante procedía de Montabaur y hablaba un dialecto peculiar, cantarín; apenas unas horas después, Jara ya era capaz de imitarlo; también se familiarizó en seguida con el lenguaje oficial, con acento bávaro, de los trabajadores sociales. Pero era incapaz de entender ningún idioma, cuando se preguntaba a Jara por su madre. ¿No la echas de menos? Sin respuesta. ¿Y tu padre? Por ahora tú, respondía, pero no para siempre.

La única persona que Jara conoció sin reservas, limitaciones ni grandes precauciones de seguridad fue Benjamin. Enseguida empezaron a comportarse como si fueran los dos últimos miembros supervivientes de una secta esotérica, como los últimos guardianes de alguna tradición oculta. Eran los custodios de un secreto de intimidad cuyas reglas se inscribían en cada uno de sus gestos, miradas y atenciones, pero que resultaban apenas legibles para los espectadores externos. Una de las reglas de esta alianza secreta: nunca digas una palabra de más. El ideal: entenderse sin palabras. Naturalmente, esto se aplicaba sobre todo en presencia de los llamados adultos, que siempre estaban haciendo preguntas cuyas respuestas, o bien eran evidentes —una de las expresiones favoritas de Benjamin: eso es muy evidente, expresión que Jara adoptó con fervor, y que de vez en cuando utilizaba de manera improcedente, por ejemplo, cuando alguien inquiría por su paradero: ¡eso es muy evidente!, o bien, por cualquier motivo, no se consideraban dignas de obtener respuesta. Más difícil resultaba mantener ese voto de silencio frente a los trabajadores de los servicios sociales —por regla general siempre amables, dado que existía el peligro de que Jara fuera internada en una institución pedagógica apropiada, algo que yo a mi vez quería impedir por motivos obvios. Casi todos los delincuentes juveniles cuyos lamentables historiales difunden los periódicos provenían de tales campos de acogida, hogares, instituciones de asistencia, y, conociendo la fiera confianza de Jara en sí misma, era evidente que no habría dicho que no a ninguna fechoría que le hubieran propuesto,

por gorda que fuera.

A veces pensaba, ojalá no aparezca la madre, pues se acabaría nuestra cohabitación. Mientras que la relación de Benjamin y Jara no fuera más allá de lo conocido y permitido, yo evitaría tener arrebatos de virtud. Por lo que a mí respectaba, podían dormir en la misma cama y fomentar su intercambio esotérico. Lo que despertó mi inquietud fueron las habladurías y las maledicencias que fueron creciendo en el edificio, y ni siquiera la manera enérgica que tenía Jara de encararse con los jóvenes del vecindario conseguía apaciguar mi pusilánime precaución. Sobre todo, cuando estaba de viaje me asaltaban pensamientos macabros, me figuraba que Jara, prácticamente sin palabras o hablando solo con los ojos, había conseguido hacerse con el poder en el bloque, lo que terminaba llamando la atención del nazi de la administración del edificio. Me lo imaginaba con sus asquerosos pantalones de ciclista y su casco mientras limpiaba la escalera a cuatro patas con el fin de tener una experiencia de vital importancia, mientras que Jara, con el bloc de bocetos en las rodillas, estaba sentada en uno escalón más alto de la escalera y dibujaba tan tranquila. Entonces yo la llamaba en pleno ataque de pánico y le preguntaba si todo estaba en orden, y ella, a través del auricular, tan solo me respondía en voz muy baja: «eso es muy evidente», y no había forma de sonsacarle nada más. Si por lo menos supiera lo que se le pasaba por la cabeza. En el caso de que algo se le pasara por la cabeza.

Benjamin se convirtió muy pronto en el experto intérprete de los dibujos de Jara, o de 'su obra gráfica', como él decía. Se comportaba con una mezcla de padre confesor y consejero, como un monje que hubiera conseguido ganarse un puesto al lado de la reina. Tan pronto como entraba en mi piso tras salir de la escuela se dirigía como una bala —sin siquiera acercarse a saludarme— al comedor donde estaba Jara, y se pasaban la tarde comentando los 'problemas artísticos' que habían ido apareciendo. Ambos tenían una querencia por las obsesiones metafísicas inusual para su edad, y así, enseguida se trataba de Dios y del mundo al revés, de la culpa y de la guerra, y del padre ausente, el lote completo. Era bonito, por lo menos visto desde lejos, observar con qué seriedad representaban el gran juego de las preguntas y de las dudas, con cuánta pasión, con cuánta claridad, libres de todo tabú religioso, exponían los elementos de la vida y enunciaban creencias que apenas se tratan ya en la escuela, y desde luego nunca en clase de Religión. Se podía percibir cómo los conocimientos idiomáticos de Jara mejoraban de día en día; cuando buscaba alguna palabra, Benjamin desplegaba todo un abanico de expresiones, y ella se tomaba su tiempo en escoger alguna, hasta estar

medianamente satisfecha. Naturalmente, nunca lo estaba del todo. Luchaba por cada palabra. Y cuando ninguna expresión se adaptaba a su pensamiento, la dibujaba. Muy pronto se hizo imposible saber quién era el maestro y quién el aprendiz; la peculiar y alegre certeza de que estaban hechos el uno para el otro se imponía incluso cuando no se decían nada y simplemente se miraban, como si fuera de vital trascendencia memorizar hasta el último detalle del otro. Para así poder reconocerse después. La mirada de él se posaba sobre ella —si hoy todavía tiene alguna justificación esta expresión, sería para describir la amorosa y amable solicitud de Benjamin por su amiga.

En los seis meses que llevábamos viviendo juntos, ella había tenido tiempo de llenar un montón de blocs de dibujo e innumerables hojas sueltas con bocetos a lápiz, a veces diminutos, otras eran motivos mayores, que si en un principio se distinguían entre sí claramente, con el tiempo fueron confluyendo en visiones de conjunto, panoramas o series o secuencias que más tarde, cuando el papel ya estaba lleno, enlazaba entre sí con finos detalles, creando de esta manera vínculos en los que la densidad de la expresión iba mucho más allá del detalle. Era imposible adivinar si desde el comienzo había sabido lo que quería dibujar. Todo comenzaba con un par de retorcidos garabatos que colocaba en una esquina; le seguían más garabatos y signos en otra, pero no podía hablarse en principio de un plan. Al final pegaba hasta dieciséis hojas alineadas de dos en dos, lo que a su vez proporcionaba nuevos efectos, sin que fuera posible decidir si había sido de manera deliberada o casual. Así se conservaba un bloc de sueños de Dios: «Y el Señor se arrepintió de haber hecho a los hombres en la tierra, y le dolió en su corazón», como dice el capítulo 6 del Génesis. Puesto que era el primer bloc que le había regalado, puedo recordar perfectamente cómo había rellenado las primeras páginas con sus extraños signos. Abajo del todo aparecía un friso de manos y pies, así que en algún sitio había tenido que ver una caída en el infierno, una representación del Apocalipsis, ángeles caídos o dragones rebelados contra Dios. Pero tal y como se puso de manifiesto cuando siguió trabajando, estos ‘condenados’ no eran más que seres humanos gesticulantes, que tras una nueva reelaboración componían una serpiente articulada, cuya cabeza, dotada de lengua, estaba formada por un recién nacido, y cuyo cordón umbilical era literalmente sostenido por una mujer bajo las narices de Dios, representado en toda su gloria. Pero si se colocaba la lámina del revés, de manera que ‘Dios’ quedara abajo, entonces parecía como si un chorro de lava espermática fuera escupido hacia el cielo desde un manantial coagulado, así que los humanos arrojados al infierno ahora parecían impulsados hacia las alturas con los brazos extendidos. Esta

extraña ambivalencia se extendía a todos los detalles, cada vez que se invertían las imágenes. Un paisaje armonioso se convertía en un paraje poroso, desolado y pedregoso, en el que los árboles crecían con la copa en la tierra, y toda clase de animales sobrevivían acurrucados en grandes cavernas.

No tengo ni idea de dónde procedían aquellos efectos tan sutiles como monstruosos, pues si alguna vez se permitía a alguien observarla cuando trabajaba, solo veía su cabeza inclinada sobre el papel y el lápiz dibujando incansablemente sin que pareciera impulsarla ninguna intención reconocible o voluntad creadora. Su mente era aguda y enérgica por un lado, y por el otro, una fantasía extraordinaria, capaz de unificar siempre en una imagen lo irreconciliable, lo sólido y lo fluido, lo frágil y lo estable; como si se correspondieran de manera indistinta, alcanzaban a través de la concentración en el trabajo un grado insuperable de conexión. Lo que para los niños suele aparecer de manera consecutiva —casa, ser humano, animal, sol, mamá—, en Jara se desarrollaba de manera simultánea. Antes de que diera tiempo a observar la lámina con detenimiento, la casa ya se había convertido en una cara, y de la cara brotaba un apacible manantial, y bastaba con girar un poco el dibujo, y las ondas de la corriente se convertían en los árboles arracimados de un bosquecillo, y así se podía continuar siempre.

Este metabolismo, ya lo hubiera descubierto casualmente o diseñado de manera consciente, se ponía de manifiesto de la manera más asombrosa en el dibujo de cuerpos y rostros. Como en el caso de una anamorfosis, bastaba girarse un poco para que una fisionomía humana se transformara en una cabeza ovina o caprina, mientras que un rebaño de ovejas, desde una determinada perspectiva, parecía que portaban cabezas humanas. Nadie sabía, fuera de Benjamin, cómo había surgido ese talento, pero cualquiera podía ver que detrás se escondía algo más que una inclinación hacia la fantasía. Para Jara, lo más alto y lo más bajo, lo vacío y lo repleto no existían de manera independiente, lo que naturalmente me llevó muy pronto a preguntarme si también lo bueno y lo malo resultaban para ella inseparables. En sus mejores dibujos siempre había de lo uno en lo otro, lo bueno en lo malo, la adoración en la repugnancia, la mística más clara y depurada se transformaba en el realismo más ramplón.

Se había creado un mundo particular a partir de elementos conocidos, la pintura de los iconos y el folclore podían identificarse claramente, pero en este teatro del mundo se combinaban para formar algo independiente, a lo que no podía atribuirse dirección alguna. Las simplonas oposiciones que yo había desarrollado a lo largo de años de observación de los seres humanos, con las que yo debía liberar a los empleados del letargo, debilitando las debilidades y fortaleciendo las

fortalezas, se revelaban tan obsoletas a la luz de la demoníaca representación humana de Jara, que no tenía más remedio que responderle con una evasiva cada vez que, al verme partir de nuevo a alguno de mis viajes, vestido de etiqueta, me preguntaba a qué me dedicaba exactamente. Lo que ella hacía tenía significado, sus extraños dibujos no brotaban de un impulso artificial hacia lo fantástico, como se puede ver en los museos o en los libros de arte, sino de una necesidad interior. Todo está relacionado entre sí, solo que nos hemos olvidado de ordenar correctamente los signos y de leer, nos contentamos con un fragmento, porque hemos perdido el gusto por la totalidad. Sus láminas recordaban más a los dibujos de los pacientes psiquiátricos que a las extravagancias surrealistas, por delante de las cuales Jara pasaba sin mostrar el más mínimo interés. Pero eran también todo lo contrario de imágenes ingenuas.

Aunque yo mismo había prohibido ejercer cualquier influencia en el trabajo artístico de Jara, le pedí Benjamin —no sin mala conciencia — que introdujera de contrabando, como por casualidad, fotocopias de Yugoslavia como papel de borrador. Debía aparentar que las necesitaba para el colegio, y luego dejarlas a mano, como por descuido. Y en efecto, Jara cayó en ese burdo truco, ya que por sistema ennoblecía para sus propios fines cualquier papel que quedara sobre la mesa del comedor, ya fueran facturas de restaurantes o protocolos de los servicios sociales de la juventud. Muy pronto fueron a parar a sus manos las fotocopias no muy legibles de mi viejo atlas. Jara las pegó con celofán en la ventana grande que daba al patio, con sus dibujos hacia afuera, de manera que para su trabajo solo tenía ante sus ojos la imagen invertida que se transparentaba. En una ocasión en que entré el cuarto para despedirme de ella, la muchacha estaba sentada en una silla delante de la ventana y observaba la cara de atrás de su patria; y cuando le pregunté por qué no miraba mejor la cara delantera, que se leía mejor, contestó que también el árbol del patio tenía que ver su patria alguna vez. Los dibujos que realizó sobre la cara de atrás de su 'patria' se cuentan entre los más hermosos y enigmáticos de su producción. Están formados de líneas serpenteantes que parecen sendas escondidas, como rutas secretas en regiones ocupadas, las casas son al mismo tiempo números retorcidos de manera peculiar, y allí donde sobre la cara delantera se sitúan las ciudades, en el lado de Jara se ven rebaños de ovejas, cuyas cabezas se juntan en un centro cálido y lanudo. Al girar la lámina bocabajo, resplandecía un dragón escupiendo fuego, y los rebaños de ovejas se convertían en sus cejas. Todo era a la vez translúcido y completamente transparente, un verdadero milagro. No se trataba de representar la superficie de los seres humanos o de las cosas, me dijo

una vez tras un largo y pesado silencio, eso lo haces mejor con la cámara del móvil, sino lo inaccesible, y yo me quedé tan desconcertado por esa afirmación que solo pude asentir en silencio. Lo inaccesible. Eso significaba, simplemente, que tenía que estudiar sus láminas laberínticas, si quería saber algo sobre ella.

Una vez acabada la serie, Jara y su inevitable intérprete sabihondo, Benjamin, vinieron a verme a la cocina, en festiva procesión, para traerme los dibujos como regalo. Esta es la primera parte del *Atlas de los recuerdos ocultos*, dijo con petulancia Benjamin. ¿Había inventado él el título, o lo había leído en algún sitio? Pero eso era lo de menos. Me quedé sin habla. En toda mi vida recibí un regalo tan generoso.

¿Es para mí? Pregunté. Eso es evidente, dijeron a la par con una sola voz.

7

Estaba invitado a un congreso sobre resiliencia en Reggio Emilia. ¿Por qué yo? No tenía ni idea de en dónde estaba Reggio Emilia, pero lo averigüé enseguida. Se podía volar hasta Bolonia, y luego recorrer media hora en coche por la autopista, no había ningún problema. Viaje de ida por la mañana, por la tarde una presentación de cuarenta minutos ante expertos, no abierta al público, después una comida, supuestamente los mejores espaguetis de pasta de sémola de trigo duro del mundo, y al día siguiente temprano la vuelta, mil euros de honorarios más impuestos. Puede hablar en alemán, si nos envía antes el manuscrito, o en inglés, pero si quiere, lo ideal sería una presentación en italiano. ¿Italiano? En mi juventud había traducido poemas de Ungaretti y de Montale, todavía guardo la libreta que contiene mis intentos por encontrar un equivalente en alemán del dialecto de Umberto Saba. Ese impulso de mi juventud se había agotado bruscamente, o diluido por completo en la gestión empresarial. En una ocasión había encabezado un ensayo sobre *Aumento del perfil de competencia* con las famosas líneas de *M'illumino d'immenso* a modo de lema, en la traducción de Ingeborg Bachmann, pero el redactor jefe me escribió una pormenorizada carta de su puño y letra en la que me explicaba que semejante cita era perjudicial para mi reputación, por lo que él *en persona* la había eliminado antes de darlo a la imprenta.

Pregunté a Jara si se las arreglaría bien sin mí, a lo que respondió con el encogimiento de hombros más indiferente del universo, a continuación acepté sin más dilación, y traduje con ayuda de un diccionario una presentación que ya había pronunciado hacía años en Ratisbona: «¿Cómo tratar las derrotas? Debilitar las debilidades, fortalecer las fortalezas. Un vademécum». Partía de una sentencia del Evangelio de santo Tomás que una vez había encontrado por casualidad en la Biblia: «Si sacas lo que está dentro de ti, te salvará lo que has sacado. Si no sacas lo que está dentro de ti, lo que no sacas te destruirá». ¿Era cierto? En todo caso, lo que yo quería decir era que la vocación íntima no se encuentra dentro de uno mismo —una de esas verdades de Perogrullo con las que se despierta la atención—, sino que es preciso dirigirse al exterior y esperar hasta que «el fuego interior se

dé a conocer» para luego, cuando la llama se avive, conservarla con pasión y perseverancia. Y que lo más importante es, a pesar de todas las derrotas posibles, «confiar en la propia voz y seguirla de manera incondicional e imperturbable». Y puesto que en nuestra constitución mental siempre son concebibles perturbaciones de funcionamiento y descarrilamientos anímicos motivados por las exigencias de un mundo en constante transformación, debemos prepararnos para ello a través de un entrenamiento procedimental. En Ratisbona, mi presentación fue muy aplaudida y el libro que acababa de publicar, *El fuego interior. Cuánta energía necesito para transformar las capacidades en resultados*, tuvo un éxito perdurable. ¿Realmente ha ayudado a la Humanidad? Albergaba fundadas dudas al respecto.

Era para mí un misterio por qué la Cámara de Comercio italiana había tenido la idea de que precisamente yo fuera el indicado para ayudar a levantarse de nuevo a empresas fallidas que en su momento habían desempeñado un papel importante en el mercado mundial, para después hundirse por motivos que yo desconocía. Resiliencia, *resilienza*, una fórmula mágica. En realidad, una trivialidad. Una descripción especialmente superficial de un proceso totalmente natural de desgaste y renovación en el comercio capitalista. Pérdida del tren del cambio tecnológico, errores en el pronóstico del mercado de consumo, pasar por alto la implementación de soluciones, inadecuado manejo de las crisis, pero sobre todo insuficiente Human Resource Management —todos estos patrones se podían traducir fácilmente y también subrayar con algunos gestos dramáticos. En un lugar situado entre Módena y Parma tendría que salpimentar la presentación con un par de frases sobre los cambios en los hábitos alimenticios, para dar mayor brillantez y fuerza a la exposición de mis puntos de vista. También pensaba intercalar un chiste antiquísimo, para que no quedara en el recuerdo la imagen de un alemán estirado. *Trent'anni fa* era el sueño de cualquier cerdo, desde Sicilia al Tirol del Sur, rendir su último aliento en Parma, o, por decirlo más fácilmente, terminar como jamón. ¿Y hoy?

Esta sería mi última intervención como *coach* y consejero, constaté de pronto.

Preparé mi bolsa de viaje y volé a las siete de la mañana con Air Dolomiti a Bolonia, donde me esperaba un amistoso empleado de la Cámara de Comercio con mi nombre en un cartel. Como siempre me ocurría en tales ocasiones, por un momento sentí la tentación de pasar de largo delante de mi nombre, sin volver la cabeza, y esfumarme entre la multitud. Más tarde sonaría mi nombre por los altavoces, con el ruego de acudir al *meeting-point*, y al no aparecer, el pobre encargado de recogerme tendría que telefonear a su jefe para

comunicarle que no me había localizado, y si por la noche seguía sin aparecer, estarían obligados a avisar a la policía puesto que yo, según Air Dolomiti, sí que había tomado el vuelo Múnich-Bolonia. Con mi equipaje ligero sobre el hombro yo habría viajado en autobús hasta Módena, y desde allí en un *rapido* hasta Roma y luego a Sicilia, donde habría subido a bordo de un barco con destino a África, donde me dedicaría a enseñar resiliencia en alguna de las universidades de allí, con el fin de que ni un solo africano más tuviera que viajar en sentido contrario hacia Europa para dejarse humillar aquí. Me habría convertido en una buena persona. En algún momento habría llamado la atención de la Sociedad Alemana de Ayuda al Desarrollo, y me habrían concedido el Gran Premio de la Ayuda Alemana al Desarrollo, y del dinero del premio habría transferido el coste del vuelo Múnich-Bolonia a la Cámara de Comercio italiana, que a su vez habría comunicado al Corriere della Sera este emotivo caso de alivio tardío de una mala conciencia. «Un buen alemán», habría sido el título del artículo.

El encargado de recogerme se llamaba Guido. Estaba firmemente empeñado en llevar mi bolsa, y yo firmemente empeñado en no dejársela. ¡Pero si no hay nada dentro!, grité varias veces y tan alto en medio de la multitud, que desperté las sospechas de que en efecto hubiera algo en su interior, así que varias personas se volvieron hacia nosotros, y otras se quedaron paradas para observarnos mejor; un hombre joven con el pelo al cero y barba de tres día que intentaba arrebatar una bolsa del hombro de un señor entrado en años, pero aún así no cedí en mi resistencia hasta que un carabinero en inmaculado uniforme echó mano a su cartuchera. No quería aparecer de esa manera en Il Corriere.

Guido tenía ojos melancólicos, *nel bel nero e nel bianco*. Para poder explicarme en detalle cada factoría y cada nave sobredimensionada de almacén conducía tan despacio por la inacabable *zona industriale*, que me costaba mantener los ojos abiertos. Yo quería dormir, pero su cordialidad me lo impedía. Cuando finalmente llegamos al histórico núcleo urbano de Reggio Emilia, Guido tuvo que tirar de mí para levantarme del asiento, sin su ayuda activa no habría sido capaz de abandonar el coche por mí mismo. ¿Quiere Vd. comer algo, beber algo, desea una guía por la ciudad? Me preguntaba, pero yo solo quería dormir.

Estaba alojado en una pensión *Bed & breakfast* en el tercer piso de una antiguo *palazzo* de la Piazza San Prospero, las ventanas de mi habitación, que tenía cuatro metros de altura y estaba provista de una

chimenea de mármol, daban a la *piazza*, en donde se representaba a buen ritmo la comedia de la vida cotidiana. Decidí inmediatamente que me quedaría allí para siempre. Así estaba yo, el hombre viejo, igual que el joven Goethe, de pie frente a la ventana abierta y sin poder dejar de mirar el espectáculo. Delante de la Basílica di San Prospero seis leones vigilaban el montaje de los puestos del mercado, en los cuales se ponían a la venta las prendas de ropa más extraordinarias. Mercado de ropa. Por un euro había blusas arriesgadas, por cincuenta céntimos gigantescos calzoncillos, por diez euros trajes que, no se sabe cómo, debían de haber sobrevivido a las dos guerras mundiales.

Ropa misteriosa. ¿En qué antro de Pakistán o Bangladesh seres humanos sometidos a condiciones intolerables producirían estas extrañas mercancías? ¿Quién tenía el coraje o la desfachatez de enviarlas de viaje? ¿O se trataba de prendas encontradas en los basureros, que se aireaban, lavaban y ponían a la venta? ¿Qué ocurría en realidad con mis trapos desgastados? Danuta afirmaba que lo llevaba todo a la recogida de ropa vieja, un par de veces al año. ¿Acaso se traían luego a Reggio Emilia, para que se columpiara al viento en la *piazza*? ¿Para quién? Como si fueran espantapájaros, se balanceaban al viento vestidos miserables colgados de ganchos, y pronto vi mujeres mayores con piernas delgadas que realmente se interesaban por ellos, mientras que los hombres tomaban su *espresso* bajo las arcadas en el Caffè Melli, siguiendo con sus miradas cansadas a las muchachas en pantalón corto que montaban en bicicleta en esa zona de la *piazza*, cerrada al tráfico, dando tumbos con una mano sobre el manillar, la otra sosteniendo el móvil junto a la oreja, para recibir las primicias sobre la noche anterior de sus amigas. No me podía despegar de esa imagen, de la parte trasera abombada de la catedral, de los leones de san Prospero, de las palomas que habían ejecutado un ballet aéreo solo para mí, de los puestos. ¿Por qué no había una sola plaza en toda Alemania que se pudiera comparar a esta *piazza*?

Y por si fuera poco, la melancolía del verano

Había emprendido demasiado tarde mi Grand Tour. Yo no había viajado de joven desde Weimar a Sicilia para explorar el corazón de la belleza, en vez de esto, recorrí Essen y Goslar y Wuppertal saneando empresas. A Italia, a España, a las islas griegas o a Anatolia había viajado siempre como turista, como viajero de paso que se enamora de los museos o del paisaje, pero que a pesar de todo al día siguiente sigue su camino. Yo era un transeúnte. Colegas que habían escrito libros de gestión empresarial aún peores que los míos poseían una casa en Marraquech o un cuartel de invierno en Namibia, mientras

que yo no podía permitirme siquiera instalarme seis meses en Palermo o en Siracusa.

En vez de un Grand Tour, yo había elegido una variante estúpida, el Tour del Buey, y ahora ya era demasiado tarde para empezar a acumular un tesoro de recuerdos de los que pudiera nutrirme hasta el final. En ocasiones me inventaba recuerdos, o recreaba y engordaba experiencias insignificantes, hasta dotarlas de un significado vital, como si tuviera la necesidad absoluta de tener una historia.

No tenía ninguna historia. Vivía de lo que había reunido de manera obstinada, no había ninguna larga tradición, ni raíces profundas, precisamente por eso era tan apto para mi profesión: interpretaba cifras —por regla general, decrecientes— y desarrollaba planes de cómo se podía mejorar, sin mirar siquiera la historia de la empresa.

La noche que siguió a la conferencia la pasé sentado (con una botella de vino) hasta primera hora de la mañana frente a esa ventana sobre la *piazza*, contemplando la luna, y reflexioné sobre la historia de la dueña de la pensión, que me había contado ella misma antes en un alemán entrecortado, aunque muy rico en vocabulario. Al hacer el registro de entrada ya me había dado cuenta de que sobre su mesita antigua, rebosante de papeles, que estaba situada en un nicho en el pasillo y pretendía cumplir la función de despacho, se encontraba una edición muy manoseada de los poemas de Paul Éluard en la traducción de Franco Fortini, y ella se había dado cuenta de que yo me había dado cuenta. Como habría dicho mi abuela, la dueña de la pensión era una dama, y poseía sin duda poderes mágicos.

En el año 1960 había viajado a Heidelberg para aprender alemán, y allí había encontrado, tal como ella decía literalmente, al amor de su vida, un estudiante de filosofía y filología que por las noches le leía poemas de Stefan George y de Rainer Maria Rilke que todavía hoy ella era capaz de recitar de memoria, sobre todo las traducciones del italiano de Rilke:

> In ihres Alters blühendstem Beginn,
> da Liebe Kraft gibt, daß man ganz empfinde,
> der Erde lassend diese irdne Rinde,
> schwand Laura, die Belebende, mir hin.
>
> Nell'età sua più bella e più fiorita
> quand'aver suol Amor in noi più forza,
> Lasciando in terra la terrena scorza,
> È Laura mia vital da me partita.

En su más linda edad y más florida
quando el amor descubre más biveza
dexada en tierra su mortal corteza
fue Laura mía vital de mí partida.

(Enrique Garcés, 1591)

Etcétera, dijo entonces, seguramente Vd. lo conoce mejor que yo. Estaba avergonzado. Y por decir algo, le rogué que me recitara los versos finales, que en ese momento no tenía en mente. «O che bel morir era, oggi, è terzo anno», y Rilke: «O wie war Sterben schön heut vor drei Jahren», «Oh qué bello fue morir hoy hace tres años». Por las noches iban al club estudiantil en el que ella por primera vez escuchó a los Beatles.

Dos años en Heidelberg, luego de vuelta a Reggio Emilia, embarazada. El exaltado estudiante también había regresado a su casa, para recabar la autorización paterna para casarse con una italiana, lo que en aquella época era muy usual, dijo ella, y al hacerlo me miraba de una manera tan curiosamente tímida, como si fuera yo quién a posteriori debiera darle a ella la bendición para ello. El joven procedía de Samoa. ¿De dónde? ¡De Samoa! Era el descendiente de un linaje comercial de Hamburgo, que en tiempos remotos había hecho mucho dinero en las islas con la copra, pero que acabó en la ruina a causa del escarabajo de la copra, que devoró los cultivos. Estaba tan absorto en su narración, en la que encajaban con naturalidad los libros de Robert Louis Stevenson y el rey Malietoa Tanumafili, la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y el antiguo cónsul Eugen Brandeis que intentó sofocar el movimiento independentista, que no quise interrumpirla con preguntas banales, tales como qué era eso de la copra. Tenía la sensación de que era la primera vez que contaba su historia, y que lo hacía precisamente conmigo, con un extraño al que acababa de conocer —como si yo hubiera acabado por fin con un bloqueo que había durado toda una vida. Estaba delante de mí, de pie, con su vestido de lino blanco de estar por casa, una mano apoyada sobre el escritorio, y con la otra dibujando gestos medidos, que servían para subrayar más, si cupiera, lo extraordinario de su relato. Era delgada, había recogido sus cabellos en un moño. En resumen, el joven adorador de Rilke y padre de su hijo ya adulto había viajado a Samoa —algo que entonces no era fácil, gran empresa, mucho dinero, decía con orgullo— en donde vivían sus empobrecidos padres, que habían abierto en la isla, por lo demás desierta, de Fanuatapu, una pensión para fugitivos de la vida moderna, la mayoría de los cuales eran antiguos soldados americanos que habían vuelto traumatizados

de la guerra de Corea y que allí, bajo el sol candente, o se volvían locos, o encontraban la paz de espíritu.

Cada vez que pasaba por allí algún otro huésped de la casa, la posadera le daba los buenos días educadamente en francés, inglés o italiano, y hacía una pausa, para que ningún detalle de su historia llegara por azar a oídos extraños; pero en cuanto se depositaban las llaves, el relato continuaba. Yo ni siquiera sabía dónde quedaba Samoa, ni que hubiera estado alguna vez bajo administración alemana, no tenía ni idea de los tejemanejes de la casa comercial hamburguesa Godefroy, ni de los rituales paganos de los samoanos, que por lo visto debían de ser unos cristianos muy particulares. Pero de pronto experimenté el deseo de escuchar detalles, cuantos más mejor, acerca de esas islas, detalles que la dueña de la pensión me proporcionaba con generosidad, a pesar de que ella solo había estado allí una única vez. Entretanto habíamos ido a parar a su habitación, un cuarto completamente atestado de muebles antiguos, y de cuyas paredes colgaban representaciones en gran formato del SMS Olga. El barco se había hundido con toda la tripulación a bordo en una devastadora tormenta delante de Samoa en la época del Segundo Imperio alemán, es decir, mucho antes de la llegada de Margaret Mead a la isla; isla cuya *struttura sociale* la investigadora estadounidense, en su libro *Coming of Age in Samoa*, describiría de manera rotundamente equivocada como si de un paraíso a salvo de conflictos se tratara. No es verdad, repitió varias veces seguidas la dueña de la pensión, mientras me sacaba de una librería acristalada una edición hecha trizas y repleta de anotaciones del libro de Mead, no es verdad. El caso es que el padre de su hijo había vuelto a Samoa para, por un lado, recibir la bendición de sus arruinados padres, y por otro lado, con el fin de buscar un tesoro que se suponía que descansaba en el fondo del mar desde el naufragio del SMS Olga. A su prometido, así decía ella ¡a mi prometido!, el filósofo de Heidelberg, no lo volvió a ver nunca más, se ahogaría o quizás fuera asesinado, la familia ni siquiera le dio sepultura. Había viajado sola a Samoa tras el nacimiento de la criatura, un niño, una vuelta al mundo en aquella época, para buscar al amado, en vano, no es cierto. La familia no sabía nada, el consejo de los principales de la aldea tampoco. Veinticinco años después su hijo, Giuseppe, quien por entonces era estudiante de etnología en Bolonia y redactaba una tesis doctoral que refutaba la teoría del paraíso de Margaret Mead, emprendió su primer viaje de estudios a Samoa. De la familia de su padre solo quedaba un montón de frías cenizas, la isla Famuatapu volvía a estar deshabitada. Un joven de talento, decía ella, pero ahora en realidad ya no está conmigo. La penumbra de su habitación se ensombreció aún más,

seguramente pasaban nubes sobre la ciudad. Giuseppe se había enamorado de una mujer de Samoa y había tenido con ella un hijo que vivía con la dueña de la pensión en Reggio Emilia, ya que Giuseppe siempre estaba de viaje y su nuera, que no soportaba el clima de Italia, había tenido que regresar muy a su pesar a su isla. Como obedeciendo a una orden, de pronto se abrió la puerta y apareció en el umbral un joven con el pelo engominado, la camisa abierta hasta el pecho, que me lanzó una rápida mirada antes de pedirle a su abuela que le prestara algo de dinero.

Mientras que contemplaba la luna a través de la ventana abierta, intentaba recordar todos los pormenores de las últimas horas. En ese día había vivido demasiadas cosas. El viaje, Guido; la ciudad y su *piazza*; la visita a la catedral de Santa Maria Assunta, donde se celebraba la fiesta de la beata Giovanna Scopelli, una carmelita que había fundado una nueva familia religiosa; una parada en la Sinagoga; el relato de la dueña de la pensión; mi conferencia, tan superficial como bien acogida en el congreso de la resiliencia —había olvidado por completo que a la mañana siguiente tenía mi vuelo de vuelta.

En realidad, debería haber estado pensando en Jara, en ese extraño ser humano que recorría el globo terráqueo sin equipaje alguno, y que junto con algunos otros se las arreglaba para que el planeta siguiera girando y por ese motivo el sol brillara ocasionalmente. Niños así tienen que estar siempre de viaje, no saben vivir de otra manera.

No sé cómo deduje, mientras me asomaba a la ventana y contemplaba la *piazza*, que ella ya se había puesto en marcha. Y aunque tuviera que arrastrarse a cuatro patas, ya estaría de viaje cuando volviera a casa.

Recuerdo cuando abandoné el pueblo donde había pasado los ocho primeros años de mi vida. Primero con mis abuelos, luego, tras su fallecimiento, con una tía que siempre esperó que mis padres desaparecidos aparecieran algún día para devolverle el dinero gastado en mi manutención. Llevaba la contabilidad en una diminuta libreta, contabilizaba hasta el último botón de pantalón, y al final de la semana hacía suma y sigue. Cuando finalmente empecé a ganar dinero por mí mismo, y quise transferir el dinero a esta tía, ya se había muerto. ¿Raíces, patria? No puede hablarse de nada de eso. Mi tía no poseía libro alguno, excepto un Nuevo Testamento en versión reducida, la escuela del pueblo estaba a cargo de un profesor auxiliar con las piernas amputadas, que a veces durante las clases tenía que gritar tan alto por el dolor, que nosotros, en nuestros pupitres pintorrejeados, bajábamos la cabeza con sentido de culpa, como si fuésemos responsables de su desgracia. Su nombre no lo olvidaré nunca: Doctor Schnee. Doctor Nieve. Poseía, como tantas veces nos

refrotó por las narices, un doctorado en economía general y una brillante carrera académica por delante, pero fue llamado a filas y perdió las piernas y ahora tenía que ocuparse de impartirnos a nosotros, tontos como éramos, las nociones básicas del conocimiento, una tarea en la que fracasaban todos los implicados. Como el Dr. Schnee tenía que ir muchas veces a curarse los muñones a la capital del distrito, las clases se suspendían a menudo; es decir, nos reuníamos con nuestras pizarritas en la llamada 'casa escolar' —la antigua posada del pueblo— y nos aburríamos. No había ninguna actividad común, nada de música, ni excursiones, ni siquiera hacíamos travesuras. Más tarde, siendo estudiante en Bielefeld y luego en Berlín, intenté imaginar algo así como un gran colectivo, una comunidad solidaria de todos, y tardé mucho en darme cuenta que algo así no era ni posible ni deseable, a no ser que se considerara el hecho de que todos pagamos impuestos como la base de una comunidad solidaria.

Quizás la próxima generación, la generación de Benjamin y Jara, serían capaces de levantar otro fundamento más allá de la religión y de la nación. Con el idioma inglés e Internet. Esa alianza sería gobernada por todos, por el rico y por el pobre, incluso las gentes venidas a menos de mi bloque, que no tienen nada más que hacer, se sentirían a gusto en ese contexto y estarían conectados con todo el mundo. Escucharían la misma música y llevarían los mismos trapos y jugarían a los mismos juegos.

Al diablo con todo eso.

Sin cerrar la ventana me deslicé hasta la cama, y debí de quedarme dormido al instante.

8

No tengo ni idea de cómo sobreviví al verano. Estuve tres veces en el hospital, una vez por poco tiempo, las otras dos estancias fueron más largas, porque me sobrevino una arritmia cardíaca, se descubrieron pólipos cancerígenos en el intestino al hacer una revisión, y finalmente tuve unas parálisis en la pierna derecha que iban acompañadas de unos dolores tan terribles, que no podía ni pensar en dormir. Tuve que rechazar todos los eventos, incluso los lucrativos. Desde hacía algún tiempo transfería los abundantes honorarios a una cuenta especial para Jara que quería regalarle por su decimoctavo cumpleaños. Aunque en realidad ninguno de nosotros sabía qué edad tenía Jara, ni siquiera ella, supuestamente.

Y Danuta, que por supuesto lo sabía todo, guardaba silencio, testaruda.

Jara y Benjamin se habían marchado cuatro semanas con un grupo de jóvenes cristianos a un campamento de vacaciones en el que también albergaban a niños refugiados. Cada día una buena acción. Me sentía abandonado y vencido y aprovechaba cada ocasión para acudir a los médicos. Celebraba un culto al dolor, pero fui incapaz de encontrar adeptos que quisieran acompañarme. Me parecía que nada merecía tanto la pena como sentarme en una sala de espera y escuchar las palabras redentoras: Entre, por favor. Hasta Isabel se fue de vacaciones. Me había preguntado varias veces si quería acompañarla a una isla griega, a casa de unos amigos, pero al final no fui capaz de decidirme. Pura y simplemente, me sentía demasiado débil para tomar una decisión. ¿Para qué volver a irme de vacaciones? Cuando finalmente se hubo marchado acompañada de un trompa de la Filarmónica, habría corrido detrás de ella al día siguiente, pero lo dejé pasar. Ni siquiera había retenido a qué isla se había ido, como se demostró más tarde. Las postales que recibía eran simples ofensas. Creo que estaba molesta. Desde que teníamos que supervisar o educar a dos niños, Benjamin y Jara, nuestra relación se había vuelto más estrecha. No quedaba otra que cocinar juntos. En ocasiones actuábamos como padres, como tutores. Y desgraciadamente había

muchas ocasiones en las que actuar conjuntamente. En las semanas anteriores a las vacaciones estivales recibimos varias veces la visita de los servicios sociales de la juventud, porque en varias ocasiones la habían sorprendido en la estación. En lugar de ir a clases de alemán, se estaba relacionando con 'tipos sospechosos', como decía el hombre de los servicios sociales. ¡Pero por Dios!, exclamamos como con una sola voz Isabel y yo, ¡lo único que hace es encontrarse con un par de paisanos con los que puede hablar su propia lengua, es normal! Pero al parecer no era tan normal. Y poco después pillaron a Jara queriendo vender algunas monedas antiguas en un negocio de numismática y filatelia cercano a la estación, objetos raros que hicieron que el propietario inmediatamente echara mano del teléfono. Pertenecían a la colección del doctor Baumann, y estaban guardadas detrás de mis clásicos, en una caja de puros que no había vuelto a tocar desde la muerte del psicoanalista. Agradecí al atento numismático con un par de billetes, saqué a Jara del puesto de guardia de la policía, a la que había mentido diciendo que había regalado las monedas a la chica por su cumpleaños, y me escabullí con ella hacia casa, incapaz de abordar el asunto abiertamente.

Jara era como siempre, encantadora, inteligente, generosa y directa. Si quieres que me vaya, me voy mañana mismo, me dijo un par de días después en la pizzería de la esquina. Benjamin, que no sabía nada de la venta de las monedas, pero que a buen seguro había notado el cambio en el comportamiento de Jara, se indignó y empezó a acosarme a preguntas, quería saber qué le había hecho yo a Jara. Un huésped también tiene derechos, me gritó. Fue horrible.

Aún más inquietantes resultaban las llamadas cada vez más frecuentes. Llegaban siempre a través del teléfono fijo, pues ni Jara ni Benjamin tenían móvil —con su estupenda arrogancia habitual, Benjamin se negaba a estar siempre localizable. Si respondía yo, colgaban inmediatamente, a veces se oía una voz de acento extranjero que decía 'lo siento, me he equivocado'. Si por el contrario era Jara la que descolgaba el auricular, podía pasarse media hora hablando sin que pudiésemos entender ni una palabra. Me rompía el corazón observarla mientras conversaba, dándome la espalda. Se encontraba al borde de la extenuación, su voz siempre cristalina temblaba, su despreocupación se transformaba en una tensión glacial, y cuando colgaba tras inacabables, a menudo inútiles llamadas de atención, permanecía durante varios minutos en una actitud rígida, como si tuviera que fundir primero la capa de hielo que la había cubierto como si de una película se tratara. No soltaba ni media palabra sobre quién era la persona con la que había hablado por teléfono. ¿Habría puesto al tanto a Benjamin? Tampoco había forma de sonsacarle nada

a él. Quizás había utilizado el dinero de las monedas para que los 'tipos sospechosos' se pusieran tras la pista de su madre.

En realidad, yo estaba contento de que Jara y Benjamin se hubieran ido juntos de vacaciones, no habría sido capaz de soportar más tiempo la presencia de Jara en el piso. Una vez me dijo: se debería poder comprar el tiempo en envases pequeños, como cajas de cerillas, así tendríamos más cuidado con él. ¿Qué quieres decir?, le pregunté. Lo que he dicho.

El verano es mi estación preferida, me gusta más que la primavera, el otoño y el invierno juntos. El verano no exige nada, está demasiado ocupado de sí mismo. En verano tampoco se nos fuerza a tomar decisiones. A comienzos del año y en otoño siempre toca asumir decisiones, aunque en nuestras vidas, y en particular en la mía, ya no queda mucho por decidir. Hay que decidir: no está claro exactamente cómo y cuándo, pero hay que decidir. Ni siquiera la presencia de Jara en mi vida se había debido a una decisión mía. Simplemente había venido conmigo y hacía ya casi un año que vivía con nosotros. Hay que aceptar la vida como viene, o rebelarse contra ella. Esto último exige mucho coraje y supone un coste en nervios, y además nadie te asegura que de esa manera vayas a ser más feliz. Pero seguramente se tiene una vida rica, signifique esto lo que signifique. El que se rebela tiene una vida más rica. Yo no presumo de tener una vida rica, pero naturalmente no se trata de eso. De lo que se trata es de sentirse cómodo en el mundo.

Me había quedado solo, estaba sentado en mi terraza bajo el cielo claro, preguntándome si me sentía a gusto en el mundo. ¿A través de qué cosas o situaciones se siente uno cómodo en el mundo? ¿Mi profesión? No mi profesión consistía simplemente en llevar en la manga un par de trucos de tahúr que yo sacaba a colación, en diferentes versiones, y siempre acompañados de un par de palabras distintas. Ojalá nadie te descubra la jugada, me decía a veces antes, cuando todavía dependía de los ingresos procedentes de mi actividad. Ahora ya me daría lo mismo. En una ocasión, el presidente de la junta directiva de una gran empresa de comercialización de verduras me dijo que era extraordinario cómo yo era capaz de hacer que la gente pensara y actuara, con apenas nada. Apenas nada, esa era la expresión certera. Casi todos se conformaban con apenas nada. Cuando uno es ahorrativo y se conforma con eso, puede bastar para toda una vida.

Al mirar a las nubes, a veces me imaginaba que me podrían sostener. Las observaba deslizarse sin esfuerzo por el cielo, indiferentes a lo que se desarrollaba por debajo de ellas. ¡Pero yo las veía! Veía su belleza aunque no mostraran ninguna forma hermosa.

Aunque la soledad me impulsara a crear, la ligereza que en el pasado me daba alas durante el verano ahora brillaba por su ausencia. La macroeconomía de mi vida estaba patas arriba, no hacía falta que el destino interviniera demasiado, y las enfermedades se encargaron de hacer el resto.

Gracias a Dios, en ese difícil verano un par de cornejas habían elegido mi terraza como domicilio. Se paseaban de un lado para otro con su cara notablemente seria, como si quisieran tomar medidas de algo que para ellas fuera de importancia vital. Sólo que parecía que todo el tiempo se estuvieran perdiendo en las cuentas u olvidasen cuántos pasos eran necesarios para ir de una esquina a la otra, así que tenían que recomenzar desde el principio una vez más, descontentas con su mala cabeza, abriendo el pico, que parecía tener una luz roja en su interior. Parecía que les gustaba, pues incluso cuando les arrojé una sandalia dieron un ridículo saltito y continuaron con su monótona ocupación. Fortalecer las fortalezas, les grité, pero los astutos pájaros no caen en trampas tan burdas. Era mucho peor lo de las palomas, que representaban su cortejo nupcial de mal gusto ante mis ojos, las ridículas danzas de los palomos que se giran sobre su propio eje sin dejar de arrullar, y la completa indiferencia de las palomas, que ni siquiera miran mientras siguen buscando grano. Si les gritaba, ¡no os comportéis de una manera tan necia!, levantaban el vuelo asustadas, daban un giro en el aire y volvían a posarse ante mis pies.

Aún no había transcurrido la mitad de las vacaciones, cuando la sensación de estar solo se transformó en soledad.

Mi idilio con las nubes no me daba la calma que necesitaba para dominar la vida. Hasta Danuta se había marchado de vacaciones, a una cabaña en el interior de Gdansk donde recolectaba setas y hierbas con las que quitarme el color gris de la cara, gris, el color de la tierra a la que pronto tendría ocasión de conocer más de cerca. Entonces llegaría el fin de la soledad.

A causa de la operación de intestino a la que había sido sometido debía moverme lo menos posible, así que me tumbé con un libro en la terraza e intenté leer. Por poco tiempo me absorbió un denso mamotreto sobre Alejando de Macedonia: «El ser humano quiere seguir existiendo más allá de los límites impuestos por su destino: el afortunado, para seguir disfrutando de las satisfacciones de esta vida en algún lugar del más allá; el desgraciado, para encontrar allá arriba la felicidad que le fue escamoteada aquí abajo; el creyente en el ideal, para finalmente alcanzar esas regiones bienaventuradas en las que habitan las formas puras, los arquetipos de la Verdad, el Bien, la Belleza. Solo hombres enteros —aquí no puede hablarse en absoluto

de mujeres— que, según la hermosa expresión de Lucrecio, han llegado tan lejos que pueden contemplarlo todo con serenidad, son capaces de mirar de frente a la idea de la aniquilación del 'yo' y del 'yo mismo', y llegada la última hora, exclamar de manera estoica y resignada como Manfred, «Earth, take these atoms!», los millones restantes pretenden todos la salvación de su alma, es decir, seguir viviendo más allá de la muerte y de la tumba…» ¡Por Dios bendito!, les grité a las cornejas, que preparaban una misa negra como sacerdotes de una secta impía. «También puede decirse con toda la razón que la religión es un consorcio de seguros para la salvación del alma, una compañía de seguros de vida eterna». ¿Seguía siendo verdad eso? ¿Había alguien que siguiera creyendo aún de verdad en la inmortalidad? Danuta, quizás. Todos los demás pasaban de largo cuando se les hablaba de religión. O eran esos contemporáneos cobardes que ciertamente no creían, pero que tampoco querían enemistarse a lo tonto con Dios, y por ese motivo no dejaban de acudir a cantar al coro.

A partir de las doce, y a pesar de que me costaba andar, iba cada cinco minutos al buzón a mirar el correo, porque me había hecho a la idea de que solo recibir cartas de Jara, Isabel y Benjamin podía vencer mis dolores, y cuando, como solía ser el caso, no encontraba nada en el cajetín, me arrastraba a mi tumbona y seguía leyendo: «Cada religión, mientras esté llena de savia, es decir, mientras crea en sí misma, es fanática y está obsesionada por la persecución. Tan pronto como una religión se hace ilustrada e indulgente, entra en el estadio de la demencia senil. La tolerancia religiosa es un rasgo inservible que hace que la civilización adelante a las creencias que todavía subsisten por derecho propio, ha sido sobrepasada por la educación de la época, y solo tiene un significado convencional. La subsistencia de una religión que de esta forma ha quedado desprovista de vida y vaciada, no es nada más que una hipocresía organizada, una sucursal espiritual de la policía secular».

Solo una cosa estaba clara, clara como el caldo de albóndigas, como decía mi abuelo: por mucho decadente escepticismo que hubiera en relación a la religión —nadie renunciaba voluntariamente al diablo y a sus malas artes.

En el correo encontraba los impresos habituales, invitaciones a conciertos benéficos dentro y fuera de la ópera, facturas y ofertas de descuentos, pero ninguna noticia de mis vecinos. Querían atormentarme, martirizarme, torturarme. Seguramente Isabel había encontrado en el joven, bello y sumamente aburrido trompa al segundo gran amor de su vida. Me lo imaginaba tocando una serenata

con su trompa bajo el cielo estrellado del Egeo, para alegría de los habitantes de la aldea, que hacía que los peces abandonaran el mar, las serpientes estirasen la cabeza, y las estrellas cayeran del cielo. Beethoven había compuesto para su amigo Wenzel Stich la Sonata para trompa Opus 17, ahora se interpretaba sobre los escarpados acantilados de Ios o de cualquier otra isla griega, haciendo que el corazón de turistas de mochila palpitara más rápido, y estremeciendo el alma de Isabel. Me la imaginaba embelesada, comiéndose con los ojos la cara colorada del músico, para a continuación, estrechamente entrelazados, con los ojos húmedos, admirar una puesta de sol que transformaba el mar en un gigantesco charco de sangre.

¡Si por lo menos los pájaros hubiesen hablado conmigo! Supuestamente todo tenía su idioma, el árbol y la piedra, desde luego lo tenían el viento y la lluvia, además de todas las flores que Danuta cultivaba en la terraza durante todo el año, unas susurraban, las otras asentían, animosas, porque habían oído bien, solo las cornejas estaban tan absortas en sus siniestros ritos que voluntariamente prescindían de toda conversación que no les interesara. Por otro lado, tampoco quería chillarles, pues tenía miedo de que me dejaran solo con las sosas palomas. Los gorriones ya se habían extinguido en la ciudad. ¿Y quién diablos querría vivir en un mundo en el que solo quedaran palomas? Así que al final me veía obligado a reprochar a las cornejas que no me ofreciesen suficiente entretenimiento. De niño estaba loco por los gorriones, me gustaba su rapidez de despegue vertical, y cómo podían frenar su aterrizaje en una fracción de segundo sin rodar por el asfalto, y probablemente nunca había dejado de ver mentalmente en el gorrión una especie de pájaro primigenio, mientras que para mí las palomas y las cornejas estaban en el extremo contrario, en el final decadente de la sociedad aviar.

En el correo encontré además la esquela mortuoria de mi detestado amigo Tobias Ferchl, de Bad Reichenhall. Había sido uno de mis primeros clientes, hacía más de treinta años, yo tenía el encargo de sanear financieramente los grandes almacenes que había heredado de sus padres, y el resultado de mi análisis se resumió en una orden: ¡vender! Siempre me estuvo infinitamente agradecido por ese consejo, pues con la inesperada lluvia de dinero vio finalmente la posibilidad de hacer realidad su sueño de montar un museo del alcohol. Explicaba toda la historia universal del consumo de alcohol. Desde las Guerras púnicas hasta la disolución del Sacro Imperio Romano Germánico, todas los usos y costumbres relacionados con la bebida le resultaban familiares, y era capaz de encontrar en las diferentes formas de consumo de alcohol la razón última de todos los procesos y convulsiones sociales, políticos, culturales y morales. Era un

interlocutor pesadísimo que no bebía nunca, y un amigo dependiente de una manera irritante, al que encontrabas delante de tu puerta sin previo aviso cuando, en el curso de sus viajes de investigación, tenía que visitar la biblioteca del estado. De la misma forma que otros construyen su entera cosmovisión a partir de las lecturas de Hegel, Tobias estaba firmemente convencido de que era posible distinguir la fisionomía de los tiempos a través de los fluidos etílicos. De Marx solo le interesaban los envíos de vino a su exilio inglés, y de Goethe tan solo el consumo de botellas de vino de Saale-Unstrut.

Lo del museo quedó en nada. Ahora estaba muerto. Seguramente su *Modelo gradual de las sustancias embriagantes sobre la base del alcohol*, sobre el que había trabajado como un poseso durante treinta años, habría sido arrojado a la basura, junto a las botellas vacías, sin sospechar su implicación criminal en el desarrollo de la historia universal. No puedo decir que su muerte me conmoviera. ¿O sí, a pesar de todo?

Tuvo que ser precisamente un médico quien me salvara de deslizarme por completo en la apatía de los largos días mudos. Tuve de nuevo uno de esos ataques de dolor que me atacaban de manera súbita e imprevista, me imaginaba que sería en el diafragama, pero podía tratarse de cualquier otro órgano, con tal de que fuera sensible al dolor. En un largo paseo a lo largo del río, cuyo olor algo podrido se mezclaba con el olor de las ortigas cocidas por el calor y con el olor a polvo, me di de bruces con una especie de chiringuito pintado de rojo y con forma de amanita muscaria, que ofrecía bebidas y salchichas calientes que se retiraban del mostrador y se podían consumir en unos bancos dispuestos alrededor. Me alegraría volver a verle, me dijo el dueño, al darme la jarra de cerveza y la salchicha de Fráncfort sobre plato de papel. ¿Creía de verdad que me iba a esfumar entre los arbustos con la jarra y el plato? Primero habría tenido que saltar sobre unos perros que dormitaban sobre el suelo, y que al principio me habían mirado de manera desdeñosa y recelosa, pero que ahora, al olfatear la salchicha, se habían levantado, se sacudían y me acompañaban como un séquito empolvado hasta mi banco, donde inmediatamente se dejaron caer otra vez sobre el polvo, mientras que yo conquistaba un puesto en la asamblea de unos humanos como nunca había visto antes. Prácticamente ninguno de ellos tenía intacta la dentadura delantera, todos, hombres y mujeres, estaban cubiertos de tatuajes, ninguno se llevaba la mano a boca al eructar, la mayoría llevaban camisetas mugrientas y pantalones de deporte manchados y dados de sí, y todos juntos despedían un olor que armonizaba felizmente con el aroma a ajo silvestre que crece a raudales en esos parajes. Existía una Internacional de esos peculiares seres humanos,

que no perseguían la ganancia, y a los que les resultaba totalmente indiferente su propio aspecto, y había un fabricante que tales puestos de cerveza con forma de seta que cubría con ellos la totalidad del mundo habitado, pequeñas, miserables áreas de servicio en una civilización devastada, que todavía no era completamente consciente de su lenta destrucción.

Las salchichas, como es habitual en tales oasis en el desierto, estaban frías, lo que me animó a trocearlas y echárselas a la cabeza a los somnolientos perros de mi alrededor. Grandes carcajadas y espontánea adhesión por parte del público humano, vigorosa aprobación por parte canina. Disfruté de ambas, es decir, quería disfrutar de ambas, y habría comprado más cerveza y salchichas para mantener a mis nuevos amigos de buen humor, cuando de pronto irrumpió en mí el dolor. Lo vi, antes incluso de sentirlo, en los ojos de mis camaradas, que me miraban aterrados como si me hubiera atrapado la muerte. Algunos me ayudaron a levantarme y me condujeron en compañía de los perros al servicio, si es que me está permitido por mor de simplicidad llamar así a esta peculiar pieza de arquitectura interior. Sobre los urinarios adornados con piedras de colores colgaba un pedazo de espejo que me reflejaba, aunque al principio ni siquiera me reconocí a causa de la línea temblorosa que recorría mi boca firmemente cerrada. A pesar de la penumbra, podía ver al viejo dolor que me andaba rondando desde hacía semanas, pero también a uno nuevo que se cobijaba en los ojos desorbitados, y que era obvio que planificaba un nuevo ataque general. Sin embargo, precisamente por esos ojos desorbitados mi cara adquiría un aspecto luchador, y si había resignación en los rasgos, esta procedía de las profundas arrugas solo parcialmente cubiertas por los cañones de la barba en torno a la boca, dos valles ondeantes y escarpados en una región montañosa asolada por la erosión. Siempre había supuesto que tenía un rostro limpio y despreocupado, una fisonomía en cierto modo neutral, como ocurre a menudo en mi profesión, una hoja en blanco que lentamente se va cubriendo, pero que nunca pierde la limpieza característica de las hojas en blanco. Lo que ahora veía era el exacto contrario. A pesar de la presencia del dolor, de pronto vi con claridad por qué la hermandad de bebedores me había recibido sin ningún reparo, con auténtica cordialidad - a pesar de mi dentadura completa y de que llevaba una chaqueta de primera calidad, mi aspecto era igual de decadente que el suyo. Era una piltrafa, o mejor dicho, yo veía una piltrafa en los ojos agrandados por el miedo y el dolor. No pretendo con esto afirmar que lo que yo veía tuviera peor aspecto de lo que los otros llevaban en la cara, pero querría insistir en que había una diferencia esencial. Precisamente porque yo llevaba una chaqueta

en condiciones y una camisa *sport*, estampada, y veía zapatos limpios bajo mis pantalones negros de lana, se reforzaba la impresión, tal y como me aseguraron mis camaradas de borrachera cuando volví a visitarlos un par de días después, de que iba a rendir mi vida allí mismo, sobre los apestosos urinarios. Ellos vieron una llama oscilante, a punto de apagarse. Alguien que se viste de esa manera no debe poner una cara semejante, algo así se desprendía de su conversación, que yo escuchaba como si me llegara a través de un denso velo de gasa. Me tumbaron sobre la tierra, entre ajos silvestres, y gracias a Dios había guardado el número de mi médico en el móvil, mis nuevos amigos lo llamaron y él se puso inmediatamente en camino. Las tinieblas se esconden en el corazón de la luz, esa cita de Jakob Böhme me rondaba la cabeza cuando perdí el conocimiento por un par de segundos.

En las últimas semanas no me había sentido bien recibido en ningún sitio, ni en los restaurantes en los que me conocían, ni en las pizzerías donde había acudido de vez en cuando con los niños, ni en los comercios de la zona donde hacía mis compras. No es que pretenda decir que alguna vez me haya sentido en algún sitio como en casa, en el hogar, recibido, esperado. Ese sentimiento siempre lo había asociado a la observación general de que el mundo se estaba viniendo abajo. Había diferentes puntos de vista acerca de si se trataba de un cambio de piel o de una erosión mucho más profunda. A causa de los niños me había acostumbrado a ver las noticias de las ocho, aunque no me quedaba del todo claro si esto tenía una utilidad pedagógica. Europa se venía abajo. Mi querida Turquía, el país de mis anhelos de juventud, estaba dominada por un fascista que había mandado a prisión sin pestañear a más de cien mil personas que pensaban de otro modo; los polacos habían elegido como presidente a una víbora patriótica, que acusaba a sus adversarios en el parlamento de ser los asesinos de su hermano, sin que por ello tuviera que rendir cuentas ante un tribunal; la mayoría de los húngaros confiaban en un burócrata malvado que consideraba necesario llevar a cabo depuraciones en la ciencia y en la cultura; en Holanda, el presidente de honor de la corporación de peluqueros, de extrema derecha, había estado a punto de conseguir la expulsión del país de los musulmanes, quienes en su mayor parte procedían de sus antiguas colonias; de Francia no era capaz de hablar sin que se me saltaran las lágrimas. Durante veinte años me había estado rehabilitando, con ayuda de argelinos, una casa en el sur del país, en un pueblo que ahora había votado mayoritariamente por una populista con mofletes. De Grecia, y de los Balcanes en general, solo llegaban noticias deprimentes, en Escandinavia se deseaba un giro decisivo a la derecha, y del gélido

agente secreto que gobernaba en Rusia hacía tiempo que no se podía esperar nada bueno. A veces deseaba poder cerrar los ojos y los oídos de Jara y Benjamin para protegerles de esas noticias desalentadoras, pero Isabel era de la opinión de que había que exponerlos a esa porquería, y Danuta se alegraba de cada movimiento hacia la derecha, porque era un movimiento que se alejaba de la izquierda. En la televisión, la cultura se había convertido en algo tan secundario, que tan solo tenía cabida en forma de entrega de premios cinematográficos o de obituarios, cuando el mundo era de pronto más pobre. Para alguien como yo, para mí, ese mundo había perdido todo atractivo, todo poder de seducción, y puesto que yo no mostraba un profundo interés por la cocina, ni por la salud, ni por el deporte, también yo había perdido todo atractivo a sus ojos. El mundo ya no quería saber nada de mí, excepto como gurú en miniatura de la economía empresarial, que con su mantra «fortalecer las fortalezas, debilitar las debilidades» aún era capaz ocasionalmente de hacerse con algún punto en una escala de valores cerrada por arriba. Eso me mantenía con vida. ¿Era eso lo que me mantenía con vida? Y ahora ya no era solo Europa la que se iba a pique, también me iba yo. ¡Qué curiosa coincidencia!

No se encontraba la causa de los ataques de dolor. Está usted acabado, me dijo el médico, que habitaba a un par de edificios de distancia y que, obviamente, tampoco se iba de vacaciones en verano. Le atraía Groenlandia, la soledad en la que no hay dolores. Está usted hecho polvo, me dijo sin rodeos, en su cuerpo se acumulan fuerzas que no puede dominar, porque le faltan los contrapesos. Usted pretende recoger agua con un colador. La soledad también es una enfermedad que puede llevar a explosiones que provoquen la aniquilación de la vida.

En ocasiones salíamos a pasear juntos después de la hora de consulta, y siempre que veía la ocasión, hacía por desviarnos hasta la seta de los refrescos, donde seres humanos y perros nos saludaban cordialmente. Tiene usted un simpático círculo de amigos, me decía el médico, que parecía sentirse a gusto en los bancos en torno a la seta; en mi entorno, aparte del cáncer, solo se habla de pintura moderna como inversión financiera, o de deportes. ¿De dónde cree usted que proviene el dolor? Me preguntó sin rodeos al llegar delante de mi edificio.

¿Qué podía yo decir? ¿tenía que decir algo? El dolor necesita espacio, respondí, ¡de otro modo provoca asfixia!

Después de uno de esos paseos me decidí a nombrarle la causa de

ese dolor penetrante, aunque fuera muy consciente de la cursilería de mi confesión. El dolor, le dije —habíamos subido a mi terraza, para excluir cualquier posible testigo de mi confesión, y contemplábamos el rojo candente de un atardecer que parecía irreal— el dolor se debe a que hace algún tiempo ha llegado a mí una muchacha, que ahora, que estamos aquí como en un cuadro de Caspar David Friedrich mirando al infinito, está a punto de abandonarme de nuevo.

Hablé y hablé sin llegar a ningún sitio. El pequeño naranjo que Isabel me había regalado por mi cumpleaños cumplía el papel de un reloj de sol, y cuando dejó de dar sombra alguna, me detuve. ¿Comprende Vd.?, pregunté a mi acompañante.

Aunque me había propuesto escuchar con atención a su respuesta, más tarde no fui capaz de recordar lo que me había dicho. Sonó a algo así como ‘ah, bueno’, o quizás solo ‘ah’, o solo un gruñido. En ese momento, eso es lo que se me quedó grabado en la memoria, decidí que sería su amigo.

9

A finales de agosto estábamos de nuevo reunidos.

Isabel estaba entusiasmada con la penetrante luz de Grecia que había cambiado su vida, y Benjamin y Jara lo estaban también con sus experiencias con los niños huérfanos de Siria. Benjamin volvía a ir a la escuela, Jara dibujaba como una posesa en su *Atlas de mundos escondidos*, como ahora Benjamin llamaba pomposamente sus dibujos. Querían proseguir su proyecto con refugiados en el Harz durante sus vacaciones otoñales. Es decir, que se alegraban de poder abandonarme pronto de nuevo. De dejarme solo.

Jara no cejaba en su tortura telefónica. De la vehemencia constante de su discurso podía deducir que se trataba siempre de la misma persona que la apremiaba, y contra la que ella se defendía. Un combate de aguante, una lucha de desgaste. No era sino cuestión de tiempo que uno de ellos saliera de ese duelo como ganador, y el otro, como perdedor. ¿Pero el perdedor estaría muerto, o solo derrotado? Después de esas llamadas telefónicas solía quedarse varios minutos junto a la ventana, inmóvil, como si estuviera reflexionando sobre una nueva estrategia a seguir. No disponía ya de muchos recursos, eso se podía ver. Solo era completamente ella misma sobre su bloc de dibujos, el resto del tiempo se mostraba lastimosamente ausente y obstinada, como un barco encallado. Una angustia se había apoderado de ella, y desordenaba los rasgos de su rostro. Pero seguía igual que siempre: ni una palabra de aclaración. Ah, bah, ya sabes. Y yo no sabía nada.

Por otra parte, teníamos que hablar mucho entre nosotros, porque los servicios sociales de menores no aflojaban la presión. No había forma de hacer entrar en las cabezas de esas personas bienintencionadas que Jara no quisiera hablar de su pasado ni de sus orígenes. Todo ser humano ha de tener una historia que se pueda narrar. Si alguien no la tiene, no puede circular libremente. Así que hicieron la propuesta de internarla en un hogar, donde seguramente no tardaría en abrir la boca. Con la opción de volver luego con

nosotros. ¿Opción? Por otro lado, veían que Jara vivía en una vivienda salubre, «en condiciones de salubridad adecuadas», como decía el protocolo por escrito, que estaba bien alimentada y escolarizada —salvo interrupciones—, aunque no fuera a una escuela ordinaria. Si las gentes de los servicios sociales estaban en casa, Jara olvidaba de pronto su buen alemán y balbuceaba palabras incomprensibles. Su teatro llegó tan lejos, que incluso lo representó delante de la intérprete de los servicios sociales, como si hablara un idioma minoritario que resultara ininteligible para una serbia o una croata.

Una vez cuando vino a visitarme al hospital, yo literalmente había reunido al pie de mi cama a todos los idiomas balcánicos, incluso a una griega y a una búlgara que venía de la región del Danubio, y que también sabía rumano. El personal asistencial y de limpieza era ya sorprendentemente políglota, en el caso de las enfermeras se daba por hecho que dominarían entre tres y cuatro lenguas, es decir, dos más que los directivos de las principales empresas alemanas que cotizan en el índice DAX. Pero ni un solo miembro del grupo asistencial convocado por mí estaba en disposición de entender ni media palabra del galimatías de Jara. Quizás se tratara de un dialecto macedonio, era la opinión de la gruesa griega, que era tan pesada que me ponía en peligro cada vez que se sentaba en la cama para tomarme la temperatura. Tenía una pensión en el Peloponeso, pero no podía vivir de ella, el marido era un pescador que no pescaba, porque el mar estaba vacío de tanto pescar, como ella decía, pero él tenía que salir todos los días a navegar, si no, hubiera muerto hace mucho. ¡Venga usted a visitarme a mi casa, antes de que sea demasiado tarde!, me dijo a modo de despedida, ¡es una bella casa, mucho sol y cada día hay pescado fresco, es bueno para la piel!

Antes de que sea demasiado tarde.

Así pues, se contaba ya con mi defunción.

Pero yo todavía pertenecía a este mundo. Jara me preguntó en el hospital si yo amaba la vida, una de esas preguntas extrañas que a uno no le gusta contestar. Cuando estás cerca de mí, contesté, enrojeciendo de vergüenza. ¿Y si yo no estuviera aquí?

La griega me dio incluso su tarjeta de visita, Christos y Elena Kaltsas, Bed & Breakfast, Villa Aurora, dorado sobre rojo, impresión en relieve. Bajo la casa, esbozada con una decena de trazos, aparecían tres líneas serpenteantes, que debían de representar el mar, y entre las olas surgían las cabezas de dos peces que miraban fuera del agua. Prefiero venir a visitarla aquí, le dije, aquí tiene usted que ocuparse de mí, lo que le provocó un ataque de carcajadas. Traiga a su hija consigo, me dijo riendo, a los jóvenes griegos les gustan las mujeres alemanas.

Como el tiempo veraniego se mantenía, Isabel celebró varias fiestas en mi terraza. La mayoría de los invitados eran músicos, pero tenía la sospecha de que eran solo figurantes, y que Isabel montaba todo ese circo exclusivamente para el trompista. Todas esas galletitas saladas con queso fresco, que había llevado horas preparar, las aceitunas rellenas y las hojas de parra, y el vino griego, todo eso no servía en realidad más que para cortejar al trompista. Yo no tenía nada en contra. Pero, por favor, que ella no esperase que yo le escuchara a él cada vez que se pusiera a hablar de las inauditas puestas de sol en Ios. Seguramente estaban a punto de celebrar su boda.

Yo no tenía un talento especial como anfitrión, pero era bueno como hombre en segundo plano. Las fórmulas cordiales de cortesía, las conversaciones sobre el tiempo o los problemas locales con la recogida de basuras o las obras no me interesaban, era incapaz de contar chistes o tenía miedo de repetir siempre los tres chistes habituales con los que solía lucirme, sobre todo después de que en una ocasión, un invitado de Isabel lanzara sin cortarse lo más mínimo que él ya conocía el chiste que yo me disponía a contar. Tenía que representar papeles para los que no daba la talla. Es cierto que yo había hecho de la charla mi profesión, pero no estaba en disposición de soportar esa clase de conversaciones modernas de terraza. Y sobre todo no podía aguantar cuando alguien me interrumpía sin previo aviso, como si mi contribución fuera demasiado trivial para ser expresada. Me ponía a dar vueltas sirviendo galletitas saladas, que tomaban sin dar las gracias, aunque fuera yo quien las hubiera untado de queso —al menos, una parte— y había pagado la factura.

Curiosamente, apenas se hablaba de música, por el contrario, sí y mucho sobre las relaciones en el conservatorio, quién con quién y cuándo y con qué frecuencia y por qué. A un pianista, que inmediatamente me cayó bien, se le reprochaba haberse portado mal con una colega. Estaba sentado, acongojado, sobre un precario taburete de cocina, teniendo que soportar una y otra vez la misma perorata. En su presencia, se le estaba reduciendo a una cosa, que solo tenía que ver con él mismo de refilón. Lo que le estaban haciendo se llamaba comunicación. Se comunicaba sobre su caso, ¡y lo hacían en un lenguaje que me ponía los pelos de punta! Conversaban —sobre todo conmigo— con esa cordialidad repugnante, desapasionada, que se estila con colegas profesionales inseguros: en efecto, ahí ha reconocido usted algo correcto, se debería reflexionar sobre ello, ¡ah, todo el asunto es terrible y no tiene arreglo! Todos ellos —incluida Isabel— eran gentes que tiraban piedras contra su propio tejado, y el tejado era la música. Pero todos ellos, hasta Isabel y ese pianista,

estaban condenados a la insignificancia, eso se veía en ellos, se podía oler. Una insignificancia que olía rancio. A mis ojos era un castigo proporcionado, muy merecido. ¿Y yo? Yo ya no comprendía al mundo, como suele decirse, ni el mundo, ni los seres humanos, ni la manera en que se comportaban entre ellos. ¡Si por lo menos me hubiera sido dado asistir a un drama, a una gran tragedia! Pero esta farsa de aficionados sobre la moral era insoportable. Ver a gente que se alegraba cuando otro se hundía en la mierda hasta el cuello no es algo que tenga ya nada que ver con la civilización. Si se quisiera perder toda confianza en los que se hacen llamar seres humanos, bastaría escuchar a esos profesores del conservatorio.

A menudo me sorprendía a mí mismo imaginando cómo vivirían los seres humanos dentro de cien años, si seguirían haciendo lo mismo que hasta ahora —con la condición, claro está, de que el planeta siguiera siendo habitable. Quien no temía sumergirse conmigo en tales pensamientos era mi nuevo amigo, el médico. Se llamaba profesor Johannes Berger, era un entendido en setas y un apasionado paseante, y, aunque tenía siempre mucho que hacer en el hospital, siempre encontraba tiempo para una conversación. Despreciaba a los seres humanos que carecían de tiempo. Me contó de un ministro del gobierno regional, que antes de la sedación le insistió en que por amor de Dios lo despertara en un determinado momento, pues debía asistir a una reunión vital para su carrera. Por supuesto, Johannes le durmió, y si le comprendí bien, incluso aumentó la dosis de anestesia, para que el servidor público pudiera salirse de la rutina por una vez en su vida. El único medio, decía Johannes, de impedir que un político haga tonterías es la anestesia total. Cuando el paciente se despertó finalmente, a su mujer, que se inclinaba sobre él, le saludo diciéndole «qué distinta estás», pues esperaba a su amante, con la que llevaba unido años gracias a un empleo ficticio. Entre tanto, esta se había convertido en la amante de otro ministro, pero no tenía la intención de renunciar a los ingresos de su falso empleo. Como no había suficientes puestos lucrativos en los consejos de administración de las grandes empresas bávaras, la mayoría de los políticos tenían que seguir siendo siempre políticos, algo que Johannes consideraba la peor de las humillaciones. Contaba de uno que había conseguido que criminales peligrosos fabricaran para él un valioso juguete que se vendió muy bien en los mercadillos de navidad. Un día le entró el miedo de que, debido a la laxitud en el cumplimiento de las penas, los productores de juguetes, encarcelados entre otras cosas por asesinatos, todos ellos delincuentes de por vida, fueran a salir de la cárcel antes de tiempo y quisieran retomar su actividad anterior como asesinos. En otras palabras, el hombre estaba traumatizado, decía Johannes, si

usted comprende lo que quiero decir. Él había recomendado al político regresar a su rutina, y eso mismo me recomendaba a mí. Debe volver usted a la rutina, fortalecer fortalezas, debilitar debilidades, eso es lo que le mantiene con vida.

Para conservarlo como amigo, hice todo lo posible por impedir el resurgimiento de antiguas costumbres. Rechazaba todas las invitaciones a seminarios, no quería volver a ser el caballero de la triste figura que recorre el país para luchar contra la desgracia de malos balances y procesos erróneos, pero tampoco quería ser un cínico al que le da igual lo que predique, con tal de que siga afluyendo suficiente dinero. Incluso decliné la petición de hacer entrar en razón económica a un célebre teatro de la ópera bávaro. ¿Por qué tenía yo que salvar una ópera? En mi juventud, el compositor y director de orquesta francés Pierre Boulez, un hombre con todo tipo de talentos, y según se dice dotado de un carácter peculiar, había aconsejado a la juventud del mundo que hicieran saltar por los aires todos los teatros de la ópera del mundo. Ahora, esa juventud, envejecida y frágil y con audífonos detrás de cada oreja, se sentaba precisamente en esos teatros y se alegraba de los descansos, para enhebrar un par de buenos negocios antes del final. *La clemenza di Tito* era la ópera del momento, el don del perdón a la vista del hundimiento. Por lo demás, Johannes era de la opinión de que no debería pensar demasiado en la humanidad o en los seres humanos —como usted prefiera— porque eso despierta de manera inevitable instintos innatos que esencialmente llevan a querer salvar a los seres humanos, o a la humanidad —como usted prefiera. ¿No había oído yo esto antes? Y, ¿era esa realmente mi intención? Lo que yo quería realmente era tan solo salvar a Jara. Ni siquiera tenía que preocuparme más de Benjamin, él seguiría su camino y se convertiría en músico o en mánager, quizás incluso en un académico salvador de la humanidad, y puesto que yo le iba a dejar en herencia mi vivienda, teniendo en cuenta los actuales precios inmobiliarios, tenía muchas posibilidades de poder llevar una vida desahogada. También dependería de cuándo moriría yo.

Por cierto, que en el repertorio de Jara había entrado la costumbre de preguntarme cada tres días si yo tenía miedo de la muerte, y en sus visitas al hospital siempre me saludaba con la misma constatación: todavía estás vivo.

Johannes me anunció, en uno de nuestros paseos a través del parque, que había muchas posibilidades de que él fuera a morir antes que yo. Conmocionado, no le entendí bien. ¿Por qué? Porque padecía de una enfermedad rara de la sangre, le ahorro los detalles, me dijo, es letal en todos los casos. Estábamos delante del rebaño de ovejas, hacía

poco que habían esquilado a todos los animales, lo que no era demasiado agradable de ver. Había estiércol de oveja por todos sitios, y con cada movimiento alzaba el vuelo un enjambre de moscas. Johannes compartió conmigo la observación de que en el parque, a pesar de toda esas boñigas de oveja, no crecía ninguna seta, en los casi veinte años en que había visitado ese parque, entre dos y tres veces por semana, nunca había tropezado con una seta que mereciera tal nombre. ¿Y los hongos que crecen en los árboles? le pregunté para mantener la conversación alejada tanto tiempo como fuera posible de defectos genéticos y otras cosas desagradables. Me refiero a auténticas setas, dijo él, no a parásitos que crecen en la podredumbre y matan a los árboles, los hongos de la madera son hongos asesinos, sobre todo los poliporos, por muy hermosos que parezcan; precisamente los más hermosos, como el *Pycnoporus cinnabarinus*, son auténticos asesinos; los árboles sobre los que crecen todavía parecen árboles, pero el tictac del reloj está sonando y el fin se acerca. Luego le enseñaré un bello ejemplar del desgreñado *Inonotus obliquus*, para que sepa usted de qué hablo, ya hace una buena temporada que le estoy observando, y pronto habrá acabado ya con su tarea asesina. Y por lo que respecta a mi hemofilia, prosiguió, pero en ese momento el pastor, que me conocía desde hacía años se acercó a nosotros, era un lector apasionado al que yo regalaba todas las novelas que había leído o que no había podido terminar de leer, también algún ensayo, cuyo título, en mi ingenuidad, me hubiera llamado la atención.

El culto pastor, un pedagogo 'interrumpido', que tras unos pocos semestres había llegado a la conclusión de que prefería no educar a los niños, y que en lugar de eso se había lanzado a estudiar el anarquismo y otros programas filantrópicos similares de ayuda recíproca en el mundo animal y humano, un ámbito en el que era un auténtico entendido, y cuya extensión alcanzaba mucho más allá de los estrechos límites de la teoría política, no encontró para sus intereses una facultad, ni siquiera un director de tesis que le llegara a los talones, y cuando finalmente encontró en la universidad católica de Eichstätt a un historiador de la filosofía que estaba dispuesto a tratar con él, con el futuro pastor, las líneas maestras de su trabajo —pero ese encuentro tuvo que ser pospuesto para otra ocasión, debido a un ataque agudo de atrofia muscular— recibió un día, «un día realmente hermoso», como él siempre decía literalmente, en lugar de la invitación a partir a Eichstätt con su documentación, una esquela mortuoria que le invitaba a enterrar al historiador de la filosofía en el cementerio de Eichstätt un viernes de julio.

En efecto, el que un día se convertiría en pastor viajó en tren hasta Eichstätt, y arrojó en cierto modo sus *Prolegomena a una teoría del conocimiento fundamentada en la antropología, con especial atención a las*

reflexiones del conde Pjotr Alexejewitsch Kropotkin sobre la colaboración recíproca entre el mundo animal y el humano al historiador de la filosofía, y con ese lanzamiento, condenado por la comunidad académica en duelo, arrojó también por la borda sus ambiciones de, por un lado, ingresar en la actual estructura universitaria, y por el otro, de hacerse un nombre en el panorama de la filosofía dominante. Inmediatamente después adoptó su oficio soñado, el de pastor, y tras algún tiempo como auxiliar de pastor en la comarca de Allgäu y en Passau, alcanzó el puesto de pastor del Englischer Garten de Múnich, un puesto situado muy arriba en la jerarquía pastoril, un puesto con el que no se hubiera atrevido a soñar, debido a sus «antecedentes penales académicos», tal como él decía alegremente. Cada nueve de diciembre me invitaba en su caldeada caravana, situada en el cuartel de invierno de las ovejas, al cumpleaños de su conde Kropotkin, una cita a la que yo casi nunca falté, pues en esas festividades, que se extendían hasta el amanecer, actores del teatro local leían fragmentos de las memorias del príncipe y de las de Alexander Herzen, páginas que se cuentan entre las más bellas y conmovedoras de la literatura rusa, y que, para mí, están a la altura de las novelas rusas más importantes del siglo XIX.

Antes de que Johannes y yo pudiéramos volver de nuevo a la pregunta de quién de nosotros dos 'estiraría la pata' primero, como lo expresó Johannes, él a causa de su hemofilia, al parecer incurable, o yo, a causa de mi desmoronamiento general y de mi creciente melancolía, tuvimos que beber una cerveza con el pastor. Nos sentamos sobre sillas plegables en torno a una mesa de camping que estaba repleta de latas de cola, papeles de caramelo y platos de papel sucios, residuos abandonados por un grupo escolar que, gracias a la visita al pastor, se suponía que debía aprender a comportarse en la naturaleza. Nos sentamos en cordial camaradería y nos dejamos observar por las ovejas, con sus extrañas orejas salientes hacia los lados, mientras que los perros, que no tenían en absoluto el aspecto de perros pastores, daban vueltas de mala gana en torno al rebaño. En sus horas de soledad, el pastor se había convertido en un cristiano convencido. En medio de la conversación se hundía de pronto en sus cavilaciones, o se ponía a murmurar muy excitado, sin que fuera posible entender una palabra de lo que decía.

Antes de las vacaciones estivales lo había visitado a menudo con Jara, en quien confiaban las ovejas, mientras que, cuando yo intentaba acariciar sus lanudas cabezas, se apartaban asustadas de mí. Jara había dibujado el retrato de algunas ovejas especialmente hermosas, uno de los cuales, firmado por ella, colgaba en la caravana junto a una pequeña estantería que sustentaba, paciente, los escritos de Kropotkin. Las perlas de la colección eran una edición alemana de *La conquista*

del pan, aparecida en 1921 en una editorial anarquista de Berlín, algunos ejemplares del diario francés L'Avant-Garde, con colaboraciones del príncipe, un ejemplar del diario Freedom, publicado en Londres, y una copia de una carta de Oscar Wilde a Kropotkin, en la que Wilde le transmite su confianza sin reserva alguna en el anarquista. La oveja que Jara había inmortalizado con su dibujo, se llamaba «El Príncipe», y la imagen pertenecía naturalmente también a los tesoros del museo de la caravana. En gran parte, porque para hacer ese dibujo había utilizado lápices de colores. Era la única lámina coloreada de toda su obra.

La cerveza y los comentarios teológicos del pastor nos habían dado sueño, estábamos cansados, mucho más cansados de lo que deberíamos haber estado. Johannes estaba tan fatigado que sin pronunciar ni una palabra de explicación, se tumbó sobre la hierba, en medio de todas las boñigas de oveja, y cerró los ojos. Hay muchas clases de soledad, escuchó que decía el pastor, la soledad entre seres humanos y la soledad en el bosque, pero entre tanto yo me había quedado tan exangüe, que me tumbé en la hierba junto a Johannes y al momento me dormí, como si hubiera caído sobre mí un encantamiento.

10

Yo debía dar a Jara un libro que una de las damas de los servicios sociales había 'dejado por ahí': *Todo lo que debes saber sobre Alemania*. No vendría mal que usted mismo le echara una ojeada, había dicho la señora, y me había guiñado un ojo cómplice, y puesto que posiblemente tuviera razón con su comentario, me llevé el grueso folleto a la terraza. Pero no me podía concentrar. Parecía como si fuera a haber una tormenta por la tarde. En realidad, yo sabía muy poco sobre Alemania, aunque creía comprender por qué no se la quería especialmente más allá de las fronteras. Algún día —ojalá sea después de mi muerte— se culpará a Alemania del fracaso de Europa. Después de dos guerras mundiales, nos hemos convertido en los mejores de la clase gracias al aburguesamiento, al decoro, a una lograda represión y a tener siempre el dedo índice levantado. No se nos quiere, como todo el mundo quiere a Francia o a Italia, o incluso a Inglaterra, la gente va a Berlín porque es barato, por no se la ama como se ama a París, Roma o Londres. Naturalmente, de vez en cuando hay que visitar al empollón de la clase. Y también porque en Múnich tenemos la Oktoberfest, que es la razón, según dice el folleto, por la cual cada año acuden visitantes de todo el mundo a Múnich para festejar junto a los alemanes. Yo todavía no había estado nunca en la Oktoberfest. Todos los años los periódicos le dedicaban páginas enteras, a quién se había visto en la Oktoberfest, y cuántas jarras de cerveza se habían consumido. El aspecto de las personas fotografiadas durante su visita a la Oktoberfest, sentadas detrás de sus jarras de cerveza, no daban muchas ganas precisamente de querer pasar la tarde a su lado. Ya se empezaba a oír un profundo tronar, pronto comenzaría.

Siempre sentí una peculiar compasión por Alemania. Se esforzaba una barbaridad por ser la primera y por ser vitoreada, pero en realidad solo nos vitoreaban los que eran exactamente igual que nosotros. No se notaba aún gran cosa de la tormenta, aunque ya empezaban a inclinar preocupadas la cabeza algunas de las flores que Isabel y Danuta albergaban y cuidaban aquí, en grandes macetas.

Isabel pretendía extender un «aroma meridional» por la terraza, y por poco no llegó a trasvasar un buen vino italiano a viejas botellas de chianti para intensificar aún más ese aroma. Aquí arriba no parecía en absoluto que se estaba en Alemania, decían a menudo los invitados. Uno de sus amigos compositores había contestado una vez: ¡es cierto, aquí arriba parece Helsinki! Nunca había estado en Helsinki, pero después de ese comentario me empezó a atraer como un imán. Mi vendedor de vinos amaba a Alemania, que le había hecho rico. Aún le quedaban dos años, luego regresaría a Sicilia. Él conocía cuál era su molde, y sabía exactamente que debía volver a casa, y que encontraría el camino al hogar. ¿Y Jara? Me vino a la cabeza si echaría de menos su molde y si querría encontrar el modo de volver a casa. ¿O después de la lectura de *Todo lo que debes de saber sobre Alemania* se querría quedar en Alemania a toda costa? Yo no tendría nada en contra. Después de aquella vez en que un coche había estado a punto de atropellarnos y le dije: hemos estado a punto de morir juntos, ella me respondió muy seria: en todo caso, yo quiero morir sola. —Pero al coche no tiene en cuenta tus deseos, le dije yo. Y ella: entonces, en adelante iré sola por la calle. —¿Y dónde quieres que te entierren? —Eso lo debes saber tú. —¡Pero yo voy a morir seguro antes que tú! —A veces eres muy tonto, dijo ella, cerrando la conversación. Ni una palabra más sobre el tema, por favor.

Y cuando más tarde estábamos sentados delante de nuestra pizza Margherita, Jara exclamó, sin venir a cuento: ¡yo no llegaré a vieja! Yo: eso también lo pensaba yo siempre. —Pero yo he vivido ya todo lo que tú has tardado setenta y cinco años en vivir, y al decirlo puso su mano sobre la mía, como una vieja amiga preocupada. Su mano estaba tan fría como si hubiera estado retirando nieve con la pala. Yo todavía quería decir algo, pero no se me ocurría nada, absolutamente nada. Nunca he sido propenso a soltar confesiones, como usan muchos hombres a mi edad, pero ahora me hubiera gustado decir algo. No había palabras. Lo mejor habría sido caer de rodillas en esa pizzería cutre, y haberle rogado que, a pesar de todas las imperfecciones del mundo, y a pesar de mi estupidez, siguiera con vida, que al menos me sobreviviera. De todas sus frases se deducía que había vivido algo que quería reservar para ella misma a cualquier precio. Tampoco tenía lágrimas para su sufrimiento, o había encerrado esas lágrimas tan firmemente en su interior, que ni ella misma era ya capaz de liberarlas. Se había prohibido a sí misma mostrar su tristeza. Yo quiero en todo caso morir sola, había dicho la niña que estaba sentada delante de mí, con una camiseta mía prestada, que le quedaba grande, y comiendo pizza, y no era una pose o un capricho, no estaba repitiendo como un loro algo pillado al vuelo, lo decía con toda su

amarga seriedad. Ese dolor estaba encajado en ella como un corcho, y cada vez que yo intentaba liberarlo con mi grosero, mugriento sacacorchos, ella se cubría de hielo.

Un día después me trajo de vuelta el libro *Todo lo que debes saber sobre Alemania*. No bueno, fue su crítica, mucho falso. ¿Quieres vivir en semejante país?, le pregunté yo. A veces, no a menudo. Más de eso no se le podía sacar.

Cuanto más tiempo vivía Jara conmigo, más inseguro me volvía yo. Desde hacía mucho tiempo yo había perdido la costumbre de tomar demasiado en serio la realidad, era algo que me podía permitir a mi edad. Me había vuelto casi incapaz de leer los periódicos de manera ordenada. Las metástasis digitales no iban conmigo en absoluto, me tomaba a broma los ataques de los *hackers*, con los que se podía manipular las votaciones, deberían dejar el trabajo a los robots y empezar a pensar cómo iban a mantener el humor de personas cada vez más envejecidas y sin trabajo. Ya había tecnofilósofos que con el gesto más serio discutían sobre la abolición del sujeto, la dispersión de la identidad en la técnica. No hacía falta leerlo todo para concebir la arrogancia con la que se jaleaba la llama declinante del fuego de la pasión humana, de cuyas cenizas surgiría un nuevo mundo de algoritmos. Después de mí. Cuando una frase comenzaba con 'finalmente', ya sabía yo por dónde iban los tiros, y si seguía por «lo hemos conseguido», tenía claro que debía iniciarse un nuevo capítulo de la bárbara ilusión que debíamos vivir y sobrevivir.

Me negaba a atribuir a la sabiduría o a la estupidez de la edad esta actitud calmante para el espíritu, más bien la interpretaba como una defensa frente a las exigencias a las que me sentía sometido, y que se iban diluyendo cada vez más rápidamente. Quería sentarme en mi terraza y hablar con los pájaros, observar las nubes y beber vino, leer viejos libros y observar las manchas oscuras sobre mi piel, que me daba la sensación de que se iban haciendo cada vez mayores. Era la melancolía la que habría de carcomer mi corazón, no la curiosidad por el futuro.

Jara había cambiado el curso de mis planes, había trazado una línea en mi vida, como una de esas delicadas líneas con las que cada día rellenaba sus hojas de manera más clara y más fina. Pero la auténtica amenaza que pendía sobre mi sosegado modo de vida vino por el lado de Benjamin. Desde que a ambos se les había metido en la cabeza solucionar el problema de los refugiados, o por lo menos ir mejorándolo poco a poco, se había transformado en un desconocido. Se habían suspendido por completo las bellas veladas de cello. Nada

de Schubert ni de Kurtág. En su lugar se compraron flautas afganas de pastor, y tambores africanos, y uno de los invitados que varias veces por semana utilizaba mi terraza por la tarde para sus fines educativos, trajo un instrumento de una sola cuerda cuyos monótonos sonidos habrían podido sin esfuerzo despertar a una serpiente muerta. Era demasiado hasta para las cornejas. Se posaban con el plumaje erizado sobre el borde y abrían los picos para mostrar su indignación. Por supuesto, yo me había resignado a renunciar a mi terraza tres tardes por semana, y había planeado los paseos con el doctor Berger de tal manera que apenas la echaba de menos, pero cuando ya fue patente el empeoramiento de mis condiciones de vida, fue cuando el cursillo empezó tener lugar en mi piso a causa de la lluvia. Llovió mucho ese verano. ¿Por qué no os reunís en casa de Isabel? Pensé al principio, y hasta me atreví valientemente a expresarlo, pero atraje hacia mí una mirada asesina de Benjamin, que para entonces ya actuaba en calidad de Alto Comisario para la cuestión de los refugiados, así que no me atreví a preguntarlo otra vez. Jara se rio de mi gesto apaciguador, con el que yo pretendía decir «no volverá a ocurrir», y me pregunté si esa risa era maliciosa o una reacción completamente normal a una pregunta estúpida.

A los chicos y chicas procedentes de todas las regiones del mundo que estaban en crisis no solo les alegraba pasar la tarde en mi terraza o ahumar mi piso, además, una vez superada la discreción inicial, les gustaba hacer uso de mis servicios cuando se trataba de proveer de bebidas o de llamar al repartidor de pizzas. Era obvio que les gustaba. Un somalí singularmente reservado, que era ignorado por los otros por sabe Dios qué motivos, me contó la espeluznante historia de su vida, una vida en la que lo único que abundaba eran los muertos: padres muertos, hermanos muertos, parientes muertos, animales muertos, era casi insoportable. Me avergonzaba de no poder ofrecer más que una pizza y un refresco de cola a este joven tipo, de aspecto aristocrático y orgulloso, que tenía las pupilas más oscuras del mundo, y cuando cesó la lluvia y los otros continuaron su velada en la terraza, se quedó conmigo para ordenar el piso devastado. ¡Con qué cuidado introducía las tazas, los platos y los vasos en el lavavajillas, como si se tratara de objetos sagrados! Limpió la mesa y a continuación barrió la cocina, y si no llego a pararle, habría seguido recorriendo todas las habitaciones con la escoba. Se interesaba por la religión. No, por Dios. Si le comprendí bien, no había sido hasta después de su huida, que lo había llevado a él y a su familia por sinuosos caminos a través de Uganda y del Yemen hasta Alemania, cuando oyó por primera vez que había o había habido varios dioses. No era de extrañar, pensé yo, que los otros compañeros de formación le evitaran, pues este chico, retoño de uno de los incontables clanes somalíes, los Hawiye, empezó a exponer su

concepto de religión, por un lado, y de Dios, por el otro, como si él fuera un erudito religioso, y yo un alumno no muy aventajado. Puesto que en los últimos años yo había dado un rodeo en torno a la religión, con el fin, en cierto modo, de no molestar a Dios, encontró en mí a un oyente atento. También este joven quería salvar a Dios. Para ello, quería echarle la culpa de todo lo que Dios le había hecho a la religión. Así que, con énfasis infantil, hablaba bien de Allah y mal del islam. Mientras barría la cocina, y yo le escuchaba sentado a la mesa, explicaba con las pocas palabras alemanas que sabía que había que acabar con el muy ramificado sistema opresivo del Islam, tal como él lo había vivido y sufrido, para defender de sus propios adoradores a Allah en todo su esplendor, y se me antojaba una especie de santo negro, que algún día podría reconstruir el prestigio destruido del islam —si es que no le retorcían el cuello antes a él, que con apenas catorce años ya mostraba madera de hereje. ¿Qué será de todos estos niños?, me pregunté una vez que le hube devuelto a la terraza. ¿Vendedores de verduras, equipos de limpieza, propietarios de alguna parrilla somalí en la Goethestrasse? Seguramente se les mandaría de vuelta a sus países de origen, para que, tal y como decía la pragmática Danuta, aprendieran en sus países de refugiados el honroso oficio del contrabando y del tráfico de seres humanos, tal y como habían hecho en su día los italianos. Me propuse esa misma noche volver a leer la espléndida novela de Ennio Flaiano, *Tiempo de matar*, que transcurre en los lugares de los que procedía el defensor negro de Dios.

¿Y Jara? Se estiraba los dedos hasta que crujían, ese crujido era todo lo que escuchaba de ella.

Como Benjamin tenía que preparar un examen, e Isabel formaba parte del jurado de un premio en Berlín, me llevé a Jara conmigo a una conferencia a Cham, en el Alto Palatinado, donde se suponía que yo tenía que deleitar a los asistentes a la reunión anual de la Asociación de Productores Lácteos alemanes con lo que se conocía como una ponencia de iniciativa. ¿Por qué había aceptado? Desde luego, no había sido por los honorarios. Pregunté a Jara si quería acompañarme, y para mi gran sorpresa aceptó, una vez que le hube explicado cuáles eran las tareas y los objetivos encomendados a la Asociación de Productores Lácteos. La Asociación de Productores Lácteos es importante, fue su respuesta, así que reservé dos habitaciones en Cham —una para mi sobrina—, y dos asientos, uno en frente del otro, en un compartimento cerrado del tren, con el fin de reproducir la situación del día en que nos conocimos. Como luego resultó que la plaza situada junto a Jara fue la única de todo el compartimento que permaneció vacía, como si estuviera reservada a su madre, tuve remordimientos de conciencia que de alguna

misteriosa manera debieron reflejarse en mi cara, pues nada más abandonar Múnich y escuchar desde el pasillo la frase exhortativa, «los billetes, por favor», Jara, cordialmente, pero con un tonillo claramente burlón me dijo que ahora podría ayudarla por segunda vez con algo de dinero para el pasaje. Es como cumpleaños, añadió a continuación, y puesto que no podíamos celebrar su verdadero cumpleaños, porque en ningún caso había querido decirnos cuándo era, o por lo menos decírmelo a mí, decidí fijar su cumpleaños en ese día del viaje a Cham del Alto Palatinado, sin sospechar, por supuesto, que en adelante lo habría de celebrar yo solo.

En Cham llovía tan fuerte que todo se diluía en una inconcreción altopalatina, y en el regreso, al día siguiente, nos sentamos en el tren uno al lado del otro. No estaba seguro de que diera la impresión de conocerme en absoluto.

11

Y entonces llegaron las vacaciones de otoño.

Jara y Benjamin prepararon sus mochilas con seriedad religiosa. Íbamos de una casa a la otra, y a menudo dejábamos las puertas abiertas, parecían los preparativos de una boda; se enseñaban el uno al otro lo que pensaban llevarse, aunque pensándolo mejor, casi que no, y Jara, que en los últimos días había estado como envuelta en un halo de silencio, tatareó una de sus canciones tristes. Era una de esas situaciones en las que lo mejor que se podía hacer era cerrar los ojos, aunque no se fuera el centro de la acción en absoluto, pero uno estaba presente, estaba en el camino, y no le quedaba otra que ser apartado. Decían: ¿me dejas pasar?, pero sonaba como si dijeran: estás molestando. Así que me puse un jersey y abandoné la vivienda. En el portal aparté a los jóvenes, que tuvieron tiempo de esconder algo rápidamente en los bolsillos, seguramente hierba, como si yo fuera a quitársela, y pisé la calle con un sonoro suspiro, sí, me acuerdo todavía ahora de eso, de cómo pisé la calle con un suspiro en voz alta, más bien un grito. El aire no se había recuperado aún del verano, pero aunque el olor a polvo y a tubos de escape era asfixiante, me obligué a caminar 'enérgicamente', hacia un objetivo que se alejaba más cada vez que daba un paso. En efecto, no había ningún objetivo, no había ninguna apertura, ninguna extensión, ningún horizonte. Toda mi vida había ido moviéndome en una dirección de una manera extraña, sin que me hubiera preguntado por lo que me esperaba al final de ese camino, o por qué había elegido esa dirección precisamente. ¿Acaso no habría podido tomar exactamente igual la dirección contraria? No, durante mucho tiempo estuve firmemente convencido de que el camino escogido era el único posible, de que había un objetivo. Dejé pasar imperturbable cada cruce o desviación que me hubiera apartado de ese objetivo, y ahora de pronto me encontraba ante una señal de prohibido el paso, ¡callejón sin salida, terreno privado, prohibida la entrada! ¡Así que había que dar la vuelta! Pero eso era más fácil decirlo que hacerlo. ¿O simplemente quedarme quieto? Y de hecho me detuve, porque de pronto me sentí mal, y me atropelló un niño con su

patinete. Esa dolorosa sorpresa me sacó de unas reflexiones siniestras y, se mirasen como se mirasen, inútiles, acerca de la dirección que dar a mi vida y me trajo de nuevo a la realidad, si me está permitido decirlo así. Si esto era la realidad, es que no cabía esperar mucho más de la vida.

Me detuve brevemente en la explanada de las Pinacotecas y observé a un grupo de turistas japoneses, todos llevaban bolsas transparentes con catálogos, bolsas que eran gigantescas en relación a su talla corporal, y que colgaban como pesados lastres de sus pequeñas figuras para que no se las llevara el viento. Se fotografiaban unos a otros, siempre había tres o cuatro juntos con sus bolsas, con esas caras japonesas tan tristes, cansados de la larga marcha por las pinturas de Occidente, por esos extraños dioses que reñían, se amaban, se perseguían y se combatían furiosamente, y se mataban de la manera más bochornosa posible, por esas dramáticas puestas de sol sobre el Vesubio, que tan diferente era del Fuji tal como lo había pintado Hokusai, por los animales muertos colgando de un clavo y las lozanas cáscaras de frutas y las silenciosas imágenes de espacios interiores, en los que brillaba una luz suave cuya fuente permanecía invisible.

Ahora los japoneses estaban bajo castaños afligidos, casi desprovistos de follaje, delante de una de los mayores tesoros de Europa, y se fotografiaban unos a otros, y yo me preguntaba si esas fotos de recuerdo, carísimas además de aburridísimas, abandonarían algún día el aparato para ser pegadas en un álbum, como hacemos nosotros, o si habrían de morir dentro de esas carcasas planas. Yo había hecho cuatro instantáneas de Jara, fotos 'disparadas' rápidamente, que ni siquiera habían llegado a capturar su imagen — bueno sí, una quizás, la que había tomado el pastor, acercaos, entonces ella se arrodilla en postura de víctima del sacrificio delante de un poderoso carnero, que, porque tiene las patas delanteras semidobladas, mantiene la cabeza gacha, como si de un momento a otro fuera a caer sobre ella, y ella, sin miedo, estira la mano hacia él, su mano de la paz. Siempre me había parecido misterioso el hecho de que los seres humanos se fotografíen sin parar. Mis fotos, en su mayor parte fotos de circunstancias que me enviaban después de los seminarios, descansaban olvidadas en una caja de cartón del sótano.

Como los japoneses querían fotografiar nuevas combinaciones de miembros del grupo, me quedé todavía un rato quieto para no molestarles, y me maravillé de los curiosos tocados que no se quitaban ni para ser fotografiados, peculiares sombreros con forma de maceta de tejido impermeable, daba la sensación de que alguien les había dicho que esos tocados eran el último grito en Europa, y que por eso

los llevaban puestos a cualquier sitio. Me recordaban a los tocados que se solían llevar en la República Democrática de Alemania, quizás una fábrica de gorras en Chemnitz los había cosido por encargo hasta el último día antes de la apertura del muro con el fin de cumplir los objetivos del plan, o incluso para sobrepasarlos, y puesto que tras la caída del muro ya nadie demandaba esos sombreros con forma de maceta, los vendieron en Japón como si fueran una ganga. Ahora los japoneses los traían de vuelta a Alemania, quizás también los pensaran dejar aquí, con el fin de que en 2019, el año de la conmemoración de los setenta años de la fundación de la RDA, todos los sombreros con forma de maceta de Chemnitz pudieran reunirse de nuevo en Alemania.

En cierta ocasión recorrí la Pinacoteca Antigua, como si hiciera la ronda, para comprobar si todas las pinturas seguían estando en su sitio, y me sentía como asombrado de que siguieran colgando imperturbables, como si las miradas humanas no pudieran afectarles. El museo es un enorme, inconmensurable estómago y necesita humanos ligeros, blandos, en movimiento, que pueda digerir en su sinuoso laberinto. Pero una pintura no puede soportar más de mil miradas por día, como se puede comprobar en el Louvre con el caso de la Mona Lisa, que en ciertos momentos, indignada por los numerosos visitantes, simplemente cierra los ojos, o va y desaparece un par de horas en los almacenes en los que se guardan las obras que se exponen raramente, o nunca. En el aislamiento, junto con la fatigada Mona Lisa, despliegan su fuerza originaria, auténticamente religiosa, que un día habrá de capacitarlas para presentarse de nuevo ante el mundo. Mientras que arriba todavía puede admirarse intacto el mundo del museo, algo se está gestando en el estómago. Una vez leí un artículo en el periódico que decía que los auténticos tesoros de un museo no se exponían nunca porque el sitio solo daba para las piezas más vistas, las que el público esperaba encontrar, por el contrario, los cuadros del almacén se prestaban con agrado, de manera que, si se tiene tiempo, las pinturas verdaderamente importantes de la Pinacoteca se pueden contemplar en exposiciones extraordinarias en Copenhague o Washington. Me imaginaba que las pinturas del almacén se habían agrupado para llevar a cabo una manifestación de gran firmeza, como un conjunto de personas que siente la implacable necesidad de alcanzar lo que se ha propuesto, y lo consigue también con facilidad: la fuga. Entonces se dirigirían hacia los lugares de exhibición originarios a los que deben su nacimiento, y allí se quedarían hasta que el más bobo hubiese comprendido con qué velocidad puede expulsarse la belleza del mundo. No han sido precisos ni doscientos años para que el mundo se transformara en un montón de chatarra, ese y no otro sería el mensaje de las pinturas. Si se

continúa al mismo ritmo —¿y por qué no debería ser así?—, bastarían apenas otros doscientos años para arrebatarle los últimos rasgos de identidad, de intimidad, y de asombro. En las pinturas modernas ya ni siquiera aparece el mundo hecho añicos, solo restos, basura, pedazos, ruinas, desperdicios.

En el puesto de postales, donde había todo lo imaginable, menos postales —aún menos, postales de las pinturas no expuestas—, encontré a mi editor, que hizo como si hubiera estado esperándome en ese lugar, en ese preciso instante, para, por un lado, explicarme por qué no estaba sentado en su escritorio vendiendo mis libros, sino en el museo en horas de oficina, y por el otro, para comunicarme, como solía hacer, lo increíblemente bien que iban las ventas de mis libros, en especial, como no, *Fortalecer fortalezas, debilitar debilidades*, en el mercado nacional y en el extranjero, en Holanda y en Eslovenia estaban justamente ahora en lo más alto, hasta en los Estados Unidos podía percibirse una fuerte atracción, después de que él, como ya me había explicado al menos en diez ocasiones, hubiera cambiado de distribuidora, pues en realidad, en lo concerniente a los libros que yo escribía —¡había escrito!—, lo importante no era el contenido, sino la distribuidora, como yo ya sabía. Lo que yo escribía en mis libros, me chillaba en la oreja, porque un grupo escolar, para alivio de las pinturas, había irrumpido ruidosamente en el puesto de las postales con el fin de admirar tazas con motivos de Rembrandt y gomas de borrar con el retrato de Durero, es algo generalmente sabido, son fruslerías, si se miran de cerca, psicología del cuento de la lechera, sí, a la luz de los últimos estudios se podría decir incluso que mis libros habían propagado un montón de sandeces, tonterías anticuadas de los años fundacionales del milagro económico, pero, y ahora me había agarrado del brazo, para poder asestarme tranquilamente el último golpe, ahora usted es una marca, sencillamente, su *branding* sigue estando bien anclado en la conciencia, y cuanto más complicados se vuelven los procesos y los procedimientos, con más gusto la gente se vuelve hacia los lugares comunes de usted, a su simplicidad, que se sitúa en el límite de lo soportable, ¡y ese es también el motivo por el cual usted —al contrario de todos los fracasados, entre los que se encuentran en algunos casos ganadores del premio Nobel de economía, cuyos nombres y teorías se han olvidado al cabo de un año —, tiene un futuro ante sí! ¿Quién se acuerda ya de Franco Modigliani o de Ragnar Frisch, de Leonid Kantorowitsch o de Trygve Haavelmo? Pero de usted se sigue hablando aún en veintiún países, ahora hasta en Turquía y en toda el área de los Balcanes, en todos los países balcánicos encontraba mi libro lectores entusiastas, dijo él, no puede usted imaginar cómo marcha el correo con Albania, porque mi libro se

había impuesto en todos los ámbitos sociales, en la economía y en la política, en el deporte y en el turismo, y en la cultura política no se decía ya otra cosa que no sea «fortalecer fortalezas, debilitar debilidades», algunos comienzan por las debilidades, otros prefieren las fortalezas, hasta un padrino de la mafia al que habían pescado hacía poco en Tirana afirmó que había construido su vida a partir de mis reflexiones. Con éxito, como puede verse, dije yo, y le dejé plantado.

Curioso individuo, pensé, está hecho tan solo a base de esas frases, y los escritores, sobre cuyas bocas vierte a veces miel amarga, para a continuación derramarla también deliciosa, forman una especie de academia de disparates y errores que él, el señor editor, aporta al mundo, y glosa a su extravagante manera. En realidad, no quería quejarme, y aun cuando no resultara siempre agradable el pensamiento de que mis peculiares y viejísimas chapuzas se contaran entre los libros alemanes más traducidos, yo era lo suficientemente vanidoso como para no renegar de él. Y por supuesto, me encantaba la pregunta que mi editor me planteaba en cada conversación, y que yo nunca le respondía, que para cuándo se podría esperar de mí otro libro que abriera nuevos horizontes. Nunca, hubiera sido la respuesta apropiada. Nunca más. Antes había respondido largas listas de cuestiones planteadas por los traductores, pero desde que había una traducción al inglés autorizada por el autor, a los nuevos traductores de Albania, Azerbaiyán o Turquía les bastaba con consultarla para las preguntas más complicadas. O bien es que no quedaba ya pregunta complicada alguna. Quizás tenía razón el editor, y mis estúpidos lugares comunes eran comprendidos por todo quisque.

Me provocaba un dolor físico contemplar las hojas del castaño ya marchitas. ¿Cuánto hacía que duraba ya la enfermedad? ¿por qué no se ayudaba a los árboles? Ahora todo el mundo se interesaba por los árboles, por su alma y sus ramificadas historias que estaban dispuestos a contar a todo aquel que hubiera desarrollado orejas arbóreas. Los árboles piensan con las ramas, según rezan los últimos descubrimientos, pero no se había encontrado todavía una cura contra el cáncer de los castaños.

De pronto estaba una vez más delante de la estación, como si en secreto perteneciese a este lugar. En la oficina de información ferroviaria se sentaba sobre bancos de plástico rojo un grupo variopinto de personas, todas las etnias estaban representadas, al menos, en lo que yo podía distinguir, casi toda la gente que esperaba ponía una cara de profunda preocupación, como si por nada del mundo quisieran partir. En especial, un grupo de negros —padre,

madre, dos niños— se aferraba al viejo y manchado banco de plástico, como si ese mueble fuese su único agarre fijo en aquel edificio hostil. Me informé sobre los trenes a Braunschweig, en la Baja Sajonia, añadí, y recibí una mirada tan profundamente compasiva que reaccioné casi desconcertado. ¿Es que ya nadie viaja a Braunschweig? Le pregunté al señor, que rápido como un revolver repuso: solo cuando no hay más remedio. ¿Y cuándo vuelve el siguiente tren de Braunschweig?, fue mi siguiente pregunta, porque, impulsado por una inexplicable sensación de alarma, jugaba con el pensamiento de acompañar a los niños hasta Braunschweig, desde allí podrían viajar solos hasta Goslar, que era su estación de destino. En Braunschweig podía visitar el museo, pasar la noche y regresar. Sin embargo, sentía una congoja en la garganta al figurarme que más tarde tendría que presentarme ante ellos con el mensaje de que quería acompañarles —es verdad que no había dicho: en su último viaje, pero habría sonado de esa manera. Nada como irme de aquí, dije para mí, y mientras que el detractor de Brauschweig seguía indagando cómo podría retornar de su detestado Brauschweig al por mí poco querido Múnich, pasé por delante de la angustiada familia africana, por delante del preocupado pakistaní y de la pareja de Izmir, que eran los mejor preparados para este mundo de la información, y me precipité al aire libre, en el corazón mismo del romanticismo alemán, que ofrecería aquí a los nuevos ciudadanos procedentes de todos los estados soberanos un lugar y un techo: en el rectángulo que formaban las calles de Goethe, Schiller, Mozart y Beethoven ocurrían más cosas que en las lujosas calles del centro de la ciudad, en donde gustaban de adquirir sus trajes, relojes y bolsos tan solo árabes engreídos y algunos bávaros escogidos con look regional. Ni una verdulería, ni un puesto de periódicos, nada. Solía fantasear con la idea de que nuestro ministro para la Patria debería promulgar un decreto por el cual los bávaros estarían obligados a llevar caftanes y burkas, mientras que los hermosos árabes deberían circular con los trajes regionales bávaros, *lederhosen* para ellos y *dirndln* para ellas. Pero aquí, detrás de la estación, reinaba el caos, tenía la impresión de haber llegado a otro mundo. Bares y casas de apuestas griegos, persas, indios, turcos, gigantescas fruterías, hoteles con pinta de burdeles que se camuflaban como pensiones, negocios de pipas de agua y tiendas turcas especializadas en la moda de novias de cuentos de hadas, extraños locales de reunión vacíos, y casas de huéspedes a rebosar.

Busqué y encontré en un patio trasero el Split-Grill, un bar que no inspiraba precisamente mucha confianza, y que pertenecía, tal y como podía leerse en un ancho letrero sobre la entrada, a un tal «Ante Bulatovič: Split-Grill. Prop. Ante Bulatovič». A esta hora de la tarde parecía que nadie se interesaba por la carta del menú de Ante, y el camarero —pantalón negro, camisa blanca, la corbata como una soga

en torno a su delgado cuello— se sobresaltó cuando entré y me decidí por una de las tres mesas pegadas a la ventana. Comida caliente a partir de las seis, dijo el camarero, sin levantarse, dieciocho horas. Parecía un hombre que se estuviese consumiendo de manera sistemática y despiadada, pronto no se vería nada más de él. Personas como él se cuelan a través de una grieta en la pared, y desaparecen de la faz de la tierra. Todos juran que acaban de verle, que no puede estar muy lejos, dicen para tranquilizarse, pero saben perfectamente que no volverán a verlos nunca más.

Pedí un té y un vaso de agua mineral. Unos días antes había tocado a la puerta de mi casa un hombre escuálido y con aspecto enfermizo, preguntando por Jara. No está aquí, respondí, aunque Jara estaba al lado, dibujando su obra. Ella debe presentarse en el Split-Grill de la estación central, dijo el escuálido, es urgente. —¿Por qué? —Eso prefiero decírselo a la propia Jara. —Pero yo soy su tutor, dije, lo que provocó al hombre una risa descorazonadora. —¡Dígale que tiene que venir! Tras esa orden, se volvió y bajó las escaleras cojeando. Siempre me pareció inexplicable que precisamente fueran esos tunantes, que irradiaban todos los signos de la escasez y del abandono, quienes utilizaran ese lenguaje tan explícitamente rudo. Ni rastro de humilde picardía, nada de prolijas disculpas. Por favor y gracias eran expresiones ausentes de su vocabulario. Seguramente eran antiguos militares que ahora capitaneaban un ejército de sinvergüenzas con una implacable falta de escrúpulos. Tipos estilo *ustachas*, fríos e insensibles como una estadística. Y por supuesto, en la Estación central había un montón de soldados fuera de servicio, que se alegraban de poder ponerse bajo la férula de tales tiranos en miniatura. Dígale que tiene que venir, y yo podía completar tranquilamente: ¡de lo contrario sucederá una desgracia! Yo nunca hice la mili, es cierto que me habían tallado de manera humillante, pero no me habían alistado. En mis seminarios —hasta los años ochenta—, era capaz de reconocer al cabo de diez minutos si alguien había 'prestado servicio'. Hoy era distinto, hoy se entra en el ejército federal para recibir una buena formación con un sueldo mediocre, y si alguien muere por la patria, es debido a los defectos técnicos, será que ellos son los culpables de que las máquinas se caigan del cielo y se peguen batacazos. Cuando contemplé al portador de la fatal noticia, estaba seguro de que el tiempo había llegado a su fin. Jara, que tuvo que escuchar la conversación, solo encogió los hombros. Callaba, y ese silencio me impulsó a exigirle en voz alta que abriera la boca de una vez, pero cuanto más fuerte hablaba yo, más firmemente se hundía ella en el silencio y en la pena. No se podía hacer nada, no se dejaría ayudar. Y por mí, menos aún.

Busco a Jara, le dije al camarero, que parecía una mala copia de mi visitante, como un hermano gemelo, como un clon. Estaba sentado junto a la entrada de la cocina, en una mesa baja, y resolvía un crucigrama.

Desde hace tiempo no la he visto, respondió finalmente, malhumorado, si es que le había oído bien. Jara, la niña, dije yo, sin obtener ningún resultado. Me había puesto de pie y me había situado a su lado. Su crucigrama está escrito en alfabeto cirílico, era todo un cuaderno lleno de crucigramas. Yo sostenía mi cartera delante de él, para que pudiera ver lo que le esperaba si cejaba en su testaruda falta de colaboración, pero no miró ni una sola vez, y cuando puse un billete de cien directamente debajo de sus narices, dijo secamente: el té es por cuenta de la casa. Con eso me estaba despidiendo. Era evidente, que el Split-Grill solo contaba con una carta de menú a modo de tapadera.

Delante del restaurante había un niño pequeño sentado en un triciclo. ¿Has visto a Jara? Le pregunté. Me miró largo rato con sus ojos pequeños y brillantes, y de pronto, sin previo aviso, salió corriendo de manera tan torpe, que las ruedas pasaron sobre mi zapato, y cuando miré otra vez atrás, a la entrada, vi que el camarero estaba de pie bajo la horrenda cortina marrón y hablaba por teléfono.

Por la calle de Goethe pasaban ahora más personas que antes; mujeres envueltas en mantos negros arrastraban de mala gana bolsas de la compra deformes, que casi se arrastraban por el suelo, hombres con collares de cuentas en las manos estaban de pie en medio de la acera y discutían a gritos sobre un problema incomprensible, los jóvenes se apoyaban en las esquinas y miraban por detrás a las muchachas que, maquilladas de manera chabacana, risueñas, se movían entre la multitud como bailarinas. Con la cabeza dándome vueltas, no podía ya distinguir entre los extraños, que obviamente conocían el barrio a la perfección, así que me apoyé contra una valla que sin función reconocible estaba puesta al borde de la acera. Seguramente la habían olvidado allí. Qué guapas y orgullosas parecen las personas, pensé, agarrado a la valla, y de pronto me sentí en cierto modo aliviado porque se me tolerase allí a pesar de ser un extraño. Nadie se dirigía a mí. Yo soy uno de los vuestros, murmuré entre dientes, ¿es que no me reconocéis? ¡yo he sido quien ha salvado a la chica! Abandonad vuestra tácita arrogancia, orgullosa, chulesca, escuchadme al menos, ya que no queréis ayudarme. Delante de mí unas palomas daban vueltas la una en torno a la otra con pasos cortos, como si se hubieran citado precisamente aquí, enfrente de un *döner* y de una casa de apuestas recreativas, para su danza nupcial. De vez en cuando, la puerta de la casa de apuestas se abría y dejaba salir a

algunos hombres jóvenes con aspecto de haberse vuelto ricos en las últimas horas. Queréis quedaros con mi dinero, susurré entre dientes, yo ya no lo necesito, además voy a recibir pronto más dinero fresco de vuestra patria, donde mis libros son célebres. Deberíais conocerme a pesar de todo, no sabéis que soy nada menos que el que fortalece vuestras fortalezas y debilita vuestras debilidades, no soy ningún testigo de Jehová, ni un falso profeta, no anuncio el fin del mundo, ni tampoco impongo ninguna orden. Cuidado, dijo un hombre bigotudo a mi lado, soltando suavemente mi mano de la valla, porque la quería retirar. Era el primer ser humano que se dirigía a mí en persona, ¿por qué no debía echarle los brazos al cuello? Me apartó con cuidado a un lado, y me quedé sorprendido de no caer cuan largo era. Mis reacciones motoras funcionaban aún. Así que me deslicé entre la gente e intenté, como una parte torpe de la multitud, moverme tanto como fuera posible en dirección a la estación.

En casa me esperaban tras la puerta dos mochilas, descansaban pacíficamente la una junto a la otra, sobre el suelo. El piso estaba vacío. Tampoco había nadie en casa de Isabel. Ya eran las ocho pasadas, tendrían que estar en casa. Volví a subir a la mía y miré en cada rincón, como si los niños quisieran gastarme una inocentada en el día de su viaje de otoño. Pero yo ya me había imaginado en mi camino a casa que llegaría a una casa vacía, y en mis conversaciones conmigo mismo ya me había dirigido a Jara como a una difunta. Nunca había tenido miedo de la muerte, que yo recordara. Miedo en la vida, a menudo. No un miedo a algo concreto, para eso habíamos crecido demasiado despreocupados, demasiado protegidos. Ningún miedo a los exámenes, al descenso en la escala social, al fracaso. Pero había momentos de miedo sin motivo, que llegaban de improviso, que me trasladaban a una penumbra, una penumbra que se deslizaba lentamente hacia las tinieblas, y todos los intentos que hice, con ayuda de la bibliografía especializada y de la filosofía, y naturalmente también siguiendo las instrucciones de consejeros psicológicos, en los que nunca creí demasiado, intentos de evadirme de ese oscuro escondrijo, fracasaron estrepitosamente. Tampoco se trataba de una depresión en el sentido clásico del término, en todo caso no sentía ningún rastro de ella cuando reflexionaba sobre el asunto a posteriori, y tampoco era inestabilidad emocional, como la que de vez en cuando me atribuía erróneamente Isabel.

Así pues, y dado que pese a una búsqueda concienzuda no había ningún motivo evidente, tenía que ser yo mismo la causa de esos estados de miedo, eran en cierta medida unas construcciones especiales que yo mismo me había construido a medida. El miedo iba y venía, a su antojo. En realidad, el estado en que quedaba después de

que cesara era peor que el ataque agudo de miedo. Un desvalimiento que me era aún más difícil de compartir que el propio miedo. No tenía a nadie a quien pudiera comunicar mi desgracia, era algo lamentable, pero no había nada que hacer. Como ya dije, nunca había tenido miedo a la muerte, a la propia muerte, por supuesto. Mis padres y mis hermanos, mi mujer y mis amigos, todos habían muerto, a veces en condiciones espantosas, y me habían dejado atrás, solo, eso lo tenía que reconocer, porque no había sido capaz de encontrar ya nuevos amigos. No había nadie en quien hubiera querido confiar, ni siquiera el doctor Berger. No había nadie en quien pudiera confiar. Conocía a gente, claro está, pero ninguno de ellos eran auténticos amigos, ni siquiera Isabel, que se dedicaba por completo a su trabajo y al trompista. Vivían solo el uno para el otro, como solía decirse. Y por supuesto, estaba Benjamin, joven despierto, sabiondo, curioso en el que, sin embargo, en los últimos tiempos pensaba con sentimientos encontrados, salvo cuando se sentaba delante de mí y tocaba el cello, lo que ya solo ocurría en contadas ocasiones. Él había sido el primero que me había arrebatado a Jara en una lucha callada y tenaz. Me asustaba de mí mismo cuando pensaba así. Pero desde luego se correspondía con la verdad.

Y luego estaba Danuta, la mujer de Gdańsk.

Dos mochilas preparadas. Ninguna nota. Me acordé de una conversación que había tenido con Jara sobre a quién debía yo informar en el caso de que le ocurriera algo. Basta con que tú lo sepas, me dijo, de ti sé por lo menos que estás triste. ¿Y tu madre? ¿Qué madre? Me respondió agresiva. ¿Y tu padre? Tú eres mi padre, quién si no. Intentar mantener con ella una conversación razonable sobre su familia era un infierno. ¿Y el hombre del Split-Grill? Mala comida, me respondió. También las últimas conversaciones con los servicios sociales habían fracasado debido a su terquedad. Tenemos que encontrar una solución a pesar de todo, había dicho el asistente, que ya no se mostraba tan cordial, ¡tienes que ser razonable! Silencio hostil. Benjamin había respondido por ella, que si había alguien razonable era Jara, y también el psicólogo enviado por los servicios sociales, un hombre pálido y desganado que llevaba un horroroso traje vaquero que le quedaba holgado, y que durante toda la conversación precedente había estado masticando con visible esfuerzo, como con dolor, un chicle, que al final aterrizó con un plop en una papelera metálica, confirmó la inteligencia de Jara, su rápida facultad cognitiva, y su firme voluntad de no revelar nada acerca de su origen —con la reserva de que las vivencias traumáticas pueden producir una amnesia parcial, que por lo tanto es independiente de la voluntad.

Literalmente había dicho: puede ser que no esté mintiendo —una frase que, gracias a Dios, no apareció cuando se puso el protocolo por escrito. Todas estas conversaciones tuvieron lugar en presencia de Jara, que por supuesto comprendía cada palabra, por muchas palabras raras que utilizara ese rostro pálido. La decisión tomada era que Jara debía permanecer temporalmente conmigo, y después de un tiempo de transición, con clases privadas, tendría que acudir a la escuela regular. Ahora habían llegado las vacaciones de otoño, las mochilas estaban preparadas sobre el suelo, y de pronto tuve la certeza absoluta de que Jara no pisaría jamás en su vida una escuela alemana.

12

Hacia las nueve llegó Isabel con el trompista a casa; él subió para comunicarme que la comida estaba servida. Me quedé inmóvil sentado en la mesa de mi cocina. Hacia las diez llamé a la policía y di parte de la desaparición de los niños, a las diez y media me llamó la policía para preguntarme la dirección exacta, a las once tenía a una mujer y a un hombre policías delante de mi puerta. Dije, lo que desde luego resultó ser muy estúpido, que sabía que había ocurrido una desgracia, y que debían informar a la madre de Benjamin, que vivía debajo, y la policía contestó que por el momento no me estaba permitido alejarme de la casa ni ausentarme de la ciudad, y acompañé a los policías a recoger a Isabel. Isabel agarró entonces la mano del trompista, no la mía, aunque los tres estábamos sentados sobre el sofá. Estaba completamente destrozada, destruida, fuera de quicio, el trompista lloraba a moco tendido. Repulsiva, la manera en que se dejaba arrastrar por las emociones.

Ya era medianoche cuando finalmente me puse en camino, las 00:17 para ser exactos. El porqué había mirado varias veces el reloj antes de abandonar el piso y el edificio estaba relacionado con el interrogatorio de ambos policías, un hombre con forma de triángulo, una pequeña cabeza sobre un cuerpo muy desarrollado horizontalmente, que con la cartuchera y las esposas parecía aún más deforme, y una mujer delicada, que durante el interrogatorio improvisado no paraba de ir y venir por mi cuarto de estar, como si quisiera acelerarse con el movimiento. Él callaba y me miraba con sus ojos diminutos, ella dirigía el interrogatorio. Algunas de mis respuestas a sus preguntas debieron de resultarle perturbadoras, pues las repetía una y otra vez. ¿Qué tipo de relación tenía usted con la chica? Preguntaba ella, y yo respondía: ella vino a mí. Vino a usted, repetía ella, ella vino a usted. ¿Y cuándo vino a usted? Hace un año. Hace un año. ¿Y qué hacía aquí? Dibujaba. Ella dibujaba. ¿Y qué dibujaba? Garabatos, cifras. ¿Estuvo aquí un año dibujando garabatos? Sí, dije yo, una gran comedia del mundo. Todas esas afirmaciones las repitió la policía, y las resumió de manera concisa: así que una

muchacha que vino a usted ha estado durante un año en su casa dibujando una gran comedia del mundo a base de garabatos, ¿correcto? Correcto, dije yo, así es.

Puesto que era obvio que me tomaban por un loco, no me pusieron las esposas. El interrogatorio, de eso me di cuenta otra vez en la calle, había acabado con la pregunta: ¿usted no sabe seguramente donde viven los padres de la muchacha y cómo se llaman? Y cuando yo respondí: no, desgraciadamente no, el triángulo abrió por segunda vez la boca: pregunta superflua, eso lo habríamos debido deducir nosotros.

Se nota que Múnich sigue siendo una ciudad pequeña en que a las dos de la madrugada no se ve a nadie por la calle. Solo los dos sin techo que habían establecido su campamento nocturno en la entrada de una ferretería protegida del viento, con permiso del propietario, estaban aún despiertos y se alegraron de que yo les echara un par de monedas en su vaso de yogur vacío. Abrimos toda la noche, dijo el barbudo de buen humor, mientras que su compañero, un albanés, cuya historia vital yo conocía, miraba de frente, muy serio y afligido. Era muy religioso, no bebía y ahorraba sus ínfimos ingresos para un peregrinaje que quería emprender pronto. Ambos estaban autorizados a comer hasta hartarse una vez por semana en la pizzería Taormina, a donde yo acudía a menudo con Jara y Benjamin.

Allí le había preguntado yo una vez a Jara, si no sentía añoranza por su padre. No. Mi padre era un jugador, contestó, primero casino, luego guerra, luego otra vez casino. ¿Y dónde vive ahora? No deberías preguntarme, respondió y me miró por encima de la pizza con una mirada que era como una daga, vive en el paraíso de los jugadores, donde se gana siempre. Ella no tenía ninguna inclinación a escenificar un drama, y era ajena a poses de circunstancias. Y cuando yo, sintiéndome culpable, miré hacia mi plato, ella era de nuevo la discreción en persona. Yo no debía preguntarle nada, de otra manera se refugiaba en los inaccesibles laberintos donde nadie podía encontrarla.

Atravesé el Englischer Garten hasta la presa. Aparte de los pájaros sobresaltados, solo escuchaba mis propios pasos, todo lo demás estaba en silencio. Sobre la presa me situé en una de las convexidades del dique y miré al agua. Intentaba imaginarme cómo habría podido ser el futuro, si Jara hubiera tenido alguno, pero mi capacidad de imaginación estaba como agotada. Cuando la luna se abrió paso entre las nubes, los árboles arrojaron sombras temblorosas. En mí no había ningún espanto, ninguna tristeza, ni siquiera desesperación, solo desamparo y un peso enorme. La humedad había penetrado en mi jersey, que se me antojaba una camisa de fuerza. Estaba como clavado

en el suelo, con las dos manos sobre el pretil, el verano no había dejado ninguna calidez en él.

Poco antes del amanecer la luz cambió, se podía sentir que la ciudad volvía a respirar, y de repente llegaron hasta mí también los ruidos de la autopista. Por debajo de mí veía a los patos nadando en medio de la suciedad acumulada, como si tuvieran que empezar su jornada laboral.

De pronto me parecía fácil inventarle a Jara un pasado, algo que siempre me había sido imposible hacer mientras aún vivía, en gran parte porque tenía miedo de ser desenmascarado por ella como un mentiroso poco convincente, como alguien que, sin tener ni idea, tenía que dar siempre su opinión. Vi ante mí una casa en un pueblo, la fachada revocada a medias, cortinas de tela oscura delante de las ventanas abiertas, un par de gallinas, un cerdo atado por la pata trasera izquierda, que, para indignación de las gallinas, intentaba jugar con ellas, un cubo de plástico azul y, al lado, un cepillo que había conocido mejores días, una mujer muy anciana, doblada por la edad, de cuyas negras vestiduras surgían unas manos nudosas, que encendían el fuego en un horno situado junto a la casa para calentar una especie de gratinado, cuyo aroma acre, especiado se me metía 'por la nariz' incluso estando aquí mismo, en la presa, detrás de la casa una pradera, cuatro ovejas, también atadas, que hacían girar sus orejas de manera mecánica, y sobre este paisaje pobre, pero pacífico, soplaba el olor mordaz de un fuego de carbón que ni siquiera se dejaba arrastrar por las coléricas ráfagas ocasionales de viento. Todo se representaba ante mis ojos de una manera tan plástica, que no me maravilló ver salir a Jara de la casa, al contrario, en mi imaginación nuevamente despierta estaba esperando precisamente a eso, a que ella saliera finalmente, para poder completar la imagen. Veo como se estira ante el sol de la mañana, como se acuclilla sobre la escalera de piedra aún no encalada, como no contesta a algo que le dice la anciana, ni siquiera levanta la cabeza, sino que observa un lagarto que observa a Jara con cabeza doblada en diagonal. Para mi sorpresa, ahuyenta bruscamente al pequeño reptil, como si no pudiera soportar ser mirada tanto rato. Yo miraba desde las gruesas paredes del pretil de la presa hacia abajo, miraba el agua mezquina, y sobre las piedras que sin esfuerzo, desafiantes, atravesaban la superficie del agua, veía a la mujer que se había sentado en el tren junto a Jara llegando desde el valle por un camino, con un hatillo al hombro y una bolsa en cada mano, bolsas que parecían tan pesadas, que a cada paso tenía que descansar. No fue hasta el momento en que ella hubo alcanzado la explanada delante de la casa, cuyas tejas rojas, no inflamables,

brillantes, relucían ahora bajo el sol de una manera artificialmente fuerte, como si pretendieran atraer sobre sí mismas la atención, aunque cualquiera fuera capaz de divisarlas desde la lejanía, no fue hasta el momento en que la fatigada mujer hubo dejado caer sus bolsas repletas con un audible cataplún sobre la arena, y mientras se formaban pequeñas nubes de polvo que inmediatamente volvía a depositarse, no fue hasta ese momento que Jara levantó su cara soñadora y me miró de manera tan penetrante y larga, que de pronto ya no supe si esa mirada de medusa me quería atraer o rechazar —en cualquier caso, incluso en el de la opción más favorable para mí, dadas las circunstancias, se abría una distancia insalvable entre nosotros que nunca jamás, ni siquiera con amistad, podría llegar a superarse. Tú puedes ayudarme, dijo, aunque yo no pueda ser ayudada, y ahora vete a casa y no te imagines que yo habría podido salvarte a ti.

En el camino de vuelta una bandada de cornejas daba vueltas sobre mí, formando giros anchos, amplios, hasta que finalmente se orientaron y torcieron en dirección al norte.

13

¿Qué había esperado yo?

Siempre había estado aplazando mi vida, con la esperanza de ser forzado por algo extraordinario, impredecible, a emprender un cambio. Pero el tiempo de los planes había pasado definitivamente. El Atlas de los recuerdos escondidos estaba cerrado, todas las páginas estaban llenas. Pero yo vivía aún.

Vivo todavía. Sigo con vida. La vida es la ausencia de muerte. Algo continuaría o volvería a empezar. Como en un sueño, se alcanza un punto en el que todo está totalmente silencioso, y el horizonte, aunque esté todavía bloqueado por un muro pesado y masivo, se abre y libera una luz que no deslumbra ni borra todos los objetos, sino que los pone de relieve, sacándolos de la oscuridad, claros y precisos.

No hay un final, nunca. Solo nos cansamos de las voces que nos mantienen con vida, y que al mismo tiempo nos apartan de la vida. De las voces siempre iguales. Pero por supuesto la historia continúa.

Este libro se imprimió en Madrid
en el mes de septiembre de 2020